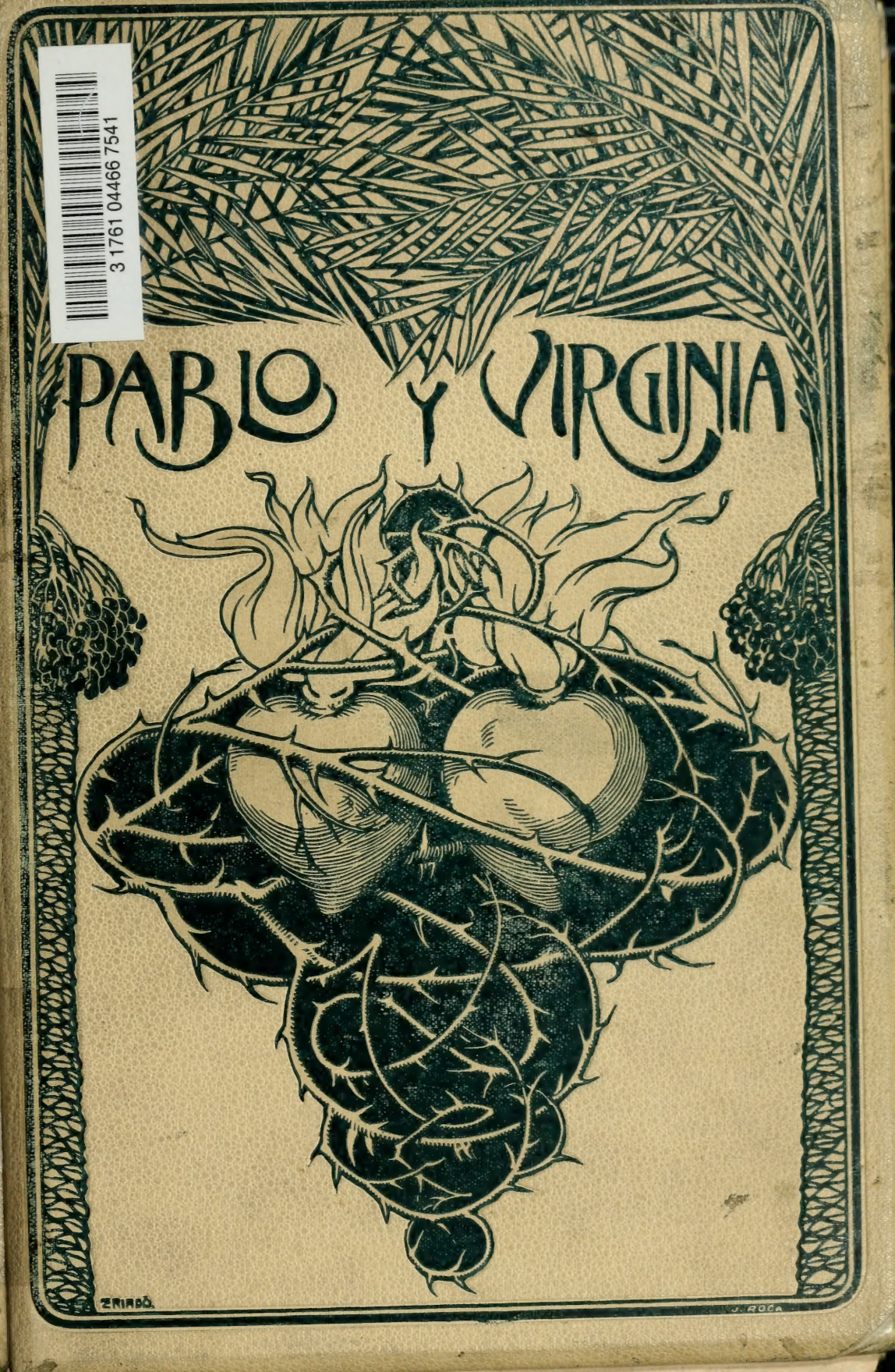


3 1761 04466 7541

Presented to
The Library
of the
University of Toronto
by
Miss Helen J. Bell

PABLO Y VIRGINIA

PABLO Y VIRGINIA

POR

BERNARDINO DE SAINT-PIERRE

TRADUCCIÓN DE M. DE PALAU.—ILUSTRACIONES DE LELOIR

317948 35
19 7

BARCELONA

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

CALLE DE ARAGON, NÚMS. 309 Y 311

1902

ES PROPIEDAD

PRÓLOGO DEL TRADUCTOR

El aplauso con que recibieron las gentes la aparición de la novela Pablo y Virginia fué unánime y estruendoso; su influjo, grande en todas las literaturas y marcadísimo en las obras del autor de *Atala* y *Los Natchez* y del de *Graziela* y *Jocelyn*.

El tiempo, con su disolvente mano, no había conseguido que se perdieran del todo los ecos del primero, y circulaba, aunque atenuada y con impurezas, la savia que infiltró la célebre obra en sus sucesoras, cuando se ha dejado sentir como un renacimiento á su favor; de nuevo todos los corazones han llorado

las tristezas de aquellos encantadores niños, verdaderos y queridos hijos de la naturaleza; de nuevo todas las imaginaciones se han solazado en las verdes praderas, en los abruptos cantiles, en los procelosos mares, tan á maravilla cantados por el poeta en prosa que llevó el nombre de Bernardino de Saint-Pierre.

Nos proponemos analizar, lo más brevemente que posible nos sea, las causas de uno y otro fenómeno literario; del efecto mágico que produjo en su época la mentada novela y de la resurrección que ha experimentado en nuestros días, facilitando así al lector el aprecio de su mérito relativo – aparte del intrínseco, – transportándolo al ambiente en que vió la luz, tan desemejante del actual, y haciendo resaltar la novedad y valentía de ciertas ideas y expresiones hoy corrientes y hasta desgastadas por el uso; ideas y expresiones que, envueltas en aparente sencillez, han influído no poco en la marcha de la moderna civilización.

No fué ciertamente el siglo XVIII terreno abonado para la poesía en las naciones francesa é hispana – que son las que nos interesan, – quizá por haberse reconcentrado en Alemania en los cerebros de un Klopstock, de un Schiller, de un Goethe, dejando leves salpicaduras en Italia y en Inglaterra. Basta hojear, por lo que á nuestra patria respecta, la valiosa obra que con el título de *Historia crítica de la Poesía Castellana en el siglo XVIII* publicó D. Leopoldo Augusto de Cueto, marqués de Valmar, y se verá que, á pesar

de su diligente y afortunada investigación, sólo dos ó tres nombres, y aun ninguno de primera magnitud, se destacan entre los de tanto poeta mediocre y adocenado como vegetó en él.

Análogamente apenas pueden citarse en Francia los de Delille, de Rivarol, á quien se atribuye la improvisación en los salones, del mordaz Chamfort, de Duclós, bien distanciados de los que florecieron en la anterior y aun en la posterior centuria.

Pesaba sobre el territorio que había sido hasta entonces centro de importación de nuestras letras y que comenzaba á devolvérnoslas con creces — más por su abundancia que por su calidad, — una atmósfera densa precursora de horrible catástrofe. La poesía, la verdadera poesía, la que se nutre de esperanzas misteriosas, la que exhala los secretos del corazón, la que funde lo externo en el hogar del espíritu, había plegado las atemorizadas alas; y como quiera que es indispensable alimento á la vida humana, veíase su puesto ocupado por una musa razonadora, cínica, convencional y monótona; conservando del ya trasnochado culteranismo el pésimo gusto sin la fuerza imaginativa; uniforme por vicio de repetición servil, y aduladora en sus ínfulas democráticas y revolucionarias. En las de Voltaire y Rousseau, únicos genios que se destacan sobre tan obscuro fondo, nótanse, avivados por propia luz, los anteriores defectos.

En tales condiciones, calcúlese el asombro que debió de producir el advenimiento de una poesía nueva,

sentimental sin el dejo de sensiblería, que el gusto moderno ha apreciado en ella; con toques de realidad exactísimos, como tomados de la misma naturaleza; con ideas y expresiones religiosas en pugna con el ateísmo dominante; sencilla hasta la simplicidad; sabia sin magisterio, y rompiendo los moldes gastadísimos del razonamiento y de la enciclopedia. Tal fué la hermosa y exuberante de Bernardino de Saint-Pierre, triunfador por indiscutible derecho propio y gloria eterna de la nación vecina. Mas como no hay hombre sin hombre y son los muertos los que en realidad gobiernan á los vivos, vamos á examinar los orígenes de lo que como novedad apareció, los precedentes de la obra cuya traducción sigue á estas páginas; en resumen, lo que Bernardino de Saint-Pierre se debe á sí mismo y lo que ha bebido en ajenas fuentes.

Por demás enfadosa sería la enumeración de los escritores que antes que él han tomado por tema la naturaleza: lejos estamos de decir, con el autor de *El Genio del Cristianismo*, que la poesía descriptiva sea invención moderna; pero sí que los antiguos tomaron la madre naturaleza como fondo del cuadro más que como cuadro mismo, poblándola de divinidades, ninfas, gnomos, sátiros y falsos pastores, y que en los modernos cercanos á Saint-Pierre sólo se encuentran toques y rasgos sueltos, habiéndose producido á la sazón como un vacío ó descanso en este concepto. En las obras de nuestro autor, principalmente en *La Cabaña*

India y en PABLO Y VIRGINIA, la naturaleza constituye un personaje que vive, razona, siente y atrae; siendo los héroes que intervienen producciones fatalísimas, frutos de árbol no desprendidos de la rama, aunque lozanos y sabrosos en extremo.

Nunca, además, las comarcas tropicales con su vigor y exuberancia habían sido presentadas á lectores ahitos de la artificiosa vegetación copiada de los jardines de Versalles aderezados por Le Notre, y lo fueron cuando su misma lejanía y el afán creciente de la colonización las hacían más y más apreciadas.

Mas antes de seguir relatemos, siquiera sea á grandes pasos, la vida de Saint-Pierre y las tierras que anduvo, factor importantísimo en su impresionista manera de escribir.

Nacido en El Havre en 1737, el constante espectáculo de las olas que de lejas tierras venían á besar la playa para retroceder murmurantes, y el de las embarcaciones que, llegadas al puerto, volvían á emprender su derrota, debió de inspirarle el apasionado amor por los viajes, el afán por conocer lo que existía más allá del brumoso horizonte, al tiempo que las plantas y flores de un pequeño jardín casero que por sus manos laboraba, le ensañaban los hermosos secretos de la botánica y el culto poético de tan preferidas hijas de la tierra.

Naturaleza inquieta, ave que en todas las ramas que ve quiere posarse, imaginación volcánica que necesita salir al exterior, corazón lleno de los aromas

del sentimiento, tal es Bernardino de Saint-Pierre en su primer edad. Sigámosle, tomando los datos que nos interesan de sus propias cartas y de la biografía de Aimé Martín.

No había cumplido nueve años cuando un día, arrebatado su ánimo por la lectura de *Los Padres del Desierto*, decidió hacerse ermitaño á su vez, pasando *todo un día* en un bosque vecino, donde su aya le recogió ya entrada la noche. Poco después, y en vista de su ansia por correr mundo, alimentada, además de la vista del puerto, por la lectura de los libros, sus padres consintieron en que fuese á la Martinica en un buque del cual era capitán un tío suyo. Ni la vida del mar ni la Martinica llegaron á satisfacerle, pues regresó pronto, entrando en el colegio de Jesuítas, donde se dedicó ávidamente al estudio de las matemáticas y de la historia. Como anécdotas interesantes, además de la ya mencionada del ermitaño, cabe relatar que, llevado un día á Ruán por su padre y llamándole éste la atención acerca de las torres de la catedral, exclamó: «¡Dios mío, qué alto vuelan!» Referíase á las golondrinas que allí anidaban: instinto de su alma por las bellezas naturales, desdeñando las creadas por el arte humano, tema sobradamente repetido en Pablo y Virginia, única mancha, según Saint-Beuve, en tal obra maestra. Cuéntase también que en una ocasión, y siendo muy niño todavía, la emprendió á puñetazos con un carretero que martirizaba á su bestia; rasgo que se prolonga hasta Pablo y Virginia,

en cuyas páginas se retrata el cariño á los animales, muy marcadamente cuando dice, hablando de las comidas campestres, que *no habían costado la vida á ningún ser.*

Bajo la educación de los Jesuítas, sintió de nuevo renacer su pasión por ver tierras, alimentada esta vez por la repetida lectura de las *Cartas edificantes*, de que Montesquieu hace tanto elogio; y en calidad de ingeniero (más bien pretexto que verdadera profesión) pudo ir á Hesse en 1760, luego á Malta y más tarde á Rusia. Siempre, y principalmente en su estancia en San Petersburgo, una idea fija le dominaba, la de fundar una colonia modelo de virtudes y de bienestar, regida por sabias leyes derivadas directamente de la madre naturaleza. Oigamos lo que acerca de este punto dice el célebre crítico antes citado.

«Ponía en tan simpática utopía tanta ó mayor perseverancia que su homónimo el abate Saint-Pierre, denominado «el más desacertado de los buenos ciudadanos.» Bernardino proyectaba su arreglo social con fondos de cuadro, á la manera de Fenelón, Jenofonte y Platón. No era discípulo de Montesquieu, de Bodín ni de Aristóteles; ascendía por serie filial en la escala de las almas hasta la sabiduría de Pitágoras y de Numa.

»Doquiera en sus viajes imaginaba encontrar un rincón de tierra y algunas buenas gentes para fundar su bienaventurado reino: como Colón, mendigando de corte en corte para poder descubrir un nuevo mundo,

Bernardino de Saint-Pierre mendigaba medios para realizar su Arcadia y su Atlántida.»

La protección de Catalina, que acababa, por no muy buenas artes, de suceder á Pedro III, le distrajo de lo que él creía su misión sobre la tierra, y el grito de *libertad* lanzado por Polonia le sedujo hasta hacerle arrojar los grados obtenidos en el ejército moscovita y volar, como Byron, en defensa del infortunio.

Fuerza es decir que no tuvo escasa parte en su decisión, con visos de veleidad, el convencimiento de que si es difícil hallar en el globo terráqueo las comarcas fantaseadas por los utopistas, lo es más aún el encuentro de personas dignas de poblarlas.

Un infantil capricho le hizo abandonar Polonia; pasó á Viena, regresó á Varsovia y se detuvo espacio mayor en Prusia, donde fué favorablemente acogido por Federico, gran admirador de sus talentos y á quien convenía mucho un ex-oficial de la campaña rusa. Mal se avino con su carácter de pájaro libre aquella disciplina dura y despiadada que hacía, según frase de Alfieri, de la Prusia un vasto cuartel, y la abandonó, regresando á Francia tan pobre como antes, pero curtido, sabio, inteligente; había pasado, como dice Villemain en su *Curso de literatura francesa*, por la escuela que desarrolla los pintores, los poetas, los hombres de genio.

Púsose á trabajar, no tanto ganoso de gloria como del pan cotidiano; los proyectos que remitía á los papeles periódicos acerca de la colonización de la isla de

Madagascar y de una nueva vía para las Indias, llamaron la atención del gobierno, que le envió á la Isla de Francia en calidad de ingeniero, con el además secreto encargo de pasar á Madagascar para ver si hallaba medios de echar los cimientos de su colonización.

Volvió de allí pobre, como siempre, y con el carácter agriado por las discusiones que sostuvo con sus jefes, pero trayendo, como regularmente se dice, un libro debajo del brazo. ¡Cuarenta años de su vida pasados en fluctuación constante, imaginándose moralista, ingeniero, filósofo, estratégico, colonizante, cuando no era en realidad más que poeta, pero poeta de los de fuste! Un libro constituía á la sazón un título envidiable, un reflector que acumulaba luz sobre la persona que lo escribía; acogido cariñosamente por D'Alembert, nuestro autor fué introducido en la sociedad de filósofos.

Los que habían recibido mal á Rousseau no trataron más benévolamente á Saint-Pierre, quien hastiado de su compañía, solicitó el apoyo de un gran señor de aquella época, el barón de Breteuil; pero éste, lejos de llevarle consigo al ser nombrado embajador, le desdeñó, echándole en cara el no pertenecer á la nobleza.

Unos y otros desengaños aparecen en las páginas de Pablo y Virginia, donde más ó menos embozadamente fustiga á los filósofos contertulios de la señorita de L'Espinasse y á los aristócratas que rehuyen proteger el talento y el entusiasmo juvenil, sacando ade-

más á colación sus defectos y sus prejuicios de clase, con una servil excepción que no hace ciertamente honor al carácter de Saint-Pierre y que demuestra que no estaba exento de las debilidades que reprochaba á los otros.

Fué por entonces cuando publicó sus *Estudios de la Naturaleza*, que obtuvieron fervorosa acogida, indemnizándole de pasadas amarguras, y poco más tarde, ó sea en 1788, daba á luz su obra colosal PABLO Y VIRGINIA, inspirada en su viaje y en las anécdotas recogidas en la Isla de Francia, hoy isla Mauricio, como se había denominado poco después de su descubrimiento.

Llegados á la aparición de la novela, poco nos interesa su restante vida; á guisa de curiosidad y como comprobación del aprecio hecho á sus dotes, diremos que fué nombrado director del Jardín de Plantas, designación que no satisfizo á sus colegas de Instituto; que publicó *La Cabaña India* y más tarde las *Harmonías*, muriendo en enero de 1814, halagado por su nación y no poco por Napoleón Bonaparte, quien llevaba en sus viajes un ejemplar de la novela famosa y que, sin conseguirlo, solicitó de Saint-Pierre que escribiera la historia de sus conquistas, género de literatura ajeno y hasta contrario á sus gustos y facultades.

Una vida tan distinta de la de los literatos antecesores y contemporáneos suyos había de dar de sí una muy otra producción. Ya no aparece en sus obras esa

naturaleza transmitida de libro en libro y degenerada por el artificio literario, sino una naturaleza virgen, absorbida por los sentidos, cultivada al calor de una imaginación ardiente y hermana de un alma de sensibilidad exquisita.

Además de lo que su errante y contrariada existencia le había formado interna é inconscientemente como escritor, muchos rasgos de ella, á la manera de los apuntes que toma un pintor viajero, le sirvieron para sus trabajos: no hablemos del *Viaje á la Isla de Francia*, que por su índole ha de ser fiel reproducción; en Pablo y Virginia el episodio del paso del río Negro es copia, embellecida por la imaginación y por los personajes que intervienen, de un suceso real, y el buen anciano no viene á ser otro que el mismo autor cuyas ideas, consejos y hasta amarguras reproduce.

Continuando el estudio del génesis de la obra y el del ambiente literario en que apareció entre delectación y pasmo no interrumpidos, cabe añadir algunos datos y apreciaciones de carácter externo.

Los fabulistas, á la cabeza de ellos *le bon Lafontaine*, maestro é inspirador de nuestros Samaniego é Iriarte, habían falsificado la naturaleza atribuyendo á plantas y á animales el lenguaje, las costumbres y los vicios humanos. Bernardino de Saint-Pierre volvió por los fueros de la verdad: obrando de bien contraria suerte, puso á la naturaleza como cifra y modelo, enseñando por su medio y ejemplo la sencillez, la tranquilidad, el cumplimiento de los deberes, la belle-

za y el amor universal; calcúlese el efecto que tal inversión había de producir en ánimos conturbados por obscuro porvenir é imbuídos por demoledoras ideas. No fué ésta, con ser grande, la máxima novedad por él introducida ó, si se quiere, rehabilitada; corrientes impetuosas de ateísmo pululaban por todas partes, era el descreimiento una gala, la irreligiosidad un salvoconducto para alcanzar renombre, el cinismo un donaire. Bernardino de Saint-Pierre, ortodoxo relativo, pues en nuestros tiempos le tildaríamos de un tanto panteísta y hasta teósofo, é imbuído por las doctrinas de su íntimo amigo Juan Jacobo, puso en su pluma el nombre de Dios, *concedió* á la Providencia la dirección de los humanos destinos; en frases que recuerdan las de las páginas de San Basilio, San Gregorio y San Jerónimo, *hizo florecer el desierto* en alabanza del Ser Supremo, y ahondando en las cosas, logró que destilaran las lágrimas que les son propias y que brotaran de la soledad los dulces sentimientos del alma. Predicó con el objeto, si no con el ejemplo, y fué un apóstol, á su manera, en época en que no eran posibles los á la antigua usanza.

De otros tres elementos ha de hablarse como influyentes en la grande ventaja conseguida, elementos que si bien obraron de modo integral y complejo, procuraremos estudiar con la posible independencia: tales fueron la ciencia, la verdad y la sencillez.

Aleccionado por Buffón, poeta admirable cuyas descripciones embelesan á pesar de la similitud del

asunto, se esmeró en llamar á los objetos naturales por sus propios y reconocidos nombres y en utilizarlos en relación con sus genuinas propiedades. Ensanchó el léxico en lo tocante á términos científico-vulgares, y en las páginas de PABLO Y VIRGINIA puede aprenderse botánica, brillando en todas ellas la medida, el orden y la exactitud de un discípulo de D'Alembert.

Asimismo, en lugar de una imaginación como la de Tomás Moro y otros utopistas, escogió por base una isla verdadera, embelleciéndola con las galas de su fantasía, según puede verse si se la compara con la descrita en sus *Viajes*, y relatando sus riquezas y sus necesidades para conseguir el efecto social de atracción á las colonias.

Tocante á la sencillez, ¿qué hemos de decir sino que, como Cervantes, hundió con rudo golpe el abigarramiento y las heces del culteranismo, que, tomándolo unos de otros, era mancha y desdoro de las letras? Huyó de la imitación del estilo de época; y, remontándose á D'Amyot – en quien estudió á Plutarco, – á Ronsard y á toda la pléyade que siempre con luz apacible brillará en Francia, reprodujo el patrio decir suave y elegante, si bien no consiguió substraerse del todo á la ampulosidad y á los toques doctrinarios; concesiones hechas á una época apocalíptica y en la cual el arte por el arte resultaba tema menguado á los que se proponían la regeneración total de la humanidad.

Amante de lo antiguo, más bien que erudito, fué Fenelón su punto de apoyo para remontarse á la ele-

gancia y candor de los escritores griegos y latinos, imitando á Virgilio y á Longo con singular acierto.

El castizo escritor que bajo el seudónimo de *Un aprendiz de helenista* ha vertido al idioma castellano la pastoral del último, *Dafnis y Cloe*, así se expresa en el prólogo, en la parte que á PABLO Y VIRGINIA se refiere:

«Al lado de *Fausto*, al lado de los más celebrados libros modernos es inocentísimo el que traducimos. Algo podrá también influir para que guste y para que las antedichas faltas se perdonen ó disimulen el haber servido de modelo á la famosísima y con razón encomiada novela de Bernardino de Saint-Pierre que se titula PABLO Y VIRGINIA. No negaré yo que en ésta el pudor y el espiritualismo en los amores se levantan inmensamente por encima de lo que se pinta en *Dafnis y Cloe*, como que allí todo está informado, á pesar del autor que era poco cristiano, por el casto espíritu del cristianismo, mientras que *Dafnis y Cloe* es obra gentílica. Pero en otras cosas, á mi ver, *Dafnis y Cloe* aventaja á PABLO Y VIRGINIA. En esta novela hay, sin duda, en medio de sus sencillas y naturales bellezas, sobrada afectación y sensiblería malsana propias de Rousseau, maestro de Saint-Pierre, y teosófico prurito de buscar en la naturaleza una revelación religiosa, mientras en *Dafnis y Cloe* hay religión positiva, aunque sea mala, y todo es más candoroso y menos alambicado.»

Téngase en cuenta que D. Juan Valera compara la novela de Saint-Pierre con los idilios griegos, y le echa en cara defectos que son bellezas, que son resu-

rrecciones si se los parangona con los de su época, tan monstruosos y complicados.

Circunstancias análogas acaecieron en Inglaterra produciendo similares fenómenos. Si los cantos del bardo Ossián corrieron de labio en labio, exaltando las muchedumbres y haciendo soñar en una poesía medioeval; si los nombres de Oscar y de Malvina quedaron impresos en todos los corazones; si Mácpherson, en fin, pudo llevar á feliz éxito su ficción, debióse al ansia de poesía vigorosa, de contactos con la naturaleza, de regresión á la sencillez que se sentía en las tres islas unidas, fatigada ya su literatura de las meditaciones patéticas de Young y Darwin (quizá antepasado del célebre naturalista del Beagle y comprobante de su famosa ley de herencia), autor de la *Zoonomía* y del *Jardín botánico*, quien llamaba á la trufa «la emperatriz subterránea,» por no citar otros ejemplos de su pésimo gusto. También los cantos de Ossián tuvieron levadura natural y positiva; Mácpherson había ido recogiendo en los *highlands* la prístina poesía popular con sus monótonas, pero infiltrantes repeticiones, con su sentimiento sencillo y puro, con su energía selvática, y echado la semilla de un elemento poético llamado á prosperar grandemente en el siglo XIX y hasta á adquirir nombre propio, el *folk-lorismo*.

Que hoy se siente una recrudescencia en pro de obras como PABLO Y VIRGINIA es indudable. «Dios es romántico,» decía el inolvidable Tamayo, y el romanticismo no puede, en verdad, desaparecer largo

tiempo de la escena literaria, aunque en ella figure cada vez con variada forma, como es lógico y probado en todo lo que redivive. El estudio de los motivos que han originado esa resurrección de la poesía romántico-sentimentalista, y por tanto un retroceso (hablamos en sentido de tiempo) hacia Bernardino de Saint-Pierre y su celebrada pastoral ó novela, así como una ola de entusiasmo por obras como el *Cyrano de Bergerac* y casi todas las de D'Annunzio, es sencillísimo: trátase de una reproducción de ambiente social y literario, de un conjunto de causas, si no tan enérgicas, de la misma índole que aquéllas.

Estas causas son: un hastío, por no decir náusea, del naturalismo al modo de Zola y de sus secuaces; un exceso de anatomía, aunque sea psíquica y elegante como la de Pablo Bourget; un arte real que rebaja y enfanga, substituyendo al arte ideal que sublima y depura; una rebusca incesante y una exhibición desvergonzada de la inmundicia humana, en vez de la satisfacción de lo vago, de lo bello, de lo interesante; la hediondez de las ciudades por la luminosa claridad de los campos; el afán de innovación revolucionaria en lugar del cambio lógico y evolutivo; tales delirios han hecho que la tradición batiera sus alas y nos contara casi olvidadas historias, y que el atavismo (regenerador en este caso) nos haya vuelto á tiempos de los cuales nos sentíamos verdaderamente nostálgicos.

Pero vayamos al examen del caso concreto, exponiendo las principales analogías.

Como entonces, se nota un malestar social, la aspiración al derribo de una clase, y si bien no estimamos que las ideas políticas religiosas y sociales contenidas en la novela de Saint-Pierre sean parte principal de la misma, ni hayan gran cosa contribuído á su celebridad, se siente el golpeo de la piqueta, coincidiendo á lo lejos, si no con un Rousseau, un Fourier, un Saint-Simón, por lo menos con un Tolstoi, un Kropotkine y otros que quisieran una sociedad incógnita, pero diversa, renaciendo, como el fénix, de las airadas cenizas de la presente.

Como entonces y más aún que entonces el elemento científico que hemos señalado como firme valladar á las extravagancias de la fantasía y que resplandece en PABLO Y VIRGINIA por haberlo aprendido el autor, de solo á solo, del célebre Buffón, se halla en actividad en nuestros tiempos, informando las obras literarias y haciéndolas docentes sin dejar de ser grandemente amenas, antes bien regocijándolas con nuevo y propio espíritu.

La separación, antiguamente tan marcada, entre una labor literaria y una científica va desapareciendo de modo tal que, escuchando trozos aislados de alguna de ellas, no es fácil clasificarlas. Capítulos enteros de la obra de Filhol *El fondo de los mares*, parecen arrancados de una novela fantástica á lo Poe ú Hoffman, y encanta y deleita leer las descripciones del *Prodromo de Geología* de Vezian y las de la *Física Terrestre* del P. Secchi; advirtiendo que lo que deci-

mos no se refiere únicamente á la parte descriptiva, pues ese ligamento y esa complexidad, verdadero signo de progreso que realza la obra de Bernardino de Sant-Pierre, dándole título de precursora, se advierten también en lo tocante al elemento moral y sociológico.

¿Quién, al leer lo que sigue, no juzga que se trata de un trozo de PABLO Y VIRGINIA, preconizando las ventajas de la soledad de los campos, ó de una de las razonadas meditaciones de Zimmermán, cuando en realidad forma parte de la *Introducción al estudio de la Geografía física* de J. Thoulet, ilustre profesor de la Facultad de Ciencias de Nancy?

«Es el paseo un reposo saludable, y el ruido de los pasos al rozar las hojas secas esparcidas en un sendero, un dulce compañero de la fantasía. Tendido sobre el suelo, con la cabeza hendida en el herbaje, se escucha la voz del silencio y la naturaleza deja oir doquiera graves enseñanzas. La flor replegada en sí misma bajo el césped nos muestra la perfección en la humildad. El insecto que sube penosamente y desciende con lentitud igual, contorneando la brizna de paja que se interpone en su camino, nos da el consolador ejemplo de la paciencia en el cumplimiento de los deberes. El espectáculo de la universal perfección que resplandece en ese espacio inmenso poblado de estrellas y que un moscardón cruza con largo vuelo, nos enseña á despreciar el número. Sea que se halle ataviada con la blanca vestidura del invierno, con la verde-pálido de la primavera, con la tostada del estío ó con la de

tonos amarillentos otoñales, la selva siempre es hermosa si en ella se está completamente solo. *Quoties inter homines fui* – dice la IMITACIÓN DE CRISTO, – *minor homo redii.* La exquisita dulzura de la soledad atrae siempre. En ella se cicatrizan las heridas del alma, el fatigado cuerpo recobra en su seno la fuerza y la energía, y el corazón se sume en las apacibles olas de efluvios bienhechores que llegan por doquiera. Rodéanse los árboles de adorables armonías, de embriagadores aromas, de deliciosas claridades que, al apoderarse de los sentidos, hacen que el espíritu se desprenda de la tierra y que se remonte más y más, lejos de las tristezas y más aún de las bajezas mundanas.

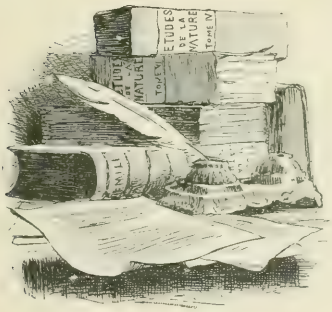
»El mundo se abarca de una mirada y se llegan á comprender los maravillosos encadenamientos y las leyes que lo gobiernan, leyes de las cosas y leyes de los seres.»

El culto á la mujer, pero no el caballeresco de la Edad media, sino el deducido de sus dotes naturales, hállase patente en Saint-Pierre y concuerda con la doctrina feminista hoy en boga que tanto tiende á enaltecerla. El tipo de Virginia, por su entereza, por su virtud, por su amor y por su sacrificio, contrasta con la mayor parte de las heroínas de las novelas modernas, como contrastaba con las de su tiempo, según se complace en señalar el mismo autor, y no mencionamos más analogías entre aquel ambiente y el actual, pues fácilmente sabrá hallarlas el avisado lector en las páginas que siguen.

En su traducción he procurado no ser déspota ni esclavo, y conciliar el genio de la lengua castellana con el particular del autor, cuyo estilo cortado difiere no poco de la rotundidad periódica que caracteriza á nuestros clásicos.

Á raíz de la aparición de la obra hubiera sido factible una versión pareja con el original, con frases y voces á lo Fray Luis y Garcilaso, como Saint-Pierre bebió en los escritores franceses de la misma y de la anterior centuria; hoy semejante trabajo resultaría dulzón y hasta tocado de sensiblería. El naturalismo, como el impresionismo en el arte pictórico, puede haber sido pasajero, pero ha dejado imborrables huellas de su tránsito, y no cabe – sin renunciar, sin embargo, al dejo poético sobresaliente en la obra – la adopción de un estilo que hubiera sido deleite en los lectores de los comienzos del siglo que acaba de fenecer.

MELCHOR DE PALAU.



Mis empeños, al escribir esta obra, no dejan de ser atrevidos. Me propongo pintar en ella suelo, flora y costumbres distintos de los de Europa. Sobradamente nuestros poetas han puesto á sus enamoradas parejas á descansar al borde de arroyuelos murmuradores, en los linderos de los prados ó á la umbría de las hayas. Yo me he complacido en colocarlos en los acantilados del mar, al pie de las peñas y á la sombra de cocoteros, bananos y paltos. Sólo faltan á la nueva parte del mundo Teócritos y Virgilios para que poseamos de ella descripciones tan interesantes y amenas como las de que nos envanecemos respecto á nuestras tierras.

No ignoro que muy avisados viajeros nos han he-

cho valiosos relatos de algunas de las islas del mar del Sur; pero los de las costumbres de sus habitantes, y más aún de los europeos allí establecidos, hacen desmerecer su trabajo. Mi intento ha sido aunar á los encantos naturales, allá en los trópicos, la belleza moral de una reducida sociedad. He procurado además evidenciar ciertas verdades, entre ellas la de que nuestra dicha se basa en seguir las leyes de la naturaleza y las de la virtud. Declaro que no he tenido que recurrir á la fantasía para hacer la pintura de familias felices; las que en mi libro figuran han existido realmente, y son exactos los sucesos culminantes de su historia. Así me lo han certificado varios colonos de la Isla de Francia, que durante mi permanencia en ella conocí. Solamente me he permitido añadir tal cual detalle secundario, que por ser personal mío no se halla tampoco desprovisto de realidad.

Hace algunos años, después que hube trazado un boceto bastante imperfecto de esa especie de pastoral, rogué á una dama del gran mundo y á unos respetables caballeros, muy alejados de él, que se sirviesen escuchar su lectura, pues me sentía ansioso de conocer el efecto que pudiera producir en personas de tan diversas condiciones, cabiéndome la satisfacción de ver que á todos arrancó lágrimas. Fué el único juicio que de ellas obtuve, pero ¡cuál otro podía esperar más halagüeño!

Pero como siempre acontece que un gran vicio acompaña á un escaso talento, el mentado buen éxito

inspiróme la vanagloria de dar á mi libro el título de *Cuadro de la Naturaleza.* Por ventura mía reflexioné acerca de cuán poco conocida me era aún la de la tierra en que nací, de que sólo en calidad de viajero había visto la varia, rica, misteriosa y atractiva producción de aquellos países y de cuán desposeído me encuentro de la perspicacia, gusto y claridad de expresión que se requiere para investigarla y describirla. Vuelto en mí, decidíme á poner este ligero ensayo bajo el nombre y á continuación de mis *Estudios de la Naturaleza* tan benévolamente acogidos por el público, esperando que dicho título, al recordarle mi incapacidad, le recuerde asimismo su indulgencia.

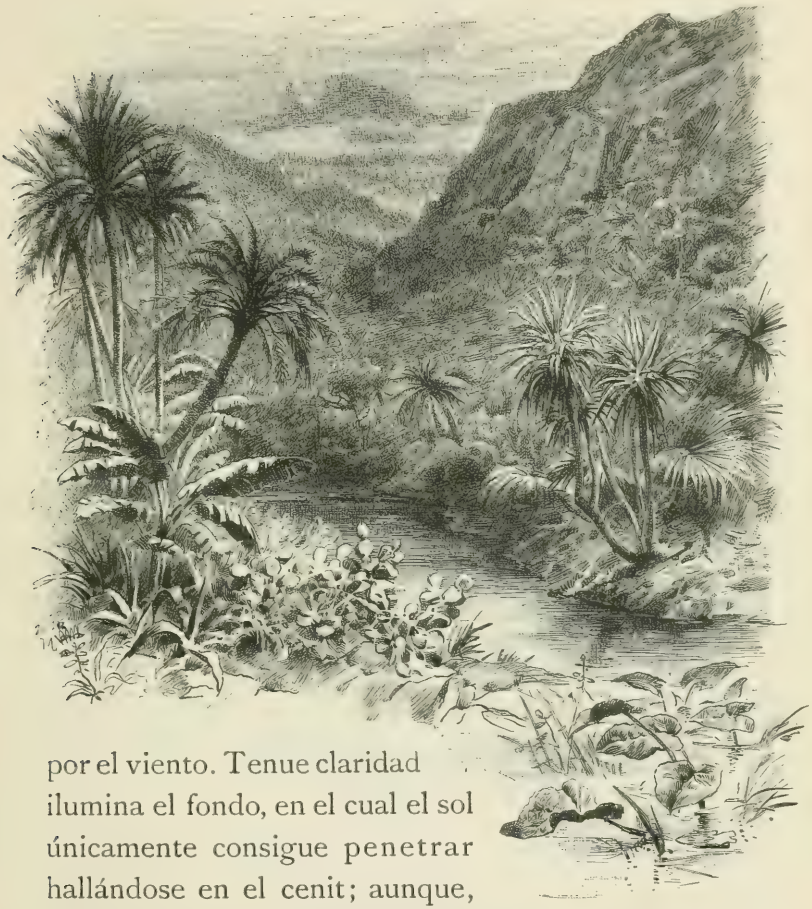
PABLO Y VIRGINIA

En la ladera oriental del monte que se eleva á espaldas de Puerto-Luis, en la Isla de Francia, destácanse, sobre terrenos cultivados en otro tiempo, las ruinas de dos pequeñas chozas. Ingentes rocas contornean la cuenca en cuyo centro vienen á estar situadas, la cual ábrese tan sólo en dirección al Norte. Á la izquierda descúbrese el cerro denominado Mota de la Atalaya, desde donde se señalan los buques de arribada á la isla, y á cuyo pie se asienta la ciudad de

Puerto-Luis. Á su derecha, el camino que enlaza dicho centro con el arrabal de las Pamplemusas; más allá, la iglesia de este nombre, irguiéndose con sus avenidas de bambúes sobre extensa llanura, y como término un bosque que llega á los confines de la isla. Si enfrente se mira, distínguense la bahía de la Tumba, escotando la playa; algo á derecha mano el cabo Infortunado, y en lontananza los anchurosos mares, en los que á flor de agua aparecen varios islotes inhabitables, entre ellos el denominado Mira, el cual asemeja un baluarte surgido de las olas.

Á la entrada del valle, donde de tan vario panorama se disfruta, los ecos de las montañas repiten de continuo las voces de los vientos agitadores de las vecinas selvas y el golpeo de las olas estrellándose lejanas contra los arrecifes; pero junto á las chozas no se percibe ruido alguno, ni se descubren más que riscos escarpados á modo de murallas, en cuya base, en las informes grietas y hasta en sus cimas, arraigan grupos de árboles en que las nubes tienden á posarse; las lluvias, atraídas por los picachos reproducen á menudo las coloreadas franjas del iris sobre las verdinegras laderas, al tiempo que alimentan en su pie los puros manantiales que forman el riachuelo de los Lataneros.

Profundo silencio reina en aquellos ámbitos donde todo es apacible, la luz, el ambiente, las aguas. Diríase que el eco no se atreve á repetir el susurro de las palmeras que crecen en las eminencias y cuyas flexibles hojas, en forma de flechas, están siempre acariciadas



por el viento. Tenue claridad ilumina el fondo, en el cual el sol únicamente consigue penetrar hallándose en el cenit; aunque, desde que alborea el día, sus rayos bañen toda la cresta cuyos salientes picos, contrastando con la región sombría de las montañas, parecen de oro y púrpura sobre el azul del cielo. Placíame frecuentar tales parajes, donde se goza, á la par que de una encantadora perspectiva, de una profunda soledad.

Un día en que me hallaba sentado al pie de aque-

llas chozas contemplando sus ruinas, acertó á pasar por allí un anciano; vestía á usanza de los antiguos habitantes de la isla calzón bombacho y pequeña chupa. Su cabellera era ya cana, su fisonomía noble y sencilla; caminaba descalzo, apoyándose en un cayado de ébano.

Saludéle respetuosamente, devolvióme el saludo, y fijándose en mí breves instantes, acercóse, viniéndose á sentar en el montículo de tierra en que yo me hallaba. Animado por tal prueba de confianza, habléle de esta suerte:

– ¿Podríais decirme, buen anciano, á quién han pertenecido estas dos cabañas?

A lo que contestó:

– Hijo mío, estas viviendas y estas incultas tierras

fueron habitadas hace unos veinte años por dos familias que en ellas hallaron la felicidad. Su historia es conmovedora; pero en esta isla, situada camino de las Indias, ¿á qué europeo puede interesar la suerte de unos seres obscuros, ni quién querría vivir aquí dichoso, pero pobre é ignorado? Los hombres sólo desean saber la historia de los reyes y de los poderosos de la tierra, la cual á pocos aprovecha.

– Buen amigo, continué, fácil es, por vuestros ademán y palabras, comprender que sois hombre de grande experiencia. Si el tiempo no os apremia, servíos contarme, con el alma os lo ruego, cuanto sepáis de los antiguos moradores de este desierto, que bien se os alcanza que aun el ser más desvirtuado por las pasiones mundanas se complace en oir hablar de la dicha que dan de sí la naturaleza y la virtud.

Y el anciano, apoyando en ambas manos la frente por breve espacio, como intentando recordar, habló me luego de esta manera:

En 1726 un joven normando llamado M. de La Tour, después de haber pretendido en vano ingresar en el ejército francés y no logrando ser auxiliado por su familia, decidióse á venir á esta isla en busca de fortuna. Trajo en su compañía á una hermosa mujer á quien tiernamente amaba y de quien era igualmente amado. Hija de una antigua y acaudalada familia de su país, había casado sin dote y secretamente con La

Tour, en razón á que sus padres se oponían, por no pertenecer él á la nobleza.

Dejóla su esposo en Puerto-Luis, embarcándose para Madagascar, al intento de comprar allí algunos negros y regresar prontamente para establecerse; mas habiendo arribado á Madagascar en la mala estación, que comienza á mediados de octubre, falleció á poco de su llegada, víctima de la fiebre pestilente que reina en aquella isla durante seis meses del año y que ha de ser perenne obs-

táculo á su colonización europea. Como acontece ordinariamente á todo el que muere fuera de su patria, los valores que había llevado consigo sufrieron extravío, quedando en Puerto-Luis su esposa, viuda, encinta, sin crédito ni recomendaciones y con una negra por todo caudal. Nada quiso solicitar de los hombres, muerto el único á quien había amado, y más valerosa cuanto más desvalida, resolvió cultivar con su esclava un pequeño rincón de tierra á fin de procurarse lo necesario á su subsistencia.

Aunque se hallaba en una isla casi desierta, y por tanto con terrenos á discreción, no eligió los más feraces, ni los más favorables al comercio; buscando tal cual garganta montañosa ó alguna espelunca donde pudiera vivir sola é ignorada, abandonó la ciudad, encaminándose á estos breñales para en ellos guarecerse como en un nido.

Por común instinto todos los seres sensibles y doloridos se refugian en los lugares más selvátivos y desdeñados, como si los peñascos fuesen baluartes contra el infortunio y como si la calma de la naturaleza lograse apaciguar las inquietudes del espíritu. La Providencia que nos acorre, cuando sólo le pedimos el necesario bien, reservaba para la señora de La Tour uno tal que nunca lo proporcionan las riquezas ni las grandezas terrenas, una amiga.

Poco más de un año hacía que moraba en estos lugares una mujer diligente, sensible y bondadosa, llamada Margarita. Había nacido en Bretaña, de humilde

familia de campesinos que la amaban de corazón y que la hubieran hecho feliz á no haber ella prestado fe á los juramentos de un noble su vecino, quien habiendo satisfecho su pasión con promesa de esposo, apartóse muy luego, negándose hasta á suministrarle medios de subsistencia para el ser que ya llevaba en sus entrañas. Margarita se determinó á abandonar la aldea en que naciera partiendo á las colonias á ocultar su desgracia, lejos de la patria donde había perdido el único dote de una doncella honrada y pobre, la reputación: con la ayuda de un negro, ya entrado en años, adquirido con dinero pedido á préstamo, cultivaba otro pequeño rincón de esta comarca.

Cierto día la señora de La Tour, acompañada de su negra, halló aquí á Margarita, que á la sazón amamantaba á su niño, alegrándose sobre manera de dar con otra mujer en situación que estimó semeja á la suya, y en breves palabras refirióle su condición pasada y sus vicisitudes presentes. Su relato conmovió no poco á Margarita, quien deseosa de merecer su confianza más bien que su aprecio, confesóle, sin reserva alguna, la imprudencia de que se sentía culpada, añadiendo:

—Yo al menos soy merecedora de mi suerte; pero ¡vos, señora, tan honrada é infeliz!

Y hecha un mar de lágrimas, brindóle con su cabaña su amistad.

—¡Ah!, prorrumpió la señora de La Tour, movida por acogida tan tierna y estrechándola en sus brazos,

Dios quiere poner fin á mis pesares cuando os ha inspirado mayor bondad para conmigo, que soy para vos una extraña, que la que han demostrado todos mis parientes juntos.

Yo conocía á Margarita, y

aunque habito lejos de aquí, en la espesura que hay detrás de la Montaña Larga, me consideraba como vecino suyo. En las ciudades europeas, una calle, un sencillo tabique impiden que miembros de una misma familia se reunan durante años enteros; pero en las nuevas colonias son tenidos por vecinos los que

solamente están separados por bosques y montañas.

En aquella época, sobre todo, en que esta isla tenía escaso comercio con las Indias, el mero hecho de la vecindad era título amistoso y la hospitalidad para con los extranjeros un deber á la par que un goce.

Luego que supe que mi vecina había adquirido una amiga, fuí á verla, esperanzado de ser útil á entrambas. Encontré en la señora de La Tour una dama de distinguido porte, llena de nobleza y de melancolía. Hallábase en vísperas de su alumbramiento. Indiquéles que consideraba conveniente en interés de sus hijos, y sobre todo para evitar que otro colono se estableciera en él, posesionarse del fondo del valle, que contiene obra de veinte yugadas; y habiendo puesto su confianza en mí para dicho fin, lo dividí en dos parcelas próximamente iguales: comprendía una de ellas la parte alta del recinto, desde el pico de aquella roca cubierta de nubes, donde tiene origen el riachuelo de los Lataneros, hasta aquella hoz escarpada que se divisa allá arriba en la montaña y que recibe el nombre de Tronera por lo mucho que se parece á la de un cañón. Esta parte se halla en su fondo tan llena de guijarros y de hoyas, que es casi imposible transitar por ella; produce, no obstante, copudos árboles y abunda en fuentes y arroyuelos. Contuvo el otro lote toda la tierra baja que se dilata á lo largo del río de los Lataneros hasta la cañada en que estamos, á partir de la cual comienza el río á correr por entre dos colinas hasta dar en el mar. Aunque en él veáis tal cual faja

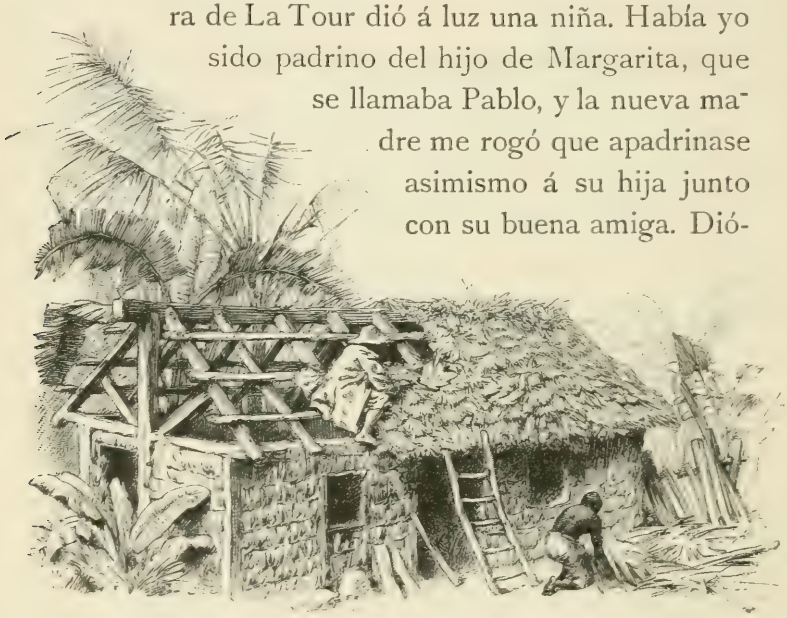
de pradera y arcilla bastante compacta, no aventaja al otro, pues en la estación de las lluvias se torna pantanoso y es en las sequías duro como el plomo, tanto que ha de recurrirse al arado para abrir surcos en él.

Sobre ambas particiones echaron suertes, á instancia mía: cupo la elevada á la señora de La Tour, la baja á Margarita. Quedaron con ello una y otra muy satisfechas, pero me suplicaron que no separase sus moradas,

«al objeto, me decían, de que podamos de continuo vernos, hablarnos y prestarnos mutuo auxilio.» Convenía, no obstante, que cada cual tuviese habitación propia, y como la choza de Margarita se hallase en los linderos de su pertenencia y en medio del valle á la vez, levanté otra en tierras de su compañera, de modo que resultaron vecinas dentro de sus respectivas propiedades. Corté con mi mano rollizas estacas en los bosques y las traje en hombros; también hojas de latania cogidas en las riberas del mar, y con ello construí estas cabañas donde hoy no se descubre ni puerta ni techumbre; mas ¡ay! quedan aún bastantes vestigios para alimentar mi recuerdo. El tiempo, que se ceba en los monumentos imperiales, se complace

en respetar los que alzó la amistad en estas soledades, para así perpetuar mis pesadumbres hasta el fin de mi existencia.

No bien acabé la segunda de estas cabañas, la señora de La Tour dió á luz una niña. Había yo sido padrino del hijo de Margarita, que se llamaba Pablo, y la nueva madre me rogó que apadrinase asimismo á su hija junto con su buena amiga. Dió-



le ésta el nombre de Virginia, y añadió, mirándola atentamente: «Será virtuosa y será feliz, que yo no conocí la desgracia mientras seguí los senderos de la virtud.»

Cuando la señora de La Tour sintióse reconfortada, ambas pequeñas haciendas comenzaron á ser de algún provecho, merced á los cuidados que yo les prodigaba de vez en cuando y sobre manera á la ardua labor de los esclavos. El de Margarita, que se llamaba Domin-

go, era un negro bozal, bastante robusto aún, á pesar de sus años. Dotado de buen criterio natural, no carecía de experiencia de la vida. Trabajaba indistintamente ambas propiedades, escogiendo los trozos que estimaba de mayor feracidad, y echando en ellos las simientes más adecuadas: mijo y maíz en las tierras medianas; trigo en las buenas; arroz en las aguanosas y al pie de

las peñas pepinos, calabazas y cohombros, que gustan de trepar por ellas. En los sitios secos plantaba patatas, pues las dan sumamente dulces; algodoneros en los altos; cañamieles en los suelos resistentes; café en las faldas de las colinas, que así resulta exquisito,

aunque de menudo grano; marginalmente á los ríos y en torno de las chozas, bananos que ofrecen en toda estación gustoso fruto y sombra abundante, y finalmente, algunos pies de la planta del tabaco, para divertir sus tristezas y las de sus bondadosas amas. Subía al monte en busca de leña para la lumbre y quebrantaba acá y allá algunas rocas para allanar las veredas; todo con gran inteligencia y actividad, hijas del verdadero celo.

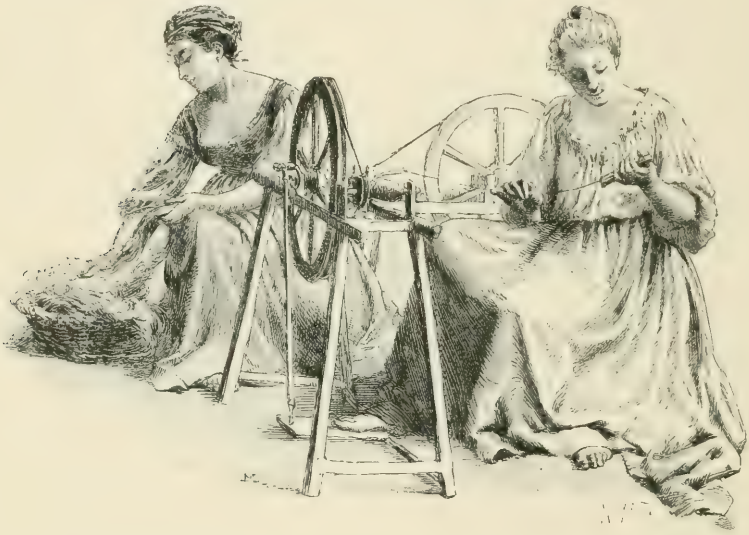
Adicto á Margarita, no lo era menos á la señora de La Tour, con cuya esclava negra había casado al nacer Virginia. Amaba apasionadamente á su mujer, llamada María, la cual era nativa de Madagascar, de donde había aportado varias industrias, como la de tejer canastillas y telas, denominadas *paños*, con hierbas silvestres. En extremo mañosa, limpia y fiel, eran cuidados suyos el preparar la comida, el criar gallinas y el ir de vez en cuando á Puerto-Luis á vender lo sobrante de ambas heredades, poco considerable por cierto. Añadid dos cabras, criadas junto á los niños, y un mastín, vigilante externo de las chozas, y tendréis idea cumplida de los productos y del servicio de tales posesiones.

Por lo que hace á las dos amigas, hilaban algodón desde que el sol amanecía hasta ponerse; bastábales dicha labor para el mantenimiento y necesidades de sus familias; por otra parte, vivían tan ajenas á exóticas comodidades, que andaban descalzas por sus tierras, gastando zapatos sólo para ir los días festivos á la pri-

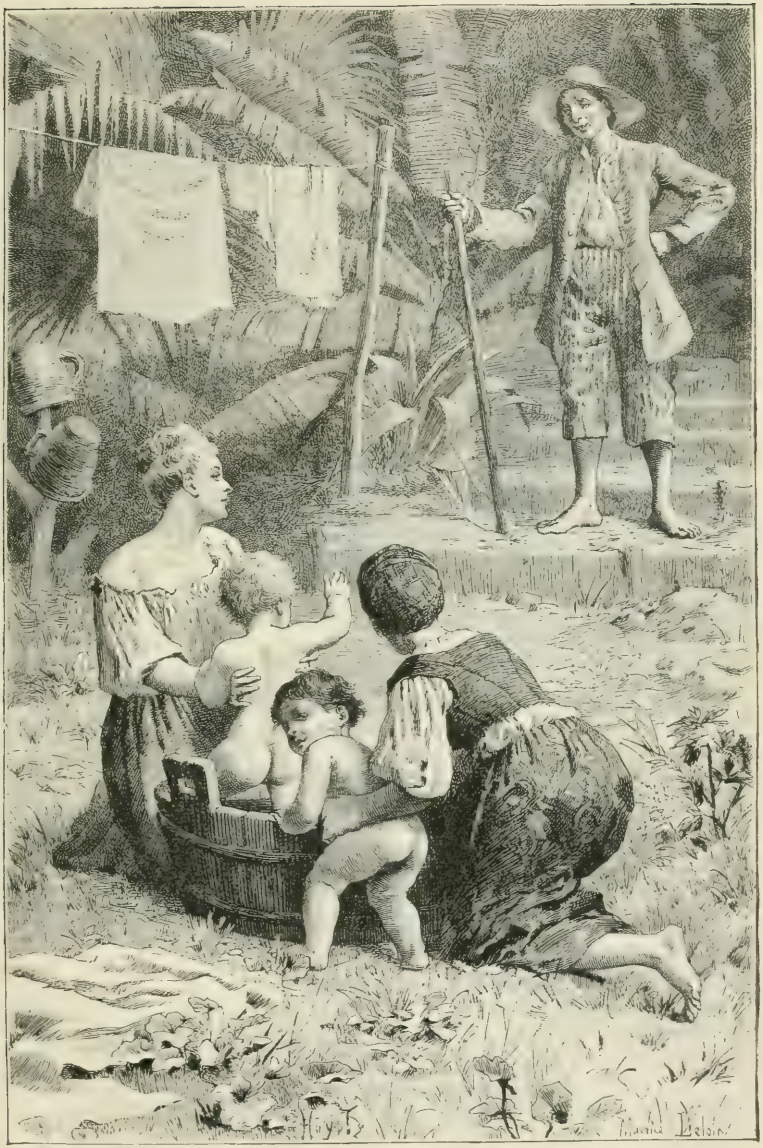
mera misa de la iglesia de las Pamplemusas, que es la que se divisa allá en el fondo. Más lejana está ciertamente que la de Puerto-Luis, pero la preferían á la de la ciudad, donde rara vez concurrían, temerosas del desprecio de las gentes por vestir siempre burda tela de cotón azul de Bengala, que es la que usan las esclavas. Bien hacían, á mi ver: ¿qué vale la pública consideración comparada con la tranquilidad del hogar? Si aquellas damas sufrían algo fuera de sus casas, con mayor placer se restituían á ellas. No bien Domingo y María las oteaban, desde la altura en que estamos, por el camino de las Pamplemusas, volaban á su encuentro hasta el pie del monte para ayudarlas á subirlo, reflejando en los movedizos ojos la alegría que les dominaba.

En sus casitas hallaban libertad y aseo, bienes que debían sólo á su trabajo y al de sus devotos y fieles servidores. Unidas por iguales exigencias, víctimas de análogas vicisitudes, dábanse mutuamente el dulce nombre de amiga, de compañera, de hermana, y eran unos sus intereses, su voluntad, su mesa. Todo

entre ellas teníase por común. Si añejas pasiones, más impetuosas que la amistad se despertaban en su alma, la religión, coadyuvada por costumbres castas, llevaba su pensamiento á la otra vida, como se eleva al cielo la llama al no quedarle ya pábulo sobre la tierra.



Los deberes que naturaleza impone contribuían á aumentar el gozo de su unión: su amistad fortalecíase á la vista de sus hijos, fruto de amores igualmente desventurados. Deleitábanse en reunirlos en un mismo baño, en acostarlos en la misma cuna y en ponerlos indistintamente á sus pechos. Por ello decía la señora de La Tour: «Cada una de nosotras tiene dos hijos; cada uno de nuestros hijos tiene dos madres.» De igual manera que dos retoños, librados del furor de la tormenta en árboles que perdieron todas sus ramas, pro-

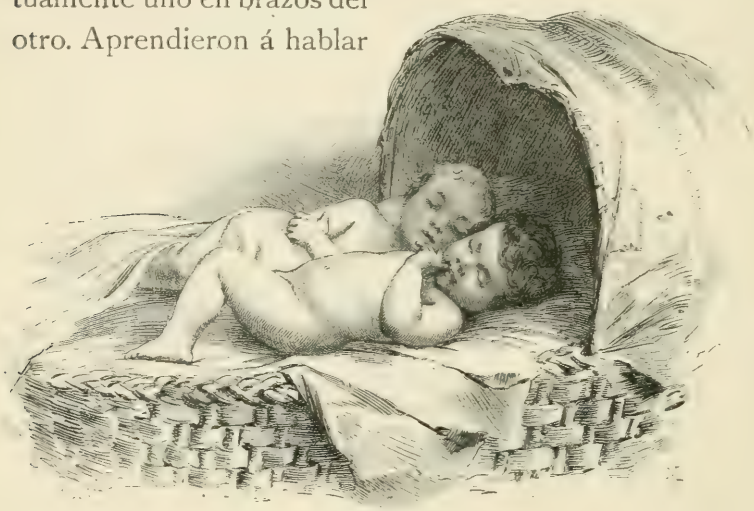


Deleitábanse en reunirlos en un mismo baño

ducen más sabrosos frutos, si, desprendido cada cual del materno tronco se injerta en el tronco vecino, aquellos dos niños, desposeídos de todos sus parientes, nutrían su espíritu con sentimientos aún más exquisitos que los de hijo é hija, de hermano y hermana, cuando por suerte los cambiaban de pecho aquellas compañeras que les habían dado el ser. Al mecerlos en la cuna ya hablaban de su matrimonio, y la perspectiva de la soñada felicidad conyugal, con que aturdían sus pesares, acababa las más veces por arrancarles abundosas lágrimas. Recordaba la una que todos sus males procedían de haber menospreciado el himeneo, la otra de haberse sujetado á sus leyes; los de Margarita reconocían por origen haber pretendido mejorar de posición, los de la señora de La Tour haber descendido de ella; si bien ambas se consolaban imaginando que un día sus hijos, más dichosos que ellas, disfrutarían juntamente, lejos de las insensatas preocupaciones de Europa, los placeres del amor al benéfico amparo de la igualdad.

Nada, en efecto, podía compararse con el cariño que ya aquellas criaturitas se profesaban. Si Pablo lloraba, era suficiente que le mostrasen á Virginia para que se sonriera y callara. Sabíase si á Virginia le aquejaba algún dolor por los gritos de Pablo, aunque aquélla ponía empeño en disimular su mal, para no aumentar la pena de su pequeño amigo. Pocas veces recuerdo haber venido aquí sin hallarlos desnudos, á estilo del país, torpes aún en el andar, cogidos de la mano ó

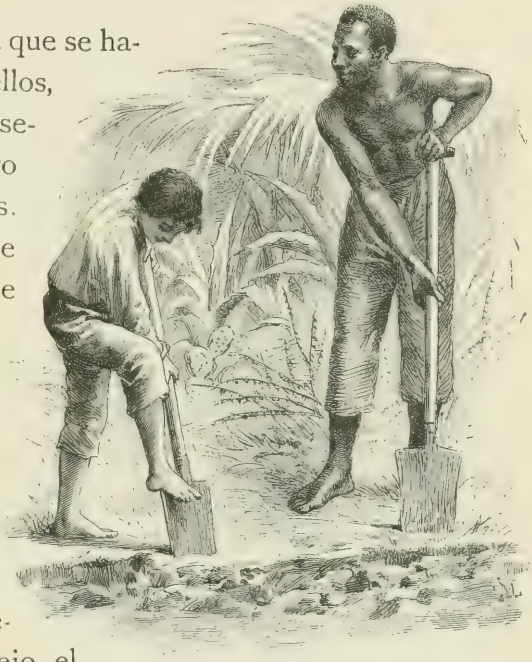
abrazados tal como suele representarse la constelación de Géminis. Ni aun la noche conseguía separarlos; sorprendidos con frecuencia en una misma cuna, el rostro contra el rostro, el seno contra el seno, puestas las manos en torno de sendos cuellos, durmiendo mutuamente uno en brazos del otro. Aprendieron á hablar



y los primeros nombres que balbucieron fueron los de hermano y hermana. La infancia que saborea las más dulces caricias no conoce nombres más afectuosos.

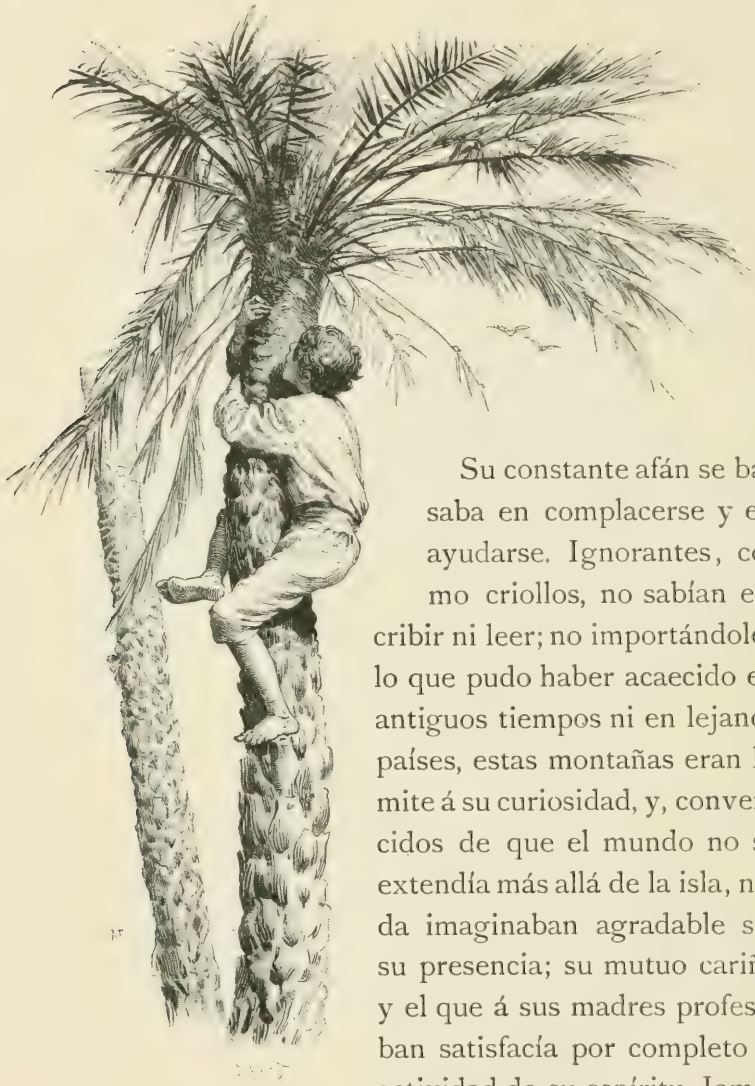
Dió la educación creces á su cariño tendiendo á satisfacer recíprocos anhelos. Cuanto dice relación con la economía, limpieza, arte de preparar una comida campestre, fué de la incumbencia de Virginia, cuya labor era siempre premiada con elogios y besos de su hermano. Éste, nunca ocioso, ora cavaba la huerta con Domingo, ora le acompañaba al bosque, y si por aca-

so veía en el camino una flor atractiva, un fruto sabroso ó un nido de pájaros, por más que estuviese en la cima de un árbol, lo escalaba para ofrecerlo á su hermana.



Dondequiera que se hallara á uno de ellos, podía darse por seguro que el otro no andaba lejos. Un día en que descendía yo de la cumbre de este monte, divisé en el fondo del jardín á Virginia que corría hacia la choza, cubierta su cabeza con el zagalejo, el cual había alzado por detrás para guarecerse contra un fuerte aguacero.

Desde lejos pensé que iba sola; pero, al acercarme á ella para ayudarla en su marcha, vi que iba del brazo con Pablo, á quien cubría casi por completo con la saya, riéndose de verse juntos y al abrigo de aquel paraguas de su invención. Por sus encantadoras cabezas cobijadas bajo aquel improvisado toldo me recordaron los hijos de Leda dentro de la misma concha.



Su constante afán se basaba en complacerse y en ayudarse. Ignorantes, como criollos, no sabían escribir ni leer; no importándoles lo que pudo haber acaecido en antiguos tiempos ni en lejanos países, estas montañas eran límite á su curiosidad, y, convencidos de que el mundo no se extendía más allá de la isla, nada imaginaban agradable sin su presencia; su mutuo cariño y el que á sus madres profesaban satisfacía por completo la actividad de su espíritu. Jamás la infecunda ciencia había hecho correr sus lágrimas, jamás las enseñanzas de una tétrica moral les causaron

... á quien cubría casi por completo con la saya

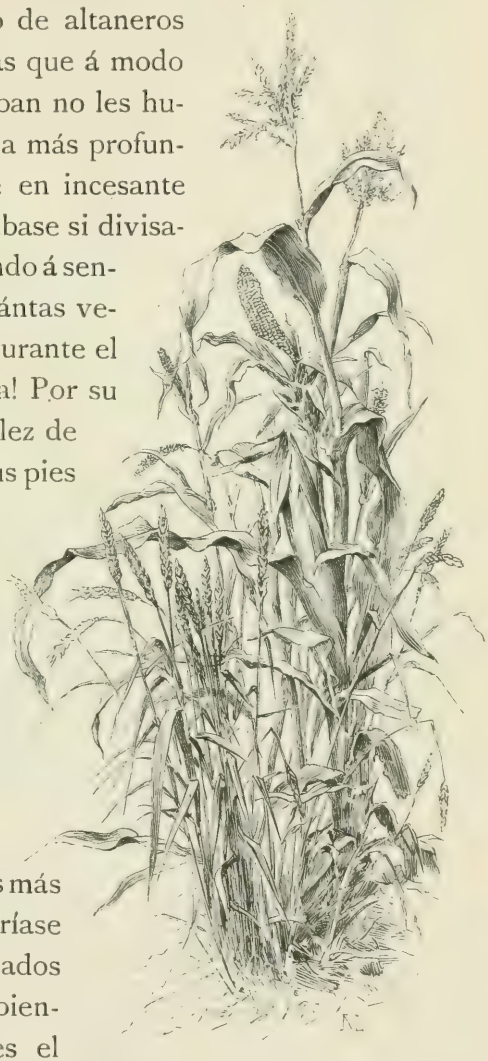
tedio. Desconocían la prohibición del robo, que todo entre ellos era común; la gula, que á mano tenían próvidos manjares; la mentira, que ninguna verdad interesábales ocultar. Nadie puso espanto en sus mentes hablándoles de los castigos terribles que Dios tiene reservados para los hijos ingratos; la amistad filial era en ellos nacida de la amistad materna: sólo sabían de la religión lo que mueve á amarla, y doquiera que estuviesen, en el campo, en la casa, en los bosques, elevaban al cielo, más fervorosamente quizá que en la iglesia, sus manos inocentes y su corazón henchido de amor á los autores de su existencia.

Así transcurrió su primera infancia, como esplendente aurora, nuncio de hermoso día. Pronto compartieron con sus cariñosas madres los quehaceres domésticos. Apenas el gallo señalaba el retorno de la luz, levantábase Virginia, corría presurosa á buscar agua á la cercana fuente y, de vuelta á la casa, sazonaba el almuerzo; al dorar el sol las cumbres circunvecinas, Margarita y su hijo entraban en la morada de la señora de La Tour, donde se rezaba la oración de la mañana. Frugal desayuno venía á continuación, tomado unas veces junto á la puerta, otras sobre la hierba ó bajo un dosel de bananos, que les ofrecían preparado manjar en su fruto substancioso y delicado mantel en sus anchas y lustrosas hojas. Sano y nutritivo alimento desarrolló bien pronto sus cuerpos, mientras una cándida educación dibujaba en sus rostros la pureza y el gozo de sus almas.

No contaba Virginia arriba de doce años y ya sus formas se hallaban más que promediadas; rubios y abundosos cabellos sombreaban su frente; sus azules ojos y sus labios de coral brillaban con apacible esplendor en su fresco rostro, sonriendo concertadamente con sus palabras, y si por acaso guardaba silencio, la natural inclinación de su mirada hacia los cielos comunicábale expresión de exquisita sensibilidad con dejos de lánguida melancolía.

Respecto á Pablo, veíase brotar en él la virilidad de carácter en medio de las gracias de la adolescencia: de mayor estatura que Virginia, era su tez más morena, más aguileña su nariz, y sus ojos, negros como la mo-

ra, hubieran pecado de altaneros si las largas pestañas que á modo de caireles los rodeaban no les hubiesen comunicado la más profunda dulzura. Aunque en incesante movimiento, aquietábase si divisaba á Virginia, corriendo á sentarse á su lado. ¡Cuántas veces nada se decían durante el tiempo de la comida! Por su silencio, por la sencillez de sus actitudes y por sus pies desnudos, hubiéraseles tomado por un grupo antiguo de mármol blanco representando hijos de Niobe; pero por sus miradas ansiosas de cruzarse, por sus sonrisas contestadas por otras más cariñosas si cabe, diríase que eran seres bajados del cielo, espíritus bienhadados, en quienes el amor es condición de naturaleza y que no necesitan traducir sus sentimientos con ideas, ni sus afectos con palabras.



La señora de La Tour, viendo crecer en su hija tantos encantos, sentía aumentar sus inquietudes á la par que su ternura. Á veces me decía: «Si yo muriese, ¿qué sería de esta mi pobre hija?»

Vivía en Francia una tía suya, rica, noble, anciana y muy beata: con tanta dureza hubo de tratarla cuando por su casamiento con La Tour acudió á ella, que había resuelto no suplicarla de nuevo, por grande que fuese la indigencia en que se encontrara; pero era madre y, como tal, no temió arrostrar la vergüenza de una negativa. Comunicóle la inesperada muerte de su esposo, el nacimiento de su hija y los apuros en que se hallaba, lejos de su país, para su sostenimiento. En vano esperó respuesta. Aunque poseía grande entereza de carácter, resignóse á mayor humillación y quizá á reproches de su parienta – que nunca lé había perdonado su casamiento con un hombre de baja esfera, aunque honrado, – escribiéndole, siempre que se ofrecía ocasión, excitando su sensibilidad en pro de Virginia. Años y años transcurrieron sin que recibiese muestra ni señal alguna de su afecto.

Por fin, en 1738, tres años después de la llegada de M. de La Bourdonnais como Gobernador de la isla, supo la señora de La Tour que dicha autoridad tenía para ella una carta, y corrió presurosa á Puerto-Luis, sin preocuparse del pobre estado de su traje, que el cariño maternal está siempre por cima de las preocupaciones mundanas. M. de La Bourdonnais entrególe, en efecto, una misiva procedente de su tía en que le

decía que era muy merecedora de su suerte por haberse casado con un libertino aventurero; que las pasiones llevan aparejadas las penas; que estimaba la prematura muerte de su esposo justo castigo del cielo; que había obrado muy cuerdamente trasladándose á esta

isla, por no deshonrar en Francia á su familia, y que, por otra parte, se hallaba en país donde todos, excepto los holgazanes, hacían fortuna. Terminados los reproches, daba comienzo á las propias alabanzas, mencionando que por evitar las consecuencias, de ordinario funestas, del matrimonio, lo había siempre rehusado; siendo lo cierto que, sobrado ambiciosa, aspiraba á enlazarse con persona de elevada alcurnia, y que, si

bien en la corte tan sólo la riqueza deja de ser mirada con indiferencia, no se había presentado hombre alguno que se aviniera á unirse con mujer tan fea de rostro y tan dura de corazón.

Decíale, en posdata, que, después de madura reflexión, la había recomendado muy eficazmente á M. de La Bourdonnais. Habíalo hecho, en efecto; pero, siguiendo la hoy muy generalizada costumbre que hace al protector más temible que un enemigo declarado, ganosa de justificar ante el gobernador la crueldad con que trataba á su sobrina, habíala calumniado, aparentando condolerse de ella.

Así la señora de La Tour, á quien nadie, por indiferente que fuese, podía mirar sin respeto y sin afecto, fué recibida con extrema frialdad por M. de La Bourdonnais. Prevenido como se hallaba en su contra, contestó á lo referente á su situación y á la de su hija sólo con entrecortadas frases:

– Procuraré..., lo pensaremos otro día..., los desgraciados son ustedes tantos..., ¡cómo se ha indispuesto usted con persona tan respetable!.., indudablemente usted tiene la culpa.

Transida de dolor y llena de amargura, volvió la buena señora á su cabaña, sentóse al entrar en ella, y arrojando sobre la mesa la carta de su tía, exclamó: «He aquí el fruto de once años de paciencia;» y como era la única que allí sabía leer, tomó de nuevo el papel, dando lectura de su contenido á toda la familia que se había reunido en torno. No bien la hubo termi-

nado, saltó Margarita con estas desenfadadas palabras:

– ¿Y qué necesidad tenemos de tales deudos? ¿Acaso nos ha abandonado Dios? Él es nuestro único padre. Pues hemos vivido felices hasta el día de hoy, ¿á qué

apesadumbrarnos?, te había juzgado en verdad más animosa.

Mas viendola llorar, se abalanzó á su cuello y, estrechándola en sus brazos, exclamó:

– ¡Amiga mía, mi buena amiga!

Sus propios sollozos le ahogaron la voz.

Virginia, deshecha en llanto, oprimía alternativamente contra sus labios y contra su corazón las manos de su madre y las de Margarita. Pablo, inyectados de

ira los ojos, daba gritos, apretando los puños y golpeando el suelo sin saber contra quién emprenderla. Al vocerío acudieron Domingo y María, y sólo ayes de dolor resonaron en la cabaña. «Señora..., madre mía..., ama querida..., no lloréis...» Demostraciones tantas de cariño acallaron el pesar de la señora de La Tour, quien tomando en sus brazos á Virginia y á Pablo, les dijo con risueño ademán:

– Hijos míos, sois la causa de mi pena, pero constituís también toda mi alegría; almas de mi alma, la desgracia ha tenido que venir de lejos, la dicha está aquí en torno mío.

Pablo y Virginia no acertaron á comprenderla; mas, al verla tranquilizada, sonrieron, prodigándole mil caricias. El bienestar tornó á reinar de nuevo; aquello no fué más que una tormenta en la estación de las flores.

Marcábase más y más cada día la índole bondadosa de tales niños. Una fiesta en que, al romper la aurora, habían sus madres ido á misa al templo de las Pamplemusas, llegóse una negra cimarrona hasta los bananos que rodeaban las viviendas; parecía un esqueleto de puro flaca, y no llevaba otra ropa sobre su cuerpo que un pedazo de arpillera arrollado á la cintura: arrojándose á los pies de Virginia, que á la sazón condimentaba el almuerzo para la familia, dijo así:

– Señorita, tenga compasión de esta pobre esclava fugitiva, errante un mes por bosques, muerta de hambre, perseguida por cazadores y por perros; yo, señorita, huyo de mi amo, colono rico del río Negro, que me ha puesto de esta conformidad.

Al mismo tiempo mostrábale su cuerpo acardenalado y con surcos abiertos por el paso del látigo, añadiendo:

– Yo querer ahogarme, pero sabiendo que señorita estaba aquí, pensé hay blancos buenos en esta tierra, y no debo morir todavía.

– Tranquilícese, desgraciada criatura, interrumpióle Virginia muy condolida, y tome alimento; ofreciéndole al efecto el desayuno que acababa de preparar.

La esclava lo devoró en un santiamén, y Virginia, viéndola más calmada y satisfecha, le dijo:

– Ardo en deseos de ir á demandar á vuestro amo que os perdone; no, no es posible que al veros así no se compadezca: ¿queréis guiarme á su morada?

– Angel del cielo, yo iré donde quiera con mil amores, aunque posesión está lejos.

Virginia llamó á Pablo y le suplicó que la acompañase; la esclava les condujo por senderos no trillados, á través de montañas que subieron trabajosamente y de anchos ríos que pasaron por los vados. A cosa del mediodía llegaron al pie de un cerro situado en la margen del río Negro: desde allí distinguieron una casa de sólida construcción, plantíos extensos y buen golpe de esclavos ocupados en diversas faenas. Por entre ellos paseaba el dueño, con una pipa en la boca y en la mano un látigo. Alto, amojamado, cejijunto, cetrino de color y de muy hundidos ojos, Virginia acercóse á él con timidez y siempre cogida del brazo de Pablo, y le suplicó, por el amor de Dios, que perdonase á la esclava, la cual permanecía á algunos pasos de distancia. De pronto el colono hizo maldito el caso de aquel par de niños tan pobremente trajeados; mas fijóse luego en la esbelta apostura de Virginia, en su rubia cabeza bajo la toca azul, y cuando hubo oído el flébil son de aquella voz, temblorosa al igual que todo su cuerpo, solicitando gracia, quitóse la pipa de los labios, y alzando el roten al cielo, juró, con malsonante juramento, que perdonaba á la esclava, no por amor de Dios, sino por amor á la hermosa intercesora.

Apresuróse Virginia á hacer seña á la negra para que se acercara á su amo, y echó á correr, siguiéndola Pablo.

Juntos ascendieron la opuesta falda del cerro que bajado habían, y al alcanzar la cumbre, sentáronse, rendidos de fatiga, de hambre y de sed á la sombra de

... y le suplicó, por el amor de Dios, que perdonase á la esclava

un árbol. Llevaban andadas cinco leguas, desde la salida del sol, sin probar alimento alguno. Pablo dirigióse á Virginia:

– Es más de mediodía, le dijo; tú sientes hambre y sed y aquí no hemos de encontrar nada que las satisfaga; bajemos de nuevo este collado é iremos á pedir de comer al dueño de la esclava.

– De ningún modo, replicó Virginia; le he cogido miedo: además no olvides lo que dice á veces mi madre: «El pan del malo, en la boca se vuelve tierra.»

– ¿Qué haremos, pues?, repuso Pablo. Estos árboles sólo producen frutos insanos, y no hay por aquí ni un tamarindo ni un cidro para refrescarte.

– Dios, que atiende á los píos de las aves que le piden sustento, se compadecerá de nosotros, prosiguió Virginia.

Acababa apenas de pronunciar la niña estas palabras cuando llegó á sus oídos el rumor de sonoro manantial que de lo alto de una vecina roca se desprendía. Á él acudieron, y después que se hubieron saciado en sus aguas cristalinas, arrancaron y comieron algunos de los berros que en las márgenes crecían. Como dirigiesen á uno y otro lado la mirada, buscando más substancioso alimento, Virginia distinguió en la espesura del bosque un palmito. El cogollo que en su parte alta y envuelto en hojas ofrece dicho árbol, constituye un exquisito manjar; pero, aunque su tronco no medía el grueso de un muslo, era su altura de más de setenta pies. Además, si bien su madera se reduce á un

haz de filamentos, presenta dureza tal, que embota las hachas más aceradas, y Pablo, por su parte, no llevaba consigo ni una mala navaja. Hubo entonces de ocurrírsele incendiarlo por su pie; pero, para colmo de sus apuros, no disponía de eslabón, y dudo mucho, aunque sea esta isla un peñasco continuado, que en ella aparezca el pedernal. La necesidad aguza el inge-

nio, que gran parte de los inventos útiles débense á los preteridos por la fortuna. Nuestro joven resolvió entonces procurarse lumbre á la manera de los negros, y cogiendo una piedra puntiaguda, practicó un agujero en una rama bien seca, la cual sujetó entre sus rodillas; con el canto de dicha piedra sacó punta á otra rama seca también, pero de distinta madera; introdujo luego en el agujero de la que tenía en sus rodillas el pico de la otra, y haciéndola rodar rápidamente como molinillo de chocolatera, vió saltar en breve del círculo de contacto humo y chispas. Diligente recogió hierbas secas y ramojo, pegando fuego al palmito, que se abatió con grande estrépito. El mismo fuego sirvióle para despojar el cogollo de la envolvente de sus punzantes y leñosas hojas. Virginia y él comieron cruda una parte del fruto y la otra cocida al rescoldo, hallándolas igualmente sabrosas. Almuerzo tan frugal hiciéronlo con inmensa alegría, al recuerdo de la buena acción realizada aquella mañana; alegría, no obstante, que turbó no poco el temor de la inquietud en que debían de hallarse sus madres por ausencia tan prolongada. Virginia no podía apartar de su mente tal idea; Pablo, recobradas sus fuerzas, tranquilizóla diciendo que pronto se restituirían á su morada.

Faltos de guía que á ella les llevara, viéronse, al terminar la comida, en nueva angustia. Pablo, siempre animoso, dijo á Virginia:

– Nuestras chozas caen hacia el Mediodía: precisa, pues, que atravesemos, como esta mañana, aquella

montaña terminada en tres picos que allá abajo se divisa: en marcha, hermana mía.

La aludida montaña era la de las Tres Ubres, así llamada por la forma de sus tres remates y por la fertilidad y abundancia que con sus emanaderos proporciona á los valles. Descendieron, pues, la colina del río Negro por su costado Norte, llegando, después de una hora de buen andar, á las márgenes de un torrente que les cerró el paso. Esa parte, nada pequeña, de la isla hállase oculta por la maleza, y es aún hoy tan poco conocida, que muchos de sus ríos y montañas carecen de nombre. El torrente á cuyo borde se hallaban corre borbotando sobre lecho de

... y pasó con carga tan suave por encima de las resbaladizas peñas

rocas, y tanto el rumor de sus aguas espantó á Virginia, que no osó poner en él la planta para vadearlo. Pablo tomóla entonces en sus hombros y pasó con carga tan suave por encima de las resbaladizas peñas, afrontando la corriente embravecida.

– No temas, le decía, me sobran fuerzas llevándote á ti. Si el colono del río Negro no hubiese accedido al perdón de su esclava, me bato con él.

– ¡Cómo!, interrumpió Virginia, ¿con aquel hombretón tan malvado? ¿Á qué te he expuesto, Dios mío? ¡Ay! ¡Cuán difícil es el hacer el bien, y el mal cuán hacedero!

Al ganar Pablo la opuesta orilla, empeñóse en proseguir la ruta llevando á cuestas á su hermana, gloriándose de subir en tal modo la montaña de las Tres Ubres, aún distante una media legua; mas pronto las energías le abandonaron, viéndose obligado á deponerla en tierra y á reposar á su vera.

Virginia así le dijo:

– Hermano mío, el día agoniza, y mis fuerzas acabaron; tú que aún las conservas, déjame aquí y regresa solo á las chozas, llevando el sosiego á nuestras madres.

– ¡Oh!, nunca, replicó Pablo, he de abandonarte; si la noche nos sorprende en esta selva, encenderé lumbre, derribaré otro palmito; tú comerás el fruto, yo haré con sus hojas una choza que nos sirva de abrigo.

Virginia, ya más serena, arrancó del añoso tronco de un árbol que pendía sobre el río hojas de escolopendra

y las ajustó, á modo de borceguíes, á sus pies y piernas, que sangraban heridas por las piedras del camino; pues en su precipitado afán de ser útil, había olvidado calzarse. Algún tanto aliviada con la frescura de las hojas, desgajó una rama de bambú y echó á andar apoyando en la caña una mano y la otra en el hombro de su amado.

Así fueron caminando paso á paso por entre selvas; pero muy presto la altura y la frondosidad de los árboles les hicieron perder de vista la montaña de las Tres Ubres, á la cual se dirigían, y aun el sol, cercano ya al término de su carrera; poco después abandonaban, sin darse de ello cuenta, la senda trillada que hasta entonces siguieran, y se internaron en un laberinto sin salida de árboles, de bejucos y de peñas. Pablo hizo sentar á Virginia y comenzó á correr desolado en todas direcciones, buscando arbitrio para salir de la espesura; pero fatigóse en vano; subióse al árbol más alto para descubrir cuando menos la montaña de las Tres Ubres; sólo vió alrededor de sí copas y más copas de árboles, las cimas de algunos de ellos iluminadas ya por los rayos del sol poniente.

Las sombras proyectadas por los montes fueron recubriendo las selvas que verdeaban en el fondo de los valles: calmó el viento, como suele acontecer en el vespertino crepúsculo; silencio profundo reinaba en aquellas soledades, turbado tan sólo por los bramidos de los ciervos en busca de sus madrigueras por entre la intrincada maleza. Pablo, con la esperanza de que

algún cazador nocturno pudiera oirle, exclamó á voz en grito: «¡Acudid, acudid en socorro de Virginia!» Tan sólo los ecos dormidos en las montañas despertaron á su voz, repitiendo con

acrecido acento: «Virginia, Virginia.» Cuitado y fatigoso descendió del árbol y comenzó á buscar recursos

para pasar allí la noche; mas ¡ay!, no halló ni fuente, ni palmito, ni siquiera leña seca para procurarse lumbre; entonces, conociendo por propia experiencia lo menguado de su poder, acudió á sus ojos el llanto. Acorrióle Virginia diciéndole:

—No llores si no quieres rendirme á la tristeza: bien comprendo que soy yo la causa de tu angustia y de las que nuestras madres están sufriendo. Nada debe hacerse, ni aun el bien, sin consultar á los que nos han dado la existencia.

Dicho lo cual, echóse también á llorar: luego, volviéndose á Pablo, exclamó:

—¡Encomendémonos á Dios, esperando que Él se apiadará de nosotros!

Apenas hubieron concluído su plegaria, oyeron los ladridos de un perro.

—Será indudablemente de alguno de los cazadores que vienen por la noche á matar ciervos al acecho, murmuró Pablo.

A todo esto los ladridos sentíanse algo más cercanos.

—Paréceme, dijo Viginia, que es Leal, nuestro

mastín; sí, le conozco en el ladrar. ¿Estaremos acaso al pie de nuestra montaña?

Un momento después Leal llegaba jadeante á sus pies, ladrando, gañendo y colmándolos de caricias. Aún no bien vueltos de su asombro, divisaron á Domingo que apresuradamente iba hacia ellos. Á la llegada del buen

negro, que lloraba de gozo, rompieron ellos nuevamente en llanto, sin poder articular palabra.

Cuando Domingo consiguió serenarse, les dijo:

—¡Ay, mis señoritos, y en cuánta zozobra están sus

madres! ¡Cómo han quedado sorprendidas cuando, al regresar de la iglesia donde yo las he acompañado, no les encontraron! María, que trabajaba en un rincón de la choza, no nos ha sacado de apuros: yo andaba de acá para allá, sin saber dónde buscarles, hasta que por fin tomé ropas usadas de mis amitos y las he dado á olfatear á Leal, y ¡pobre animalito!, como si hubiese comprendido, empezó á rastrear, y moviendo siempre la cola, me ha conducido hasta el río Negro. Allí el colono me dijo que unos niños le habían devuelto una negra cimarrona y que por ellos le había concedido perdón; pero ¡qué perdón!, el infame me la mostró atada á un poste, con unos grilletes á los pies y un collar de hierro con tres escarpias al cuello. Leal, rastreando siempre, llevóme desde aquella hacienda á la cima del cerro del río Negro, donde paró de nuevo, ladrando á más y mejor. Hallábame al borde de un manantial, junto á un rescoldo humeante aún y no lejos de un palmito derribado; finalmente, me ha traído aquí; estamos al pie de la montaña de las Tres Ubres y distantes cuatro buenas leguas de nuestra habitación. ¡Ea, á comer y á ganar ánimo!

Esto dijo, presentándoles sin demora una torta, al-

gunas frutas y una ventruda calabaza rellena de un licor, compuesto de agua, vino, azúcar y nuez moscada, preparado á prevención por sus madres para confortarlos y refrescarlos. Virginia suspiró, pensando en la atormentada esclava y en el desasosiego de sus madres, repitiendo varias veces: «¡Oh, y cuán difícil es practicar el bien!»

En tanto que Virginia y Pablo se refrigeraban, Domingo encendió lumbre, y habiendo buscado por entre las rocas una planta torcible que se llama *palo de luz*, pues aunque esté verde, arde con viva llama, fabricó con ella una antorcha y la encendió, pues la noche era bien entrada; al ponerse en marcha, mayor dificultad le detuvo: ni Pablo ni Virginia podían andar; tenían entumecidos y cárdenos los pies.

Dudó Domingo entre volverse para buscar auxilio ó pasar todos allí la noche.

– Ya es ido el tiempo, les decía, en que les llevaba juntitos en mis brazos; yo envejezco y mis amitos se hacen grandes.

En esta perplejidad se hallaba, cuando á veinte pasos del lugar asomó una partida de negros cimarrones. El que hacía veces de jefe, acercándose á Pablo y Virginia, expresóse de esta manera:

– Buenos niñitos blancos, pierdan todo temor; les hemos visto pasar á la mañana con una esclava de río Negro, yendo á implorar el perdón de su amo malo. Reconocidos nosotros, vamos á llevarlos á su choza en hombros.

Tras esto dió un silbido, y cuatro negros de los más robustos armaron unas andas de ramas, que ataron con bejucos, y después que hubieron colocado en ellas á Virginia y á Pablo, pusiéronlas sobre sus hombros, emprendiendo la marcha, precedidos de Domingo con su antorcha y seguidos de la restante turba, que les col-

maba de bendiciones. Enternecida Virginia á tales muestras de afecto, exclamó, mirando á Pablo:

—Ya lo ves, hermano mío, Dios no deja nunca una buena acción sin recompensa.

Á poco más de la media noche llegaron al pie de su montaña, en cuya cumbre se habían encendido fogatas; no bien comenzaron la subida, oyeron voces que gritaban y decían:

– ¿Sois vosotros, hijos míos?

– Sí, nosotros, respondieron á una con los negros, y al punto divisaron á sus madres y á María, que salían á su encuentro con teas encendidas.

– ¿De dónde venís, cuitados?, prorrumpió la señora de La Tour; ¡qué angustias nos habéis hecho pasar!

– Venimos de Río Negro de pedir el perdón para una esclava cimarrona á quien he dado esta mañana todo nuestro desayuno, pues estaba muerta de hambre, y estos negros, cimarrones también, nos han traído hasta aquí en sus hombros.

Abrazóse la señora de La Tour con su hija, sin poder pronunciar palabra, y Virginia, sintiendo correr por su rostro las lágrimas maternales, exclamó:

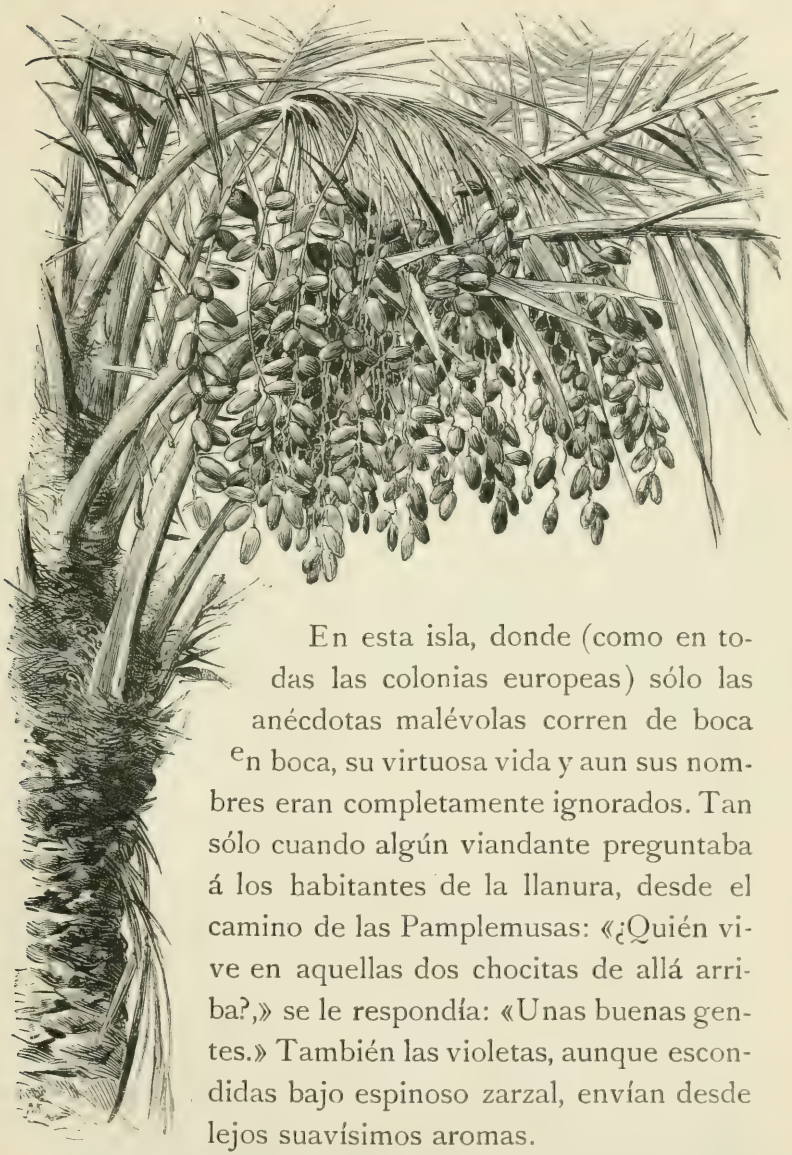
– ¡Bien recompensada quedo de los trabajos que he sufrido!

No menos gozosa estrechaba Margarita á Pablo entre sus brazos, diciéndole:

– Tú también has hecho una buena obra, hijo querido.

Llegados que fueron á sus chozas, dieron, con sus hijos, abundante comida á los negros cimarrones, quienes regresaron á sus bosques, deseándoles toda suerte de prosperidades.

No pasaba día para aquellas familias que no lo fuera de dicha y de paz. Ajenas á la ambición y á la envidia, no anhelaban en modo alguno ese renombre vano que la intriga concede y que la calumnia arranca; bastábales con ser jueces y testigos de sus acciones



En esta isla, donde (como en todas las colonias europeas) sólo las anécdotas malévolas corren de boca en boca, su virtuosa vida y aun sus nombres eran completamente ignorados. Tan sólo cuando algún viandante preguntaba á los habitantes de la llanura, desde el camino de las Pamplemusas: «¿Quién vive en aquellas dos chocitas de allá arriba?,» se le respondía: «Unas buenas gentes.» También las violetas, aunque escondidas bajo espinoso zarzal, envían desde lejos suavísimos aromas.

Desterrada estaba del seno de aquellas familias la

maledicencia, la cual, so capa de justicia, predispone fatalmente el corazón al odio y al engaño; que es lógico aborrecer á los hombres, si por malvados se les tiene, é imposible vivir con malvados á no ser ocultando con el manto de la benevolencia la aversión que inspiran: de ahí que la murmuración nos induzca á estar mal con nuestros semejantes y con nosotros mismos.

La señora de La Tour y su compañera, sin juzgar á los hombres en particular, se desvivían por hacer bien á todos en general, y si inhábiles á veces para ello, poseían en cambio una voluntad firme, engendradora de un amor sin límites para con el prójimo. La vida aislada, en vez de tornarlas salvajes, las había hecho más compasivas y humanitarias.

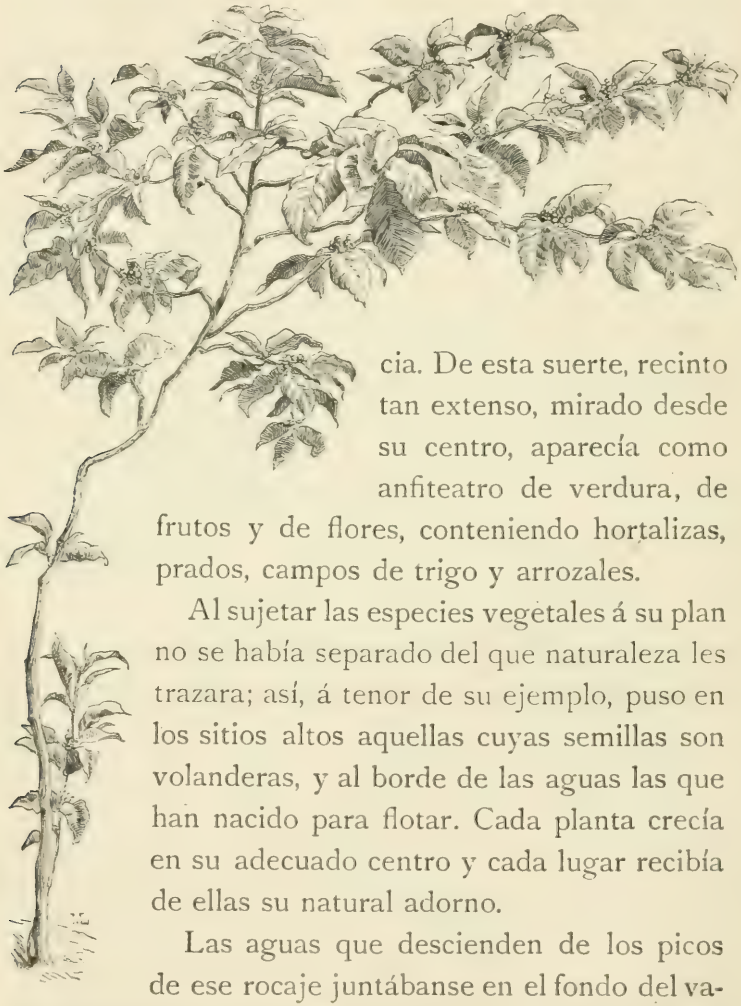
Si la historia escandalosa de la sociedad no suministraba materia á su conversación, la de la naturaleza arrebataba sus almas en dulces éxtasis. Este tan reducido espacio ocasionábales la admiración y el respeto á la Providencia, que por sus manos había derramado, á pesar de la aridez de estas peñas, la abundancia, la belleza y goces siempre puros y siempre renacientes.

Pablo, á la edad de doce años, más robusto é inteligente que los europeos á la de quince, iba hermoseando lo que Domingo se limitaba á cultivar. Con él se internaba en las selvas vecinas á arrancar de raíz el tierno limonero, el naranjo, el tamarindo, cuya coronilla es de tan hermoso color verde, y el atero, que exhala en su fruto azucarado el aroma del azahar; tras-

plantábalos, ya crecidos, en el recinto de las heredades, completando su labor con simientes de otros que al segundo año dan fruta ó flores, tales el agati, del que penden cual si fuesen colgantes de araña de cristal támaras de blancas flores; la lila de Persia, que dirige hacia lo alto sus girándulas del color del lino; el papayo, cuyo fuste sin ramas y en forma de columna erizada de lechosas verduscas remata en copa de anchas hojas parecidas en sus picos á las de la higuera.

No había echado en olvido la siembra de pepitas y huesos de árboles como el badamio, el aguacate, el mango, el guayabo, el jacero y la jamerosa, de los cuales la mayor parte llegaron á dar sombra y fruto á su joven dueño, cuyas laboriosas manos derramaron la fertilidad, aun en los sitios más tenaces de esta quebrada. Especies varias de aloes, las raquetas con sus flores amarillas de motas encarnadas, y las cardenchas espinosas que las ofrecen pajizas ó moradas, se elevaban sobre las negras cimas de las peñas como queriendo competir con las lianas de flor, ya azul, ya escarlata, que pendían destrenzadas acá y allá en los taludes de los montes. Su distribución era tal que podían abarcarse de una sola mirada, pues plantado había en medio de la cuenca hierbas poco crecederas, después los

arbustos, á continuación árboles de mediana altura, y finalmente los de gran tamaño limitando la circunferencia. De esta suerte, recinto tan extenso, mirado desde su centro, aparecía como anfiteatro de verdura, de frutos y de flores, conteniendo hortalizas, prados, campos de trigo y arrozales.



Al sujetar las especies vegetales á su plan no se había separado del que naturaleza les trazara; así, á tenor de su ejemplo, puso en los sitios altos aquellas cuyas semillas son volanderas, y al borde de las aguas las que han nacido para flotar. Cada planta crecía en su adecuado centro y cada lugar recibía de ellas su natural adorno.

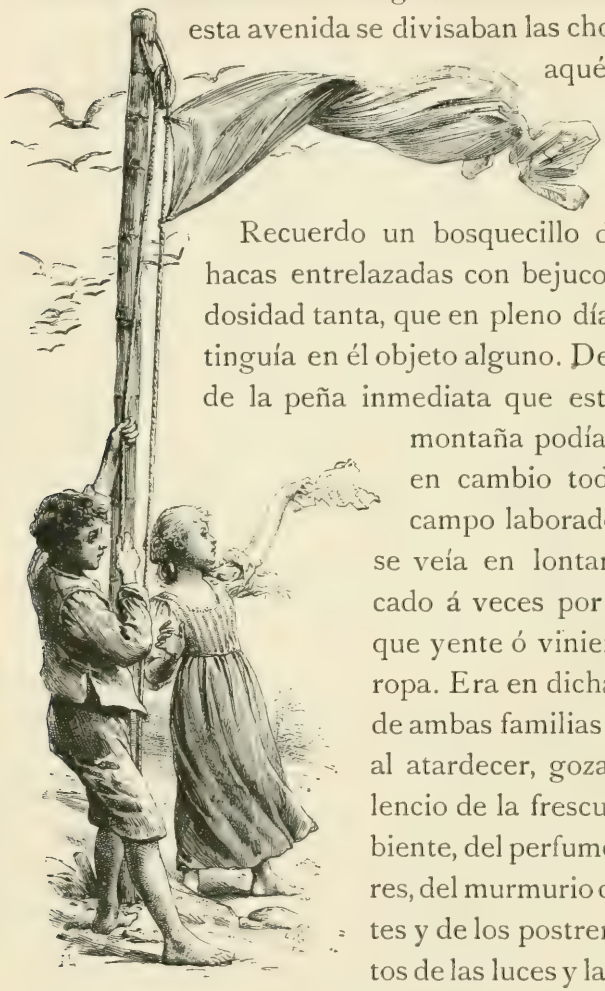
Las aguas que descienden de los picos de ese rocaje juntábanse en el fondo del valle formando, ora fuentes rumorosas, ora lagunas plácidas, que repetían el diverso verdor de los plantíos,

los árboles en flor, las peñas y el azul de los cielos.

Lo agrio del terreno no fué obstáculo para que la mayoría de tales cultivos fuesen accesibles, así á la vista como al tacto; cierto es que le ayudábamos todos, ya con nuestros consejos, ya con nuestros oficios, para el logro de su propósito. Había abierto un sendero que contorneaba la posesión con ramales que iban de la circunferencia al centro, y supo sacar partido de los espacios más abruptos, conciliando con hábil armonía la facilidad del tránsito con la aspereza del suelo, los árboles cuidados con los silvestres.

Esos cantos rodados que miráis ahora en copia considerable obstruir los caminos y aun la isla entera, habíanle servido para construir pirámides entre cuyas hiladas puso tierra y raíces de rosal índico, de ponciana y otros arbustos á que las rocas son propicios. Tras poco tiempo aquellas toscas é imponentes construcciones atraían por el verdor y por el encanto de sus flores. Los barrancos bordeados de ramosos árboles inclinados sobre sus laderas, formaban espacios abovedados inaccesibles al calor y brindando frescura durante el día. Una vereda conducía á un manchón de árboles selváticos, en el centro de los cuales, cargado de frutos

y al abrigo de los vientos, crecía otro primorosamente cultivado; allá se veía un trigal; acullá un vergel; desde esta avenida se divisaban las chozas; desde aquélla las inaccesibles cumbres del monte.



Recuerdo un bosquecillo de tacamahacas entrelazadas con bejucos, de frondosidad tanta, que en pleno día no se distinguía en él objeto alguno. Desde lo alto de la peña inmediata que estriba en la montaña podían contarse en cambio todas las del campo laborado, y el mar se veía en lontananza, surcado á veces por algún buque yente ó viniente de Europa. Era en dicha roca donde ambas familias se reunían al atardecer, gozando en silencio de la frescura del ambiente, del perfume de las flores, del murmurio de las fuentes y de los postreros contactos de las luces y las sombras.

¡Cuán gratos los nombres dados á la mayor parte de los sitios de este laberinto! El susodicho peñasco, del cual me descubrían á lo lejos, denominábase la *Ata-*

laya de la Amistad. En sus juegos Pablo y Virginia habían plantado allí un bambú en lo alto del cual colocaban un pañizuelo blanco, no bien me divisaban, como se iza una bandera en la vecina montaña cuando se atalaya un buque en alta mar. Un día acudió á mi mente la idea de grabar en él una inscripción; que si grande es el placer que durante mis viajes he sentido al contemplar una estatua ú otro monumento antiguo, mayor me cabe al leer una inscripción bien redactada. Imagínome que una voz humana sale de la piedra, se deja oir á través de los siglos, y dirigiéndose al hombre en medio de los desiertos, le dice que no está solo, que otros hombres en aquellos mismos lugares han sentido, pensado y sufrido como y antes que él.

Escribí, pues, en la caña ó asta de la bandera de Pablo y Virginia los siguientes versos de Horacio:

... Fratres Helenæ, lucida sidera,
Ventorumque regat pater
Obstrictis aliis, præter Japyga

(«que los hermanos de Helena, astros brillantes, y el padre de los vientos os dirijan, y, aprisionados los otros, sólo os empuje el Céfiro;») el siguiente de Virgilio en el tronco de una tacahamaca á cuya sombra solía sentarse Pablo á contemplar el mar enfurecido:

Fortunatus et ille deos qui novit agrestes

(«¡feliz quien sólo ha conocido las divinidades cam-

pestres!»), y este otro sobre la puerta de la cabaña de la señora de La Tour, punto general de reunión:

At secura quies et nescia fallere vita

(«aquí mora una buena conciencia y una vida que no sabe engañar.»)

Virginia no se conformaba con mi latín, añadiendo que lo que había puesto al pie de su atalaya pecaba de largo y de sabihondo, y que prefería algo así como esto:

SIEMPRE AGITADA, PERO SIEMPRE CONSTANTE

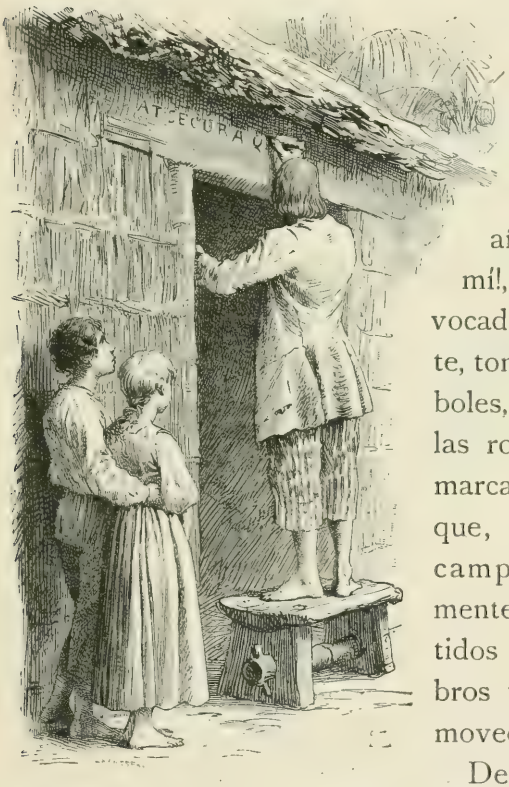
—Vuestra leyenda, le dije, cuadra mejor á la virtud.

Al oir mi reflexión ruborizóse.

Queriendo que en todo cuanto les rodeaba penetrase la sensibilidad de sus almas, aquellos seres tan felices habían dado tiernos nombres á los objetos de más indiferente aspecto. Á un ruedo formado por naranjos, bananos y jamerosas, con centro de verde musgo, sobre el cual Pablo y Virginia se placían en bailar, llamáronle *La Concordia.* Un árbol secular á cuya sombra la señora de La Tour y Margarita contáronse sus infortunios se llamó *Llanto enjugado,* y por los nombres de *Bretaña* y *Normandía* eran conocidos dos trozos de terreno en que habían sembrado peras, fresas y chícharos. Á imitación de sus amos y deseosos de recordar sus países nativos, Domingo y María llama-

ban *Angola* y *Foullepointe* á dos sitios donde se producían las hierbas de que hacían canastillas y en los cuales habían plantado calabaceras.

Así, merced á los productos de sus climas, aquellas familias extranjeras conservaban la dulce ilusión de la patria y mitigaban el triste mal de la añoranza. ¡Ay de mí!, yo he visto, invocados cariñosamente, tomar vida á los árboles, á las fuentes, á las rocas de esta comarca hoy desolada y que, semejante á un campo heleno, solamente ofrece á los sentidos ruinas, escombros y nombres conmovedores.

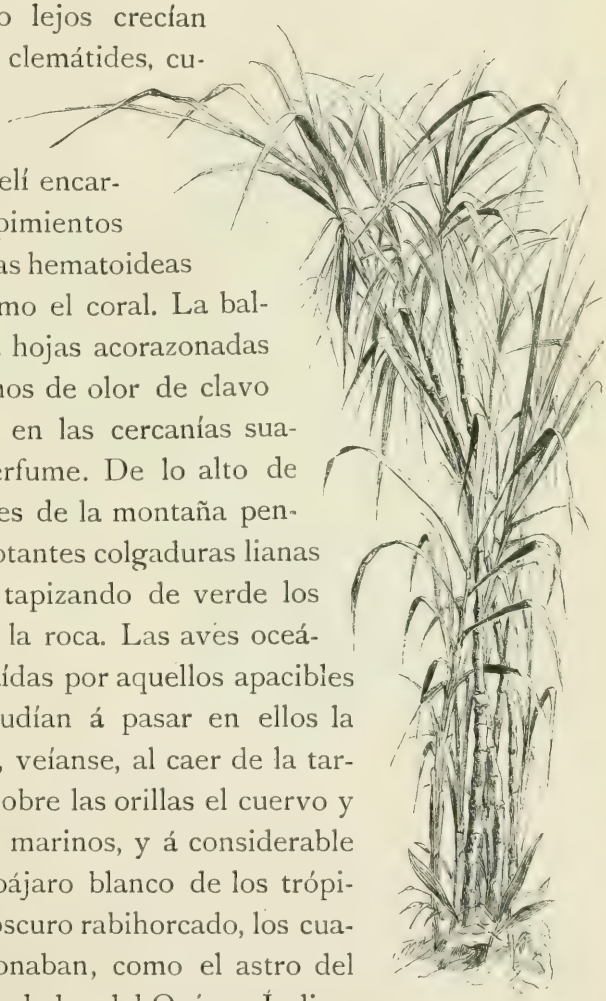


De cuanto contenía este recinto nada, sin embargo, más delicioso que el sitio denominado *El Recreo de Virginia*. Al pie del peñasco conocido por la *Atalaya de la Amistad* existe una depresión del terreno, donde surge un manantial que forma á corto trecho de su origen un pequeño

lago en medio de un prado de suavísimo césped. Poseía yo un coco de Indias y de él hice un presente á Margarita cuando dió á luz á Pablo. La madre plantó dicho coco á orillas del estanque á fin de que el árbol nacedero sirviera como recuerdo del nacimiento de su hijo. Á su ejemplo la señora de La Tour hizo lo propio, y con igual propósito, al tener á Virginia, brotando de uno y otro fruto sendos cocoteros que constituyeron todo el archivo de la familia. El árbol de Pablo y el árbol de Virginia, que así eran llamados, crecieron á la par y en la misma proporción que sus jóvenes dueños, con alguna desigual altura, pero sobrepujando, á los doce años, la de las cabañas. Ya entrelazaban sus palmas y suspendían sus racimos frutales sobre las aguas de la fuente. Fuera de la mentada plantación habíase dejado el hueco de las peñas tal como lo formó naturaleza.

En sus obscuras y humedecidas laderas irradiaban á modo de verdinegras estrellas grandes capilarias, y

ondeaban á merced del viento haces de escolopendras colgando como largas cintas de coloración verde purpúrea. No lejos crecían matas de clemátides, cuyas flores semejan las del alhelí encarnado, y pimientos cuyas bayas hematoideas brillan como el coral. La balsamina de hojas acorazonadas y los ocimos de olor de clavo despedían en las cercanías suavísimo perfume. De lo alto de los escarpes de la montaña pendían en flotantes colgaduras lianas que iban tapizando de verde los flancos de la roca. Las aves oceánicas, atraídas por aquellos apacibles retiros, acudían á pasar en ellos la noche; así, veíanse, al caer de la tarde, volar sobre las orillas el cuervo y la alondra marinos, y á considerable altura el pájaro blanco de los trópicos y el obscuro rabihorcado, los cuales abandonaban, como el astro del día, las soledades del Océano Índico.



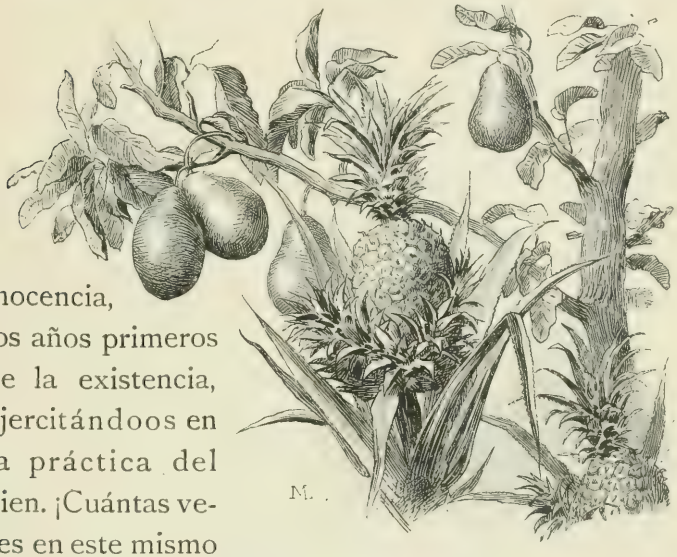
¡Cuánto gozaba Virginia en sentarse al borde de esa cristalina fuente tan espléndidamente engalanada con

silvestre pompa! ¡Cuántas veces á la sombra de los dos cocoteros fué á lavar la ropa de familia! Allí llevaba á apacentar sus corderos, y mientras fabricaba quesos con su leche, deleitábase en verlos ramonear las capilarias en los taludes de las peñas ó mantenerse poco menos que en el aire en sus cantos, como si fueran su pedestal.

Al ver cuánto era aquel paraje grato á Virginia, Pablo llevó á él, cogidos del bosque vecino, nidos de todo linaje de pájaros, cuyos padres les siguieron dando aumento á la nueva colonia. Virginia les distribuía de vez en cuando granos de arroz, de maíz y de mijo, así que, á su aparición, los silbadores mirlos, los bengalíes de tan suave plumaje y los cardenales de muy encendido color abandonaban sus escondrijos; los pericos, verdes como esmeraldas, se soltaban de las latanias olorosas, acudían las perdices por debajo de

la hierba, avanzando todos tumultuosamente hasta besar los pies de la niña, cual si fuesen pollos de gallina, y regocijando á Virginia y á Pablo con su apetito, sus juegos y sus amores.

Así pasasteis, encantadoras criaturas, en la mayor



inocencia, los años primeros de la existencia, ejercitándoos en la práctica del bien. ¡Cuántas veces en este mismo paraje vuestras madres, estrechándoos en sus brazos, bendijeron á Dios por el consuelo que de vosotros esperaban en su ancianidad y por veros entrar con tan buen pie en el sendero del mundo! ¡Cuántas veces, al abrigo de estos peñascos, fuí con ellas partícipe de vuestras comidas campestres, que no habían costado la vida á ningún ser! Calabazas repletas de leche, tortas de arroz en hojas de banano, huevos frescos, cestas llenas de patatas, de mangos, naranjas, granadas, dátiles, piñas y otras frutas ofrecían, á la vez que

sano alimento, vistosos colores y agradables jugos.

No menos que tales festines era sencilla y amena su conversación; Pablo mentaba las labores de aquel día y del siguiente, imaginando siempre algo útil á la sociedad: aquí las veredas no eran viales; aquel asiento resultaba incómodo; tales arcadas de ramaje no proyectaban bastante sombra; Virginia estaría allí más á su placer.

En la estación de las lluvias, amos y esclavos pasaban el día reunidos en una de las chozas, ocupados en fabricar esteras de hierbas y canastos de bambú. Colgados de las paredes veíanse rastrillos, hachas y azadones, y junto á los instrumentos agrícolas los productos obtenidos con su auxilio, sacos de arroz, gavillas de trigo, támaras de banano á cual más exquisito y abundoso. Virginia, enseñada por su madre y por Margarita, era maestra en preparar sorbetes y cordiales con la cañamiel y con limones y ponciles.

Llegada la noche, se cenaba á la luz de una lámpara, y luego la señora de La Tour ó Margarita contaban, ya historias de viajeros extraviados en las selvas de Europa llenas de ladrones, ya el naufragio de alguna embarcación arrojada por el furor de las olas contra los acantilados de una isla desierta.

Á tales relatos las sensibles almas de sus hijos encendíanse en entusiasmo, y rogaban al Altísimo que les concediese la dicha de poder ejercitar algún día la hospitalidad en pro de seres semejantemente infortunados; después de lo cual ambas familias se despedían

en busca de reposo, anhelantes por verse de nuevo al siguiente día. Unas veces dormían al arrullo de la lluvia cayendo sobre las techumbres de las cabañas, otras al de los vientos portadores del murmullo de las lejanas olas

reventando en las playas, y siempre daban gracias al cielo por su seguridad personal, sentimiento acrecido por la idea del apartado peligro.

En ocasiones la señora de La Tour leía en alta voz

algún pasaje del Antiguo ó del Nuevo Testamento, pero poco discutían acerca de su contexto, que era su teología toda sensibilidad como la de la naturaleza y su moral toda acción como la del Evangelio. Tampoco destinaban determinados días al placer y ciertos otros á la meditación: todos eran festivos para ellos, como todo cuan-

to les rodeaba era divino templo donde, sin cesar, admiraban una inteligencia infinita, omnipotente y amante de la humanidad. Tamaña confianza en el poder supremo llenábales de consuelo por lo pasado, de valor para lo presente, de esperanza en lo porvenir. Por tal manera aquellas mujeres á quienes la desgracia obligó á refugiarse en la naturaleza desarrollaron en sí mismas y en sus hijos los sentimientos que ésta engendra para no caer en los agobios de la pena.

A prevención llevaban consigo buen número de recetas

Como ocurre, empero, que aun las almas más serenas se ven conturbadas por sombrías imaginaciones, si algún miembro de la sociedad mostrábase abatido, los restantes se reunían en torno suyo, procurando divertirle de sus amargos pensamientos más con el afecto que con razones. A tal propósito contribuía cada cual con su índole singular: Margarita con su viveza regocijada; la señora de La Tour con su apacible filosofía; Virginia con sus dulces halagos; Pablo con su franqueza y cordialidad; también María y Domingo acudían á su socorro, afligiéndose si le miraban afligido, llorando si le veían derramar lágrimas. No de otra suerte las plantas débiles se entrelazan para mejor resistir al huracán.

En la estación florida iban todos los domingos á misa á la iglesia de las Pamplemusas, cuyo campanario asoma allá abajo en la llanura. Allí acudían, en sendos palanquines, ricos colonos, quienes mostraban decidido empeño en trabar conexión con tan unidas familias, habiéndoles en más de una ocasión convidado á sus excursiones campestres: mas ellos rehusaron cortés y respetuosamente tales ofertas, persuadidos de que los poderosos sólo buscan en los humildes quien les adule y que no cabe otro modo de complacer al prójimo que el de halagar sus pasiones buenas ó malas. Evitaban asimismo y con igual cuidado el trato con los de posición mediana, que suelen ser envidiosos, maldicientes y groseros. Motejáronles al principio de tímidos los unos y de orgullosos los otros; pero acom-

pañaban á su conducta reservada tales muestras de atención afable, sobre todo hacia los menesterosos, que se captaron insensiblemente el respeto de los pudientes y la confianza de los pobres.

Terminada la misa, nunca faltaba quien á ellos se acercara pidiéndoles algún favor, ya una persona afligida en demanda de consejo, ya un hijo solicitando que visitasen á su madre enferma en uno de los barrios inmediatos. Á prevención llevaban consigo buen número de recetas para la cura de las enfermedades comunes en el país, dándolas con esa amabi-

lidad que aumenta el valor de los menores servicios. En lo que alcanzaron indecible éxito fué en el alivio de las penas del alma, tan insoportables en la soledad y en cuerpo dolorido. Con tal confianza hablaba la señora de La Tour de la Divinidad, que el paciente, al escucharla, la veía con sus propios ojos. De allí regresaba Virginia casi siempre con los suyos humedecidos por las lágrimas, pero henchido de gozo el corazón. Incumbíale preparar con tiempo los remedios que los enfermos pudieran necesitar y que eran administrados con gracia inimitable.

Después de las caritativas visitas acostumbraban á prolongar su paseo por el valle de la Montaña Larga hasta mi vivienda, esperándoles yo para comer en la margen del riachuelo que vecino á ella se desliza.

Para esas gratas ocasiones procurábame alguna botella de vino añejo, aumentando la alegría de nuestros festines indios con productos tan confortantes y apetitosos de Europa. Otras veces nos dábamos cita para la playa en la desembocadura de alguno de nuestros riachuelos que vienen á ser aquí arroyos grandes, llevando de nuestras viviendas provisiones vegetales para añadir á las que el mar nos daba con hartura; en sus riberas pescábamos morenas, pulpos, salmonetes, langostas, langostinos, cangrejos, erizos, ostras y moluscos de especies varias. Era en los sitios más terroríficos donde solíamos disfrutar de más apacibles goces. Así, sentados sobre un peñasco y á la sombra de un palto, gustábamos de ver las olas que desde lejos venían

á romper con estrépito á nuestras plantas. Pablo, que por otra parte nadaba como un pez, deleitábase en ir por los arrecifes á su encuentro; al tenerlas cerca retro-

cedía á la playa, huyendo ante aquellas olas mugidoras y espumantes que aun tierra adentro le perseguían; ante ese espectáculo Virginia lanzaba penetrantes chillidos, advirtiéndole que semejantes juegos le causaban sobresalto.

Acabada la comida, nuestros jóvenes se entregaban al canto y á la danza

Acabada la comida, nuestros jóvenes se entregaban á los placeres del canto y de la danza. Virginia ponderaba en sus canciones la felicidad de la vida del campo y la zozobra de los navegantes movidos por la codicia á navegar sobre el furioso elemento, en lugar de dedicarse al cultivo de la tierra que da apaciblemente tantos bienes. A veces ejecutaba con Pablo alguna pantomima al modo de los negros. La pantomima, conocida en todos los pueblos, constituye el primer lenguaje del hombre: tan natural y expresiva es la de este país, que los hijos de los blancos la aprenden en cuanto ven practicarla á los de color. Virginia, trayendo á la memoria las historias leídas por su madre que más habían impresionado su mente, representaba los principales sucesos de ellas. Unas veces al son del tambor de Domingo presentábase en el egido con un cántaro vacío en la cabeza en ademán de ir á llenarlo á la fuente. Domingo y María, haciendo el papel de los pastores de Madián, le cerraban el paso y aparentaban quererla echar á la fuerza. Acudía de improviso Pablo, castigaba á los pastores, llenaba el ánfora con sus propias manos y, al asentarlo sobre la cabeza de Virginia, ceñía su frente con una corona de bermejas flores de pervinca que realzaban la blancura de su tez. Á la sazón, prestándome yo á sus juegos, desempeñaba el personaje de Raquel y concedía á Pablo mi hija Séfora en matrimonio.

En otros casos reproducía á la atribulada Ruth cuanda al regresar, tras larga ausencia, al país natal, viuda

y pobre, es tratada como extraña. Domingo y María hacían de segadores, en pos de los cuales Virginia simulaba ir cogiendo acá y allá las abandonadas espigas. Pablo, con grave ademán de patriarca, le dirigía varias preguntas, á las que ella contestaba temblorosa, hasta que, movido á compasión, concedía asilo á la inocencia y hospitalidad al infortunio; y después que llenaba el delantal de Virginia de toda clase de provisiones, la conducía á nuestra presencia, como si fuéramos los ancianos de la ciudad, declarando que la tomaba por esposa á pesar de su indigencia.

Ante esta escena, la señora de La Tour, recordando el abandono en que la habían dejado sus propios padres, su viudez, la buena acogida que recibiera de Margarita y la esperanza de un feliz enlace entre sus hijos, no podía resistir á la fuerza de las lágrimas; aquella confusa recordación de bienes y de males hacía que todos los presentes las derramáramos también, ora de gozo, ora de pena.

Con tanta verdad eran representados los dramas antedichos, que creíase uno transportado á los campos de la Siria ó de la Palestina. No carecíamos tampoco de decoraciones, de luz ni de orquesta adecuados al espectáculo; que solía servir de escenario la encrucijada de un bosquecillo, cuyos caminos formaban en torno nuestro sendos arcos de follaje. El día lo pasábamos en su centro, libres del calor, y, cuando el sol descendía al horizonte, sus rayos, quebrándose en los troncos y en las ramas, avanzaban por la umbría del bosque en

dilatados haces, produciendo un efecto majestuoso y encantador.

Á veces su rojo disco aparecía colosal en el término de una avenida, inundándola de claridad. Las hojas de los árboles, iluminadas inferiormente por sus cárdenos rayos, brillaban á modo de esmeraldas y topacios; los troncos musgosos y de color prieto trocábanse en columnas de bronce antiguo, y los pájaros, internados calladamente en la sombría fronda para pasar en ella la noche, sobrecogidos al divisar una segunda aurora, saludaban concertadamente al astro del día con multiplicados gorjeos.

La obscuridad hubo de sorprendernos á menudo no finidas aún las fiestas campestres, mas la pureza del aire y la benignidad del clima nos permitían dormir bajo un ajupa en el corazón de los bosques, sin temor á malhechores próximos, ni á los lejanos, que al volver al siguiente día cada cual á su choza hallábala en el mismo estado en que la dejara. Tanto reinaban á la sazón la sencillez y la hombría de bien en esta isla, casi ajena al mundano comercio, que las puertas de muchas casas no se cerraban nunca con llave y era una cerradura objeto de curiosidad para los criollos.

Había durante el año dos días de aún mayor regocijo para Virginia y Pablo: los de los santos de sus madres. Ya en la víspera no olvidaba Virginia la tarea de amasar y cocer tortas para las pobres familias de blancos nacidos en la isla, quienes no habían probado antes el pan de trigo europeo: las infelices, sin auxilio

alguno por parte de la gente de color, hallábanse reducidas á alimentarse de yuca en medio de los bosques, careciendo para soportar su miseria, ya de la estupidez compañera del esclavo, ya del ánimo que la educación infunde. No podía la joven hacerles otros obsequios; pero el buen agrado con que llevaba á ejecución su obra aumentaba no poco su valor natural.

Pablo tenía la misión de llevarlas en persona á dichas familias, á las cuales convidaba á pasar el siguiente día en las cabañas de la señora de La Tour y de Margarita.

Era de ver la llegada á las chozas de una madre con dos ó tres hijas encanijadas, amarillentas y astrosas, tan tímidas además, que no acertaban á alzar los ojos del suelo. Por esto Virginia les daba ánimos; servíales refrescos cuyo mérito realzaba con circunstancias que, en su sentir, acrecentaban su bondad: tal licor era confeccionado por Margarita; estotro por su madre; el fruto aquel habíalo cogido su hermano subiéndose con grave riesgo á la cima de un árbol.

Incitaba luego á Pablo á que las sacara á bailar, y no las dejaba hasta verlas risueñas y satisfechas; pues tenía singular empeño en que fueran partícipes de la alegría de su familia, tanto que solía decir: «La dicha propia sólo se alcanza labrando la de los demás.»

Al llegar la hora de despedirse, las obligaba á que se llevaran, en recuerdo, lo que á su juicio había sido más de su agrado, disimulando el afán de la acepta-

ción del obsequio so pretexto de su variedad ó rareza. Si por acaso notaba que sus trajes se hallaban en deplorable estado, elegía, con asenso de su madre, algunos de los suyos, comisionando á Pablo para que fuera á depositarlos á la puerta de sus míseras caba-

ñas. Así, tomando ejemplo de la Divinidad, practicaba la virtud ocultando el bienhechor y apareciendo sólo el beneficio. Á vosotros los europeos, cuyo espíritu desde la infancia va llenándose de prejuicios contrarios á la felicidad, no se os alcanza que la naturaleza proporcione tanto disfrute y tanta enseñanza: vuestra alma, circunscrita á reducida esfera de conocimientos

humanos, pronto toca al término de sus goces artificiosos; la naturaleza y el corazón son, en cambio, inagotables.

Pablo y Virginia no tenían relojes ni almanaques, ni libros de cronología, de historia ni de filosofía. Los períodos de su vida eran regidos por los de la naturaleza: sabían las horas del día por la sombra de los árboles, las estaciones por las épocas en que daban flores ó frutos, los años por el número de sus cosechas: imágenes halagüeñas que comunicaban dulce encanto á sus pláticas. «Es hora de comer, decía Virginia á su familia, la sombra de los bananos rodea su pie;» ó bien: «la noche se avecina, los tamarindos cierran sus hojas.» «¿Cuándo nos favorecerás con tu visita?,» preguntaban á la joven sus amigas de los contornos. «Cuando la corta de las cañas de azúcar,» respondía. «Así tu visita nos será doblemente dulce,» argüían las otras.

Si preguntaban por su edad ó por la de Pablo, contestaba: «Mi hermano tiene la misma que el cocotero grande, yo la del pequeño.» «Desde que nací los manglares han dado doce veces su fruto, los naranjos veinticuatro veces sus azahares.»

Como la de los faunos y dríades, su existencia tenía íntimo enlace con la de los bosques; no conocían más fechas históricas que las del nacimiento de sus madres, otra cronología que la de sus vergeles, distinta filosofía que la de hacer bien á sus semejantes y conformarse con la voluntad de Dios.

Si bien se considera, ¿qué necesidad sentían aque-

llos jóvenes de ser ricos y sabios á modo nuestro? Su ignorancia y sus necesidades contribuían á su bienestar. No transcurrió día sin que dejasen de prestarse buenos oficios, ó se transmitiesen algunas luces intelectuales; luces, sí; que puesto que alguna sombra de error se mezclara en ellas, para el hombre recto ni aun las más peligrosas son temibles. Así crecieron aquellos hijos de la naturaleza, sin cuidados que arrugaran su frente, ni intemperancias que corrompieran su sangre, sin pasiones malignas que depravaran su corazón. El amor, la caridad y la inocencia desarrollaban de día en día la belleza de sus almas, exteriorizándose con inefable encanto en sus facciones y ademanes. En la aurora de la vida poseían todas las frescuras matinales. ¡Cuán parecidos á ellos debieron de ser en el Edén nuestros primeros padres cuando al salir de las manos del Altísimo se miraron, se aproximaron y departieron como hermana y hermano! Virginia, dulce, modesta, confiada como Eva; Pablo, semejante á Adán, mostrando como él la robustez del hombre y el candor del niño.

Á solas con ella, ¡cuántas veces me lo ha referido!, solía decirle de vuelta del campo:

— Si me siento fatigado, tu presencia es mi descanso; cuando desde lo alto de la montaña te diviso en el fondo de la cañada, parécesme capullo de rosa en ameno jardín. No te iguala en esbeltez ni en ligereza la perdiz que corre tras sus pequeñuelos, cuando tú te encaminas á las casas de nuestras madres; si por

acaso los árboles te ocultan, no necesito verte para encontrarte; algo tuyo, que no acierto á expresar, queda para mí en el aire que atraviesas, en la hierba en que descansas; todos mis sentidos van á ti cuando te acercas; no es tan bello el azul del cielo como el de tus ojos, ni el canto del bengalí tan suave como tu acento. Basta que te toque con la yema de uno de mis dedos para que me estremezca de placer. Acuérdate del día en que cruzamos el río de las Tres Ubres vadeándolo por las piedras: cansado llegué á la margen, mas al llevarte en mis hombros parecióme que me salían alas como á un ave. ¡Oh! Dime con qué hechizo has logrado encantarme: ¿por tu ingenio acaso?; nuestras madres nos aventajan en este punto. ¿Habrán sido tus caricias?; de ellas recibo más abrazos que de ti; estoy en que todo se debe á tu bondad; nunca olvidaré que has ido descalza á Río Negro á pedir perdón por una esclava fugitiva. Toma, amada mía, toma este florido ramo de limonero y ponlo á la noche cerca de tu lecho. Toma este panal de miel; lo cogí para ti de la cima de un peñasco; pero antes reposa en mi seno y descansaré.

Virginia le respondía:

— Hermano mío, los rayos del sol de la mañana, al dorar las cumbres, no me producen tanta alegría como tu presencia. Mucho quiero á mi madre, mucho á la tuya, pero cuando te llaman hijo las quiero aún más: las caricias que te hacen me impresionan en mayor grado que las que de ellas recibo. ¿Preguntas por qué

te amo? Todo lo que se ha criado junto se tiene amor: contempla nuestros pájaros; crecieron en los mismos nidos, se aman como nosotros, como nosotros anhelan estar cerca. Escucha cómo se llaman y cómo se responden de uno á otro árbol. De igual manera, cuando el eco trae á mi oído los aires que tú tañes en la flauta, yo los repito desde el fondo del valle. Te quiero, sobre todo, desde el día en que por mí quisiste castigar al dueño de la esclava. Desde aquel instante ¡cuántas veces me he dicho á mí misma: «mi hermano tiene un gran corazón, sin él yo habría muerto de miedo!» Cada día ruego á Dios por mi madre, por la tuya, por todos nuestros pobres servidores, y cuando pronuncio tu nombre noto que mi devoción aumenta. ¡Pido tan fervorosamente al cielo que te libre de todo mal! ¡A qué ir tan lejos y tan arriba en busca de flores y de frutos! ¿No los tenemos sobrados en el jardín? ¡Cuán cansado estás!, nadas en sudor.

Y al tiempo en que con su blanco pañuelo le enjugaba la frente y las mejillas, le cubría de besos.

Sin embargo, desde algún tiempo, Virginia sentíase molestada por desconocido mal: jaspeábanse de negro sus bellos ojos azules, tomaba su tez tinte amarillento, languidez general postraba su cuerpo; de su frente huía la serenidad, la sonrisa de sus labios; pasaba improvisamente de una alegría sin límites á una extrema aflicción. Esquivaba los juegos inocentes, sus gratas labores, el trato con su adorada familia; errante por los más desiertos lugares de la hacienda, doquie-

ra buscaba reposo sin hallarlo en parte alguna. Si veía á Pablo, desalada dirigíase á él; mas, al mirarlo cerca, parábase de golpe, vivo carmín enrojecía sus pálidas mejillas y sus ojos no osaban siquiera posarse en los de su hermano.

Pablo le decía:

– Cubiertas están las rocas de verdor, las aves cantan al verte: todo es alegría en torno tuyo; tú sola estás triste.

Y ansioso de confortarla, la abrazaba; pero ella desviando la mirada, corría á refugiarse en el regazo de su madre, más que fortalecida, atribulada por las caricias de su hermano. Pablo no se daba exacta cuenta de aquellos tan extraños como nuevos caprichos.

Mas ¡ay!, desgraciadamente, nunca el mal viene solo.

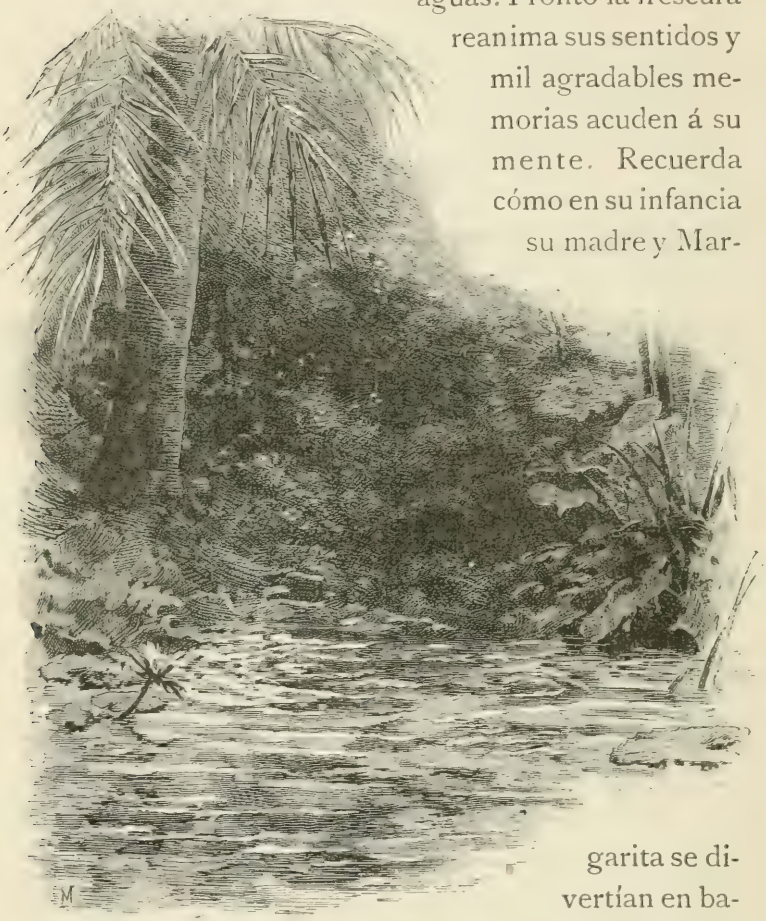
Una de esas estiadas que asuelan de vez en cuando las tierras tropicales, dejó sentir en ésta su horrible

estrago. Era al acabar del diciembre, cuando el sol, ya en Capricornio, caldea tres semanas enteras la Isla de Francia con sus rayos verticales. Abatido el viento del Sudeste, que suele reinar aquí durante todo el año, trombas de polvo elevábanse por los caminos, permaneciendo suspensas en la atmósfera.

Agrietada la tierra por mil partes, el herbaje ardía; cálidos vapores desprendíanse de las faldas de los montes y casi todos los cauces estaban enjutos. Ni una nube venía del lado del Océano y sólo durante el día cerníanse sobre su llanura bermejos vapores que, al ponerse el sol, semejaban llamas de dilatado incendio. La noche no conseguía dulcificar la tan abrasadora atmósfera. El disco de la luna, de desmesurada magnitud, alzábase como hostia roja sobre el denegrido horizonte. Los rebaños tendidos en los repechos de las colinas, el cuello estirado hacia lo alto para aspirar el aire, hacían repercutir las cañadas con sus lastimeros balidos; hasta el cafre que los apacentaba, echado en tierra, buscaba frescor en ella; pero era ardorosa doquiera y en el aire sofocante sonaba el zumbido de los insectos, que en vano pretendían saciarse en la sangre de los hombres ó de los animales.

En una de estas candentes noches, Virginia sintió acrecer los síntomas de su mal. Ora se levantaba, ora sentábase en el lecho, ora tendíase en él, no dando con posición que la llevase al sueño ó al descanso. A la claridad de la luna encamínase á la fuente, cuyo manantial destilaba en argentinas hebras á pesar de la

gran sequía, resbalando luego por los tajos de la roca, y se sumerge en la poza que forma el remanso de sus aguas. Pronto la frescura reanima sus sentidos y mil agradables memorias acuden á su mente. Recuerda cómo en su infancia su madre y Margarita se divertían en bañarla con Pablo en aquel sitio, y que Pablo, una tarde, reservando este baño para ella, lo había profundizado, extendido arena en su fondo y tapizado los bordes con hierbas aromáticas.



No olvides que hemos venido á este mundo sólo para ejercitar la virtud

Ya dentro del agua, advirtió en sus desnudos brazos y en su albo seno la silueta de los dos cocoteros plantados cuando su nacimiento y el de su hermano, los cuales entrelazaban sobre su cabeza las verdes ramas y los ternísimos frutos. Piensa en la amistad de Pablo, suave más que los perfumes, pura más que el agua de las fuentes, firme más que palmeras enlazadas, y suspira. Sueña en la noche y en la soledad, y fuego devorador la sobrecoge. Abandona el baño, asustada de aquellas pavorosas sombras y de aquellas aguas muy más ardorosas que los rayos del sol en la zona tórrida, y corre en busca de su madre para pedirle apoyo contra sí misma. Repetidas veces, ansiosa por contarle su pena, le estrecha las manos contra las suyas; repetidas veces el nombre de Pablo asoma á sus labios; pero el corazón oprimido quita expresión á la lengua, y apoyando su frente en el materno regazo, consigue sólo humedecerlo con sus lágrimas.

Bien penetraba la madre la causa del malestar de su hija; pero, prudente y resignada, le decía:

– Dirígete á Dios, hija mía, que es quien dispone á su arbitrio de la salud y de la vida de los mortales; hoy quiere experimentar tu conducta, para mañana recompensarte. No olvides que hemos venido á este mundo sólo para ejercitar la virtud.

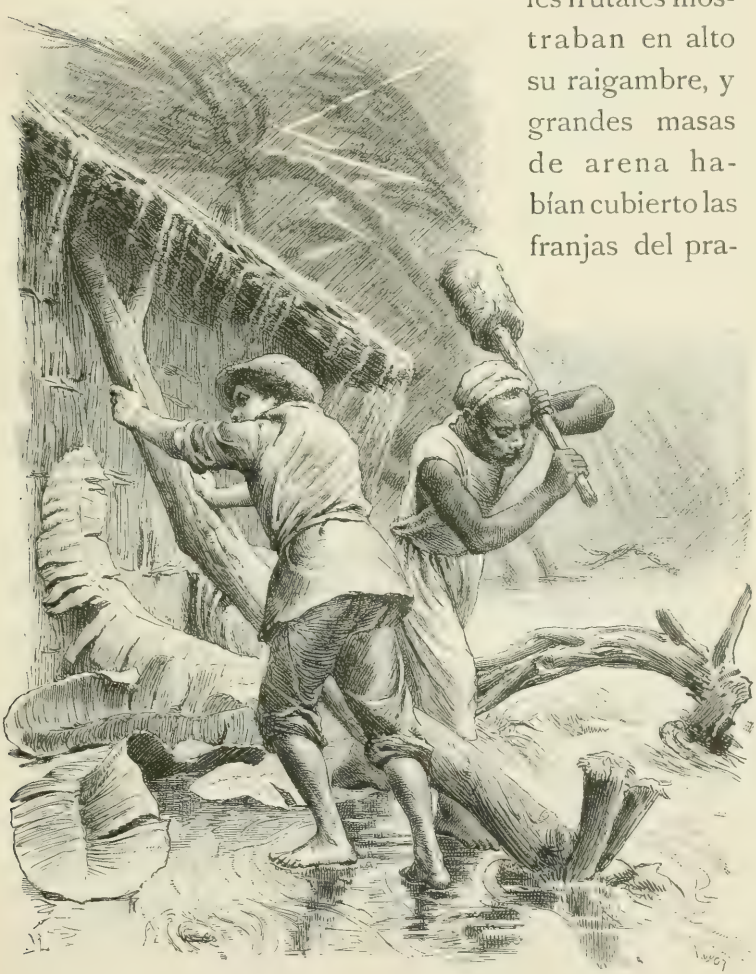
Calores tan excesivos acabaron por elevar del Océano masas de vapor que cubrieron la isla á modo de enorme toldo; atrajéronlas las cumbres de los montes, en torno de las cuales se amontonaron, y no era raro

ver salir de los brumosos picos culebrinas de fuego. Truenos horrísonos hicieron retemblar con su estruendo valles, llanadas y selvas; como si de par en par se hubiesen abierto las cataratas del cielo, cayeron espantables lluvias. Espumosos torrentes bajaban precipitados por las quebradas de este monte; el fondo del valle convirtióse en mar; la meseta donde asientan las cabañas fué una isla, y la entrada de esta cuenca tornóse una exclusa por donde salían, tumultuosamente mezclados con las aguas mugidoras, las tierras, los árboles y las peñas.

Amedrentada la familia entera rogaba á Dios en una de las cabañas, cuyo techo crujía horriblemente á la violencia del huracán, siendo tan vivos y seguidos los relámpagos, que por muy prietas que estuviesen, entraba la claridad á través de las juntas del maderamen. Pablo, intrépido como siempre, iba con Domingo de una á otra choza, desafiando el furor de la tormenta, para apuntalar aquí una viga, hincar allá un pilote, sin entrar á ver á su familia más que para reanimarla con la esperanza del próximo retorno del buen tiempo. En efecto, al caer de una tarde, cesó la lluvia, los vientos alisios del Sudeste reemprendieron su ordinaria ruta, las nubes tempestuosas fueron empujadas hacia el Norte y el sol poniente apareció por fin en el horizonte.

El primer deseo de Virginia fué visitar su lugar de recreo favorito. Acercóse á ella tímidamente Pablo y le ofreció su brazo; aceptólo sonriente, y juntos salie-

ron del albergue. Fresco y sonoroso era el viento. Blanquizcas humaredas elevábanse de las crestas de la montaña, surcada á trechos por la espuma de los torrentes que iban agotando sus caudales. Hondos surcos cruzaban de parte á parte el vergel, no pocos árboles frutales mostraban en alto su raigambre, y grandes masas de arena habían cubierto las franjas del pra-



do y por entero el baño de Virginia. Sólo los dos cocoteros erguíanse lozanos y sin menoscabo, cuando en sus contornos no había quedado ni césped ni enramadas, ni nidales, ni pájaros, excepción hecha de unos pobres bengalíes que con plañidero acento lamentaban la pérdida de sus pequeñuelos.

Ante desolación tamaña, Virginia dijo á Pablo:

– Las aves que aquí transportaste, el huracán las ha arrebatado; el jardín que salió de tus manos ya no existe. Todo perece en la tierra, sólo en el cielo no hay mudanza.

Pablo exclamó á su vez:

– ¡Quién tuviese algo del cielo para darte!; mas nada poseo, ni aun de la tierra.

Virginia, ruborizada, repuso:

– Sí; tienes la efigie de San Pablo.

Al escuchar lo cual, el joven fué corriendo en su busca á la cabaña materna.

Era dicho retrato una pequeña miniatura representando el santo eremita. Teníalo Margarita en muy grande devoción: de soltera lo llevó largo tiempo suspendido al cuello; más tarde, al ser madre, lo puso en el de su hijo, con la singularidad de que, al hallarse encinta y abandonada de todo el mundo, tanto hubo de contemplar la imagen del bienaventurado anacoreta, que el fruto de sus entrañas sacó no poco parecido con dicho santo. Por ello se determinó á darle el nombre que llevaba, y por su patrón al elegido del Señor que pasó gran parte de su vida apartado de los hom-

bres, que tanto le burlaron, abandonándole después.

Virginia, al recibir el medallón de manos de Pablo, le dijo presa de emoción vivísima:

— Hermano mío, nadie conseguirá arrebatármelo, mientras la vida me dure, y no he de olvidar nunca que me has dado lo único que poseías en la tierra.

Tono tan amistoso empleó al regraciarle, que Pablo, creyendo que significaba la vuelta de la antigua familiaridad y ternura entre ambos, amagó darle un abrazo; mas ella, ligera como una corza, huyóse dejándole conturbado y sin acertar á darse cuenta de su esquivo proceder.

Mientras esto acontecía, Margarita platicaba así con la señora de La Tour:

— ¿Por qué no casamos á nuestros hijos? Uno y otro se aman con acendrada pasión, de la cual el mío no se ha percatado siquiera; cuando la naturaleza se lo diga, vana será nuestra vigilancia y grandes nuestros temores.

Su amiga replicóle:

— Son demasiado jóvenes y son también demasiado pobres. ¡Qué pena para nosotras si Virginia diese á luz seres desgraciados y más si no fuese apta para criarlos! Tu negro Domingo está cascado, María achacosa; yo misma, querida amiga, me siento desde hace quince años muy postrada. En estos países cálidos la vejez es prematura, y las penas la llaman. Puesto que Pablo forma nuestra única esperanza, aguardemos á que la edad haya robustecido su complexión y pueda

sostenernos con su trabajo. Actualmente, bien lo sabes, tenemos lo estrictamente necesario para la vida; pero enviando á Pablo por algún tiempo á las Indias, el comercio le facilitará medios para la adquisición de esclavos y, á su regreso, le casaremos con Virginia, ya que, en mi sentir, nadie sino él puede hacerla dichosa. Consultaremos, no obstante, este asunto con nuestro vecino.

Consultáronme en efecto, y fué unánime nuestra opinión. «Los mares de la India, les dije, no son peligrosos, y escogiendo época favorable para cruzarlos, no se emplean arriba de unas seis semanas para la ida y otras tantas de regreso. Entre los vecinos de

nuestro barrio, que tantas simpatías sienten por Pablo, le haremos una buena pacotilla. Con sólo que le demos algodón en rama, que aquí de nada nos aprovecha, faltos de molinos para cardarlo; madera de ébano, tan sobrada en estas tierras, donde únicamente se utiliza en la calefacción, y la resina que destilan sin beneficio nuestras selvas, tiene de sobra: todo ello improductivo aquí, se vende á buen precio en los mentados climas.»

Quedamos en que pediría á M. de La Bourdonnais un pasaporte para dicho punto, pero ante todo quise noticiarlo á Pablo. ¡Cuál no sería mi asombro cuando me repuso con sano sentido impropio de su edad:

—¿Cómo pretende usted que abandone á mi familia por inciertos proyectos de fortuna? ¿Existe acaso comercio alguno en la tierra más remunerador que su cultivo, el cual llega en ocasiones á dar el cincuenta y aun el ciento por uno? Resueltos á practicar el comercio, ¿no fuera mejor ejercerlo llevando á la ciudad lo superfluo del campo, sin que yo navegue hacia las Indias? Afirman nuestras madres que Domingo está ya viejo é inútil; yo, en cambio, soy joven y cada día más vigoroso; ¿y si durante mi ausencia les ocurriese algún percance, especialmente á Virginia, tan delicada de suyo? ¡Oh, jamás, jamás podré determinarme á abandonarlos!

Sus razones pusiéronme en grave aprieto, que no me había ocultado la señora de La Tour la afición de su hija, ni su intento de ir ganando algunos años teniéndolos alejados uno de otro, por motivos que

no era prudente que llegasen á sospechas de Pablo.

Así las cosas se encontraban, cuando arribó un buque de Francia trayendo para la señora de La Tour carta de su tía. El temor á la muerte, sin el cual los corazones empedernidos nunca recobrarían la sensibilidad, habíala grandemente impresionado. Acababa de salir de una dolencia peligrosísima, la cual había degenerado en postración difícil de vencer á sus años. Instábala á que se trasladase á Francia y que si el estado de su salud no le consentía tan largo viaje, le mandase á Virginia, á quien daría, además de una esmerada educación, un buen partido en la corte y en herencia todos sus bienes, añadiendo que ponía el cumplimiento de sus órdenes como condición para que se reanudasen su afecto y su protección.

La lectura de la carta consternó á todos: Domingo y María se echaron á llorar; Pablo quedó extático de asombro, pero con sordos amagos de cólera. Virginia, fijos los ojos en su madre, no acertaba á pronunciar palabra.

– ¿Serías capaz de dejarnos?, dijo por último Margarita á la señora de La Tour.

– No amiga mía; hijos queridos, no os abandonaré nunca, repuso ésta; con vosotros he vivido y con vosotros quiero morir. No conocí la dicha hasta que dí con vuestro afecto. Mi salud está quebrantada, pero es á causa de antiguas penas; hirióme en el corazón la crueldad de mis padres y la pérdida de mi buen esposo; pero hallé á vuestro lado y en estas míseras caba-

ñas mayor felicidad y consuelo que el que pude esperar en mi país, de la opulencia de mi familia.

Lágrimas de gozo derramaron todos los circunstantes, oídas tales razones; y Pablo, estrechando en sus brazos á la señora de La Tour, exclamó:

– Tampoco yo he de abandonaros: jamás iré á las Indias; todos trabajaremos para usted, mamá querida: nada ha de faltarle en nuestra compañía.

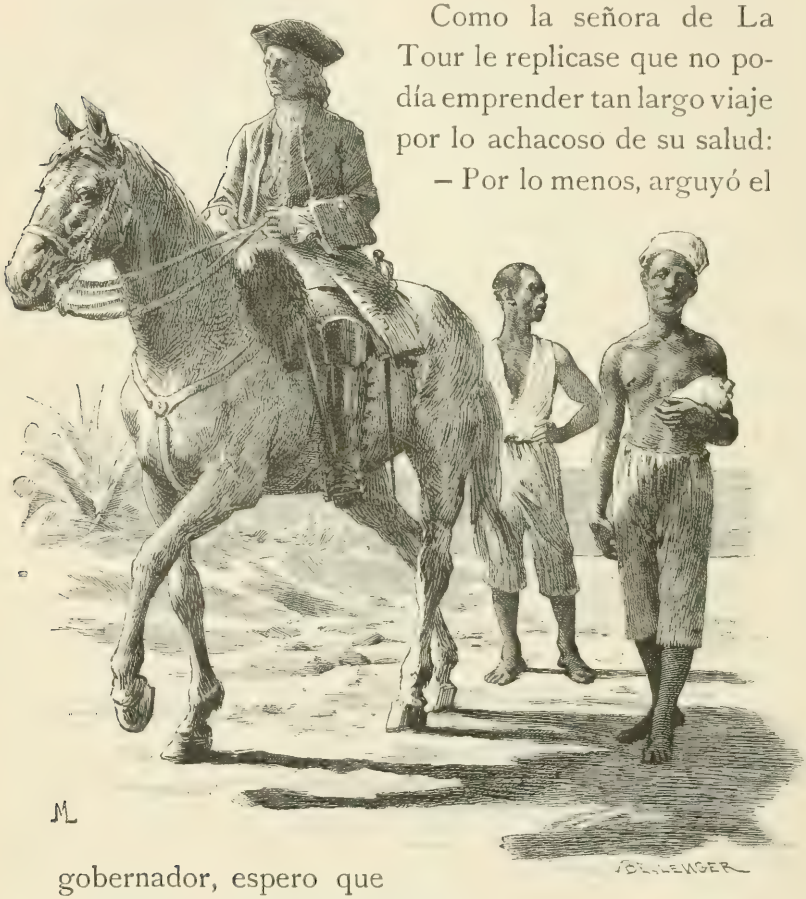
Quien de entre ambas familias mostró menos regocijo, aunque fuera la más hondamente impresionada, fué Virginia, la cual pasó el resto del día tan plácidamente serena, que el concepto de su reconquistada tranquilidad puso el colmo á la satisfacción general.

Al amanecer del siguiente, cuando, según costumbre, acababan el rezo matinal anterior al desayuno, Domingo entró á dar aviso de que un jinete, seguido de dos esclavos, se encaminaba á la choza; el mencionado caballero no era otro que M. de La Bourdonnais: Al penetrar en la vivienda, la familia entera estaba sentada á la mesa, sobre la que Virginia, á uso del país, había puesto café y arroz cocido, junto con batatas al rescoldo y bananas tiernas. Constituían la vajilla calabazas partidas por la mitad, y servían de manteles hojas de banano. Asombróse manifiestamente el gobernador viendo el tan pobre ajuar de aquella morada, y dirigiéndose á la señora de La Tour, se excusó diciendo que los intereses generales no le daban vagar para atender á los particulares y que estaría en su derecho y razón si se mostrara quejosa.

– Usted tiene en Francia, continuó, una tía, persona muy principal y muy acaudalada, la cual intenta dejar á usted su fortuna, si se resuelve á ir en su compañía.

Como la señora de La Tour le replicase que no podía emprender tan largo viaje por lo achacoso de su salud:

– Por lo menos, arguyó el



gobernador, espero que poseyendo una hija tan amable y joven, no cometerá usted el desacierto de privarla de una tan cuantiosa herencia. Tampoco he de ocultar á usted que su tía ha recurrido á la autoridad para el logro de sus planes y

que he recibido órdenes del Gobierno de emplear, si preciso fuera, mi poder, para que tengan realización. Bien saben todos que sólo lo ejerzo en bien de los habitantes de esta colonia, y aguardo, por tanto, que, de propia voluntad, haga usted el sarcificio de privarse de la presencia de su hija por algunos años, como tributo á su felicidad y al bienestar de los que á usted le queden de vida. ¿Á qué se viene á las islas? ¿No es acaso á hacer fortuna? Pues ¡cuánto más grato no ha de ser ir á encontrarla en la verdadera patria!

Después de estas palabras puso sobre la mesa un repleto saco de doblones, que había llevado consigo uno de los dos negros.

– Aquí tiene usted, continuó, la cantidad que su señora tía destina á los preparativos de la marcha de Virginia.

Y terminó reprochando cariñosamente á la señora La Tour por no haberse dirigido á él en sus apuros, aunque ensalzándola al propio tiempo por su entereza de carácter.

– Señor, replicó Pablo secamente, mi madre acudió á usted y usted la recibió de mal modo.

– Señora, ¿tiene usted por suerte otro hijo?, preguntó M. de La Bourdonnais á la señora de La Tour, contestando ésta:

– Lo es de mi amiga Margarita, pero él y Virginia nos son indistintos é igualmente queridos.

– Joven, dijo entonces á Pablo el gobernador, cuando usted haya adquirido experiencia del mundo,

comprenderá con cuántas dificultades tropiezan las personas que se hallan en cierta posición, cuán fácil es prevenirlas en pro ó en contra, y cuántas veces vienen por ello en conceder al vicio intrigante lo que sólo es debido á la virtud vergonzosa.

Á instancias de la señora de La Tour sentóse M. de La Bourdonnais á su lado á la mesa y se desayunó, como los criollos, con un poco de café y arroz cocido: encantáronle el aseo y el orden de la chocita, la unión de ambas cariñosas familias y no menos el celo de los viejos sirvientes.

– No se ven aquí más que muebles rústicos, dijo; pero hay rostros serenos y corazones de oro.

– Veo que es usted un hombre honrado y le pido me conceda ser su amigo, exclamó Pablo sugestionado por la afabilidad del gobernador.

Recibió éste con gran contentamiento prueba tal de cordialidad insular, abrazó á Pablo y estrechó su mano, asegurándole que podía siempre contar con su leal amistad.

Después del desayuno, llamó aparte á la señora de La Tour y le indicó que se presentaba ocasión propicia para enviar á su hija á Francia, puesto que en un buque próximo á hacerse á la vela iba á ir como pasajera una señora parienta suya; ofrecióse á recomendarla á ella con eficacia, é insistió en que no era cosa de despreciar una considerable fortuna por el placer de breve tiempo.

– La tía de usted, díjole al partir, no puede vivir arri-

ba de dos años, me consta por amigos suyos y míos de entero crédito. Medítelo bien: la fortuna no se presenta á voluntad nuestra, y si toma consejos, verá que toda persona de buen criterio coincide con mi parecer.

Á todo lo cual ella contestó:

– Pues no tengo otra aspiración en el mundo que la dicha de Virginia, dejo todo lo relativo á su ida á Francia al arbitrio y recto juicio de usted.

Es lo cierto que dicha señora, casi de buen grado, acogió la oportunidad que se presentaba de alejar á Virginia de Pablo por algún tiempo, coadyuvando por tal modo á su futura felicidad; así que, llamándola á su lado, le dijo:

– Hija del alma, ya lo ves; nuestros criados son viejos; Pablo demasiado joven; Margarita comienza á sentir el peso de los años, y yo me encuentro muy enferma. Si llegase á morir, ¿qué sería de ti sin fortuna y en estos desiertos? En ellos te hallarías sola, sin persona que pudiera acorrerte y obligada á ganarte el sustento trabajando sin cesar y mercenariamente la tierra. ¡Ah!, esta idea me traspasa las entrañas.

Virginia repuso:

– Dios nos ha condenado al trabajo y usted me ha enseñado á bendecirle trabajando. Hasta ahora no hemos carecido de su gracia y espero que nunca nos falte, ya que en su infinita providencia vela particularmente por los desvalidos. ¡Cuántas veces me lo ha dicho usted, madre mía! No, yo no puedo resolverme á dejar á ustedes.

Á lo cual replicó ella muy conmovida:

– Mi único empeño es hacerte feliz y casarte un día con Pablo, que no es tu hermano; piensa ahora que su suerte depende de ti.

Toda joven que ama cree de buena fe que los demás ignoran su amor; con el velo que envuelve su corazón cubre también sus ojos; pero cuando aquél es levantado por mano amiga, las penas secretas de su afecto desbórdanse como por dique derruído y las dulces expansiones de la confidencia suceden á las reservas y misterios de que antes se rodeaba. Virginia, sensible á los nuevos testimonios de la bondad de su madre, narróle sus luchas íntimas, que sólo á Dios habían tenido por testigo; añadiendo que le parecía oir la voz del cielo en la de una madre cariñosa que aprobaba sus amores y la dirigía con sus consejos, y que, con tan fuerte apoyo, ya no dudaba en permanecer á su lado sin inquietudes de presente y sin temores de lo porvenir.

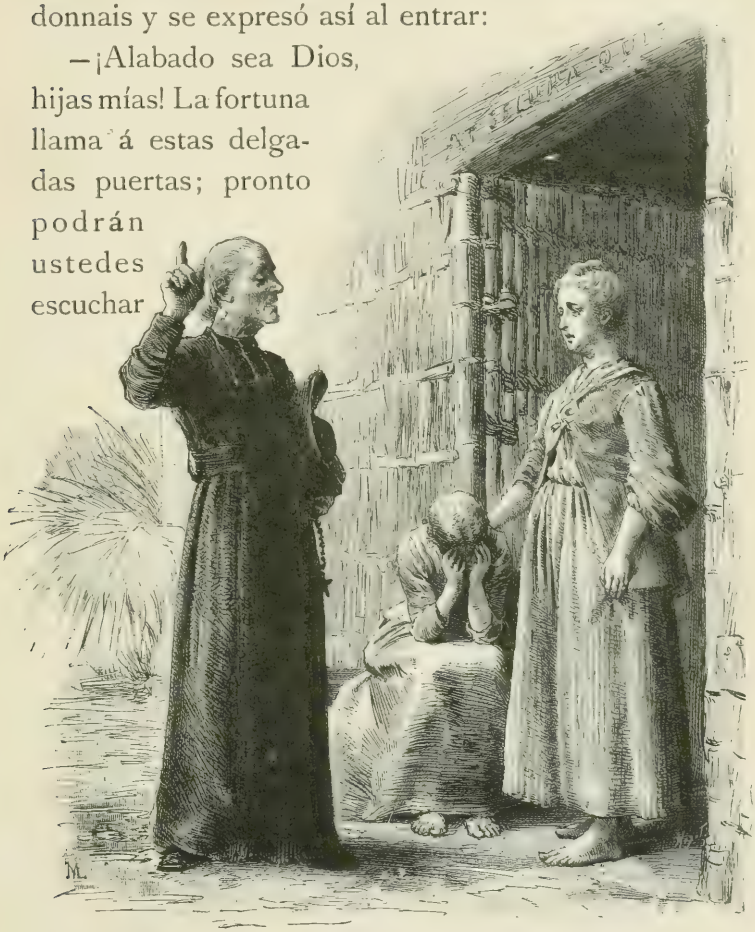
Viendo la señora de La Tour que sus palabras habían producido efecto bien distinto del que se proponía, se expresó de la siguiente manera:

– Hija mía, no es mi ánimo contrariarte; resuelve á tu gusto, pero oculta á Pablo tu amor. Cuando una joven descubre su corazón á un amante, todos los sacrificios le son exigibles.

Á la hora del crepúsculo, hallándose Virginia á solas con su madre, llegó á la cabaña un hombre de elevada estatura, vestido de sotana azul: era uno de los

misioneros de la isla, confesor además de la familia de La Tour: enviábalo el gobernador M. de La Bourdonnais y se expresó así al entrar:

—¡Alabado sea Dios, hijas mías! La fortuna llama á estas delgadas puertas; pronto podrán ustedes escuchar



la voz de su corazón y hacer bien á los menesterosos. Estoy enterado de lo que ha dicho á ustedes el gobernador y de la contestación que ha recibido. A usted, bondadosa señora, la salud le obliga á permanecer en

la isla; pero á usted, señorita, no le asiste excusa alguna. Fuerza es obedecer á la Providencia y á nuestros ancianos parientes, cualquiera que sea la justicia con que obren. Sacrificio es, pero ordenado por Dios. Sacrificóse por todos nosotros; á su ejemplo debe usted sacrificarse por el bien de su familia. Su viaje á Francia tendrá un término feliz; la supongo dispuesta á emprenderlo cuanto antes.

Bajos los ojos y ruborizada en extremo, Virginia balbuceó:

– Si Dios lo ordena, estoy á su obediencia; cúmplase su voluntad.

Lágrimas amargas descendieron por sus mejillas.

Salió el misionero, yendo á dar cuenta al gobernador del buen éxito de su cometido. Á pesar de todo, la señora pidióme por medio de Domingo que pasara por su casa á fin de consultarme acerca del viaje de su hija. Mi parecer fué de que no era prudente consentirlo. Profeso el principio de que han de anteponerse los dones de la naturaleza á los de la fortuna, y que no debe irse á buscar lejos lo que podemos encontrar á la mano: máximas que hago extensivas á todo sin excepción alguna. Pero ¿qué fuerza podían tener mis consejos en pro de la conformidad contra las ilusiones del logro de una inmensa fortuna?, ¿qué mis razones naturales ante las preocupaciones del mundo apoyadas por el cuasi mandato de autoridad sagrada?

Creo que dicha señora sólo me consultó por cortesía. Una vez conocida la opinión de su confesor el plan

adquirió carácter irrevocable. Margarita misma, quien, á pesar de las ventajas que del viaje de Virginia se prometía, tanto se había opuesto, suspendió sus objeciones. Á Pablo, aunque ignorante de la resolución tomada, contrariábanle los secreteos de madre é hija y murmuraba entristecido: «Algo traman en contra mía cuando así se ocultan.»

Mientras tanto se extendía por la isla la nueva de haber la fortuna visitado estos peñascales; hasta aquí

treparon mercaderes de diversa laya, quienes desplegaron delante de las chozas las más preciadas telas de la India: soberbios bombasíes de Gudelur, pañolones de Paliacate y de Mazanderán: muselinas de Dakka, transparentes como la luz; bafetas de Surah de inmaculada blancura; chites rarísimos con fondo de color vario, unos con motas, otros rameados de verde; magníficos tejidos de sedería de China; damascos satinados, ya blancos de nieve, ya verde pradera, ya de deslumbrante color rojo; tafetanes rosa, rasos á elegir, pekines suaves como una seda, nankines albos y amarillos, lampares calados y hasta paños de Madagascar.

La señora de La Tour quiso que su hija adquiriese cuanto fuese de su agrado, atendiendo únicamente á concertar el precio y á examinar la calidad de los objetos á fin de que los mercaderes no la engañasen. Virginia eligió lo que supuso había de gustar á su madre y á Pablo. «Esto, decía, irá bien con los muebles; aquéllo para María y Domingo.» La bolsa quedó vacía sin que hubiese atendido á su persona; preciso fué formarle un equipo con parte de los regalos que había destinado á las dos familias.

Pablo, transido de dolor á la vista de aquellos signos de prosperidad que le anunciaban la partida de Virginia, vino á mí, unos días más tarde, y me dijo:

– Mi hermana se va; ya se está apercibiendo lo indispensable á su viaje; os ruego que vayáis por mi casa y que empleéis toda vuestra influencia para que tal proyecto se deshaga.

... preciso fué formarle un equipo con parte de los regalos

Aunque convencido de la inutilidad de mi petición, accedí á sus súplicas. Si Virginia parecióme siempre encantadora con su saya azul de Bengala y su pañolito rojo en la cabeza, subió de punto mi admiración al verla ataviada al modo de las damas de esta isla. Vestía traje de muselina blanca, forrado de tafetán rosa: su esbelto y flexible talle delineábase perfectamente bajo su corsé, y sus rubios cabellos doblemente trenzados ornaban admirablemente su virgínea cabeza. Sus ojos azules miraban con dulce melancolía, y su corazón, víctima de combatidos amores, comunicaba á su rostro animados visos de color y á su voz emocionales sonidos. El contraste mismo de su elegante atavío, que parecía llevar mal de su grado, hacía su languidez aún más atractiva. No era posible verla ú oirla sin sentirse conmovido, ¡qué mucho que la tristeza de Pablo fuera en aumento! Margarita, atribulada por la situación de Pablo, á solas con él le dijo:

– ¿Á qué, hijo mío, alimentar engañosas esperanzas que hacen las privaciones aún más amargas? La hora es llegada de que te descubra el secreto de mi vida y de la tuya; Virginia pertenece por parte de su madre á una familia de nobilísima alcurnia; en cuanto á ti, eres sólo hijo de una pobre aldeana, y lo que es más triste aún, eres bastardo.

La palabra bastardo dejó confuso á Pablo, que nunca la había oído pronunciar; así que se apresuró á preguntar á su madre lo que significaba.

– Tú no has tenido padre legítimo, le contestó.

Cuando soltera, la pasión amorosa hizo que cometiera una falta, cuyo fruto fuiste. Mi acción te enajenó el apoyo de tu familia paterna; mi arrepentimiento el de la mía. ¡Desgraciado hijo mío!, ¡sólo me tienes á mí en el mundo!

Dicho lo cual, Margarita quedó

anegada en llanto. Pablo, oprimiéndola contra su seno, exclamó:

– Puesto que no tengo otros parientes que usted en la tierra, estoy obligado á amarla más, madre de mi alma. ¡Cuán horrible secreto acabáis de revelarme! ¡Bien comprendo ahora la causa del apartamiento de Virginia desde hace dos meses y que hoy la decide á

partir! ¡Ya no hay duda de que soy para ella un ser despreciable!

Llegada la hora de la cena, sentáronse á la mesa; pero intranquilos por distintos efectos pasionales, comieron poco y conversaron menos. Fué Virginia la primera en abandonar la cabaña y vino á descansar á este mismo sitio en que hoy nos hallamos. No tardó Pablo en seguirla, sentándose junto á ella. Guardóse por unos instantes el silencio más profundo. Era una de esas noches espléndidas, tan comunes en los trópicos, cuya belleza no hay pincel humano capaz de reproducir. Destacábase la luna en medio del firmamento, rodeada de velos de nubes que sus rayos iban disipando por grados insensibles; su claridad inundaba paulatinamente las montañas de la isla, cuyas cimas tomaban un brillo verde plateado. El viento retenía su hálito; oíanse en las frondas, en las vaguadas de los valles y en las cumbres rócosas, píos y dulces murmurios de aves acariciándose en sus nidos, regocijadas por la claridad de la noche y lo apacible del ambiente: los insectos rebullíanse bajo el herbaje. Los astros centelleaban en el cielo, espejándose en el mar que reproducía sus titilantes imágenes. Virginia iba recorriendo con indiferente mirada el vasto y tétrico horizonte, diferenciado de la costa isleña sólo por las rojas fogatas de los pescadores, cuando divisó una luz y una sombra; eran el fanal y el casco del buque que debía conducirla á Europa y que, presto á darse á la vela, esperaba, fijo en sus anclas, que cesase la calma.

De tal suerte turbóla aquella visión, que hubo de volver el rostro para que Pablo no sorprendiese sus lágrimas.

Sentados á pocos pasos de ellos nos hallábamos la señora de La Tour, Margarita y yo, bajo unos bananos; favorecidos por el silencio de la noche oímos distintamente su conversación, que nunca se ha apartado, ni se apartará, de mi memoria.

– Acaban de decirme, murmuró Pablo, que partes dentro de tres días; ¿no temes exponerte á los rigores del mar, de ese mar que tanto horror te produce?

– Es forzoso, replicó Virginia, que obedezca á mis deudos y que cumpla además con mi deber.

– ¡Dejarnos por una parienta lejana á quien nunca se ha visto!, prorrumpió Pablo.

– ¡Ay de mí!, continuó Virginia, bien quisiera permanecer aquí toda mi vida; pero mi madre no lo ha querido. Además mi confesor me ha asegurado que cumplo la voluntad de Dios partiendo y que la vida es una prueba, ¡oh, una prueba ciertamente muy dura!

– ¡Cómo!, repuso Pablo, ¿tantas razones en pro de la marcha y no ha habido ninguna que te retenga? Sobre las dichas aún cabe añadir algunas. Ante todo, los atractivos de la riqueza; después, que pronto hallarás en esa nueva sociedad una persona á quien dar el nombre de hermano, que hace ya tiempo que no me otorgas. Podrás escoger ese hermano entre gentes dignas de ti por su nacimiento y por su fortuna, ninguna de cuales ventajas puedo ofrecerte. Mas ¿adónde in-

tentas ir en pos de felicidad? ¿A qué tierra arribarás que te sea más cara que esta en que has nacido? ¿Dónde hallarás una sociedad que sea para ti más amorosa que la que tanto te quiere? ¿Cómo podrás vivir sin las caricias de tu madre, que tienen además la fuerza de la costumbre? ¿Qué será de ella, ya en el umbral de la senectud, cuando no te vea á su lado ni en la mesa, ni en la iglesia, ni en el paseo, donde eras su báculo? ¿Qué será de la mía que te quiere otro tanto? ¿Con qué palabras consolaré á una y otra cuando las vea llorar tu ausencia? ¡Ingrata! ¡Bien quisiera no hablarte de mi persona; mas ¿qué será de mí cuando á la mañana no estés con nosotros, y llegue la noche sin haberte visto? ¿Cuando contemple los dos cocoteros plantados con ocasión de nuestros nacimientos, mudos testigos durante tantos años de nuestra fiel amistad? ¡Ah!, pues un distinto vivir te seduce, pues buscas lejos de tu tierra nativa mayor regalo que el que pueda proporcionarte mi trabajo, permite que te acompañe á bordo del buque en que partes; yo te tranquilizaré durante los temporales marinos que tanto espanto te causan en tierra firme; reclinada en mi seno tu cabeza, encenderá tu corazón el calor del mío, y llegados á Francia, donde vas en pos de oro y de grandezas, te serviré como un esclavo. Feliz con tu felicidad, seré bastante rico y sobrado noble para, en los palacios en que te vea obedecida y adorada, hacer el mayor de los sacrificios, el de morir á tus plantas.

Los sollozos ahogaron su voz, cuando oímos la de

Virginia que le decía las siguientes palabras entrecortadas por suspiros:

– Es por ti por quien voy á partir, por ti á quien miro día tras día agobiado por el trabajo, el sostén de dos combatidas familias. Si me he inclinado ante la ocasión que se me ofrece de llegar á la opulencia, es para devolverte con creces el bien que te es debido. ¿Existe acaso fortuna comparable con tu amistad? ¿Á qué mentar tu nacimiento? Si me fuese dado elegir un hermano, te elegiría á ti... Pablo, Pablo, te amo más que si fueses realmente mi hermano: ¡si supieras el esfuerzo que me ha costado apartarme de ti!; yo quería que me ayudaras al sacrificio hasta que pluguiese al cielo bendecir nuestra unión. Partir, quedarme, morir, vivir, eso haré yo á tu antojo: mis fuerzas se agotaron; pude resistirme á tus caricias, no he podido defenderme de tus lágrimas.

Al oir tales expresiones, Pablo la tomó en brazos, y estrechándola vigorosamente, dijo con terrible acento:

– Partiré con ella; ¿quién es capaz de arrebatármela?

Todos corrimos á su lado, y la señora de La Tour exclamó:

– Hijo mío, si nos abandonas, ¿qué va á ser de nosotras?

Pablo repitió trémulo sus últimas palabras:

– Hijo mío..., hijo mío... ¡Usted mi madre..., usted que separa la hermana del hermano! Ambos nos hemos criado á sus pechos, educado sobre sus rodillas;

á su ejemplo aprendimos á orar y á amarnos. Sé lo que va usted á decirme: que ningún derecho tengo sobre Virginia; que no es realmente hermana mía; pero ella lo es

todo para mí en el mundo, es mi riqueza, mi gloria, mi linaje, mi único bien; no conozco ni comprendo otro fuera de su persona. Como hemos tenido entrambos sólo un techo y sólo una cama, no tendremos más que

un sepulcro. Si se va, yo iré con ella; será en vano que el gobernador trate de impedírmelo; me arrojaré al mar, la seguiré á nado. No cabe que el mar me sea más enemigo que la tierra. Puesto que no he de vivir aquí junto á ella, moriré al menos en su presencia y lejos de vos, ¡madre cruel!, ¡mujer sin entrañas!... ¡Ojalá que ese Océano á que la entregáis no os la devuelva nunca! ¡Ojalá que sus ondas os restituyan mi cuerpo, y que al arrollarlo con el suyo por sobre los guijarros de la playa, la pérdida de vuestros dos hijos os cause dolor inextinguible!

Apenas pronunciadas estas palabras, le cogí en mis brazos, comprendiendo que la desesperación le iba quitando los sentidos. Sus ojos chispeaban; gruesas gotas de sudor descendían por su arrebatado rostro, sus rodillas temblaban como el azogue, y yo sentía en su candente pecho los precipitados golpes de su corazón.

Sobresaltada Virginia, dirigiéndose á él, exclamó:

—Pablo, por los placeres de nuestra infancia, por tus penas y las mías, por todo cuanto pueda ser lazo de unión entre dos atormentados seres, yo te juro que si aquí permanezco, he de vivir tan sólo para ti, y que si parto, he de volver un día sólo para ser tuya. A vosotros todos os tomo por testigos de mi juramento, á vosotros que formasteis mi educación, que disponéis de mi existencia, que contempláis mi llanto. Lo juro por ese cielo que me escucha, por ese mar que voy á cruzar, por el aire que respiro y que nunca he infeccionado con la mentira.

Como el astro del día desprende y precipita desde lo alto de las cumbres apeninas un alud de nieve, así á la voz de su amada se abatió la impetuosa cólera de aquel joven. Inclinó la arrogante cabeza y un torrente de lágrimas desprendióse de sus ojos. Su madre, mezclándolas con las suyas, teníale abrazado sin poder articular palabra.

La señora de La Tour, fuera de sí, prorrumpió:

– Ya no puedo más; tengo el alma hecha jirones; este malhadado viaje no se llevará á ejecución. Buen vecino, llévese usted á mi hijo; hace ocho días que nuestros ojos no conocen el sueño.

Entonces dije á Pablo:

– Virginia no se irá: mañana hablaremos de ello al gobernador. Deja que toda la familia repose, y vente á pasar la noche conmigo. Es tarde, son ya las doce; la cruz del Sur está sobre el horizonte.

Dejóse conducir sin resistencia, y después de una agitadísima noche, regresó al amanecer á su morada.

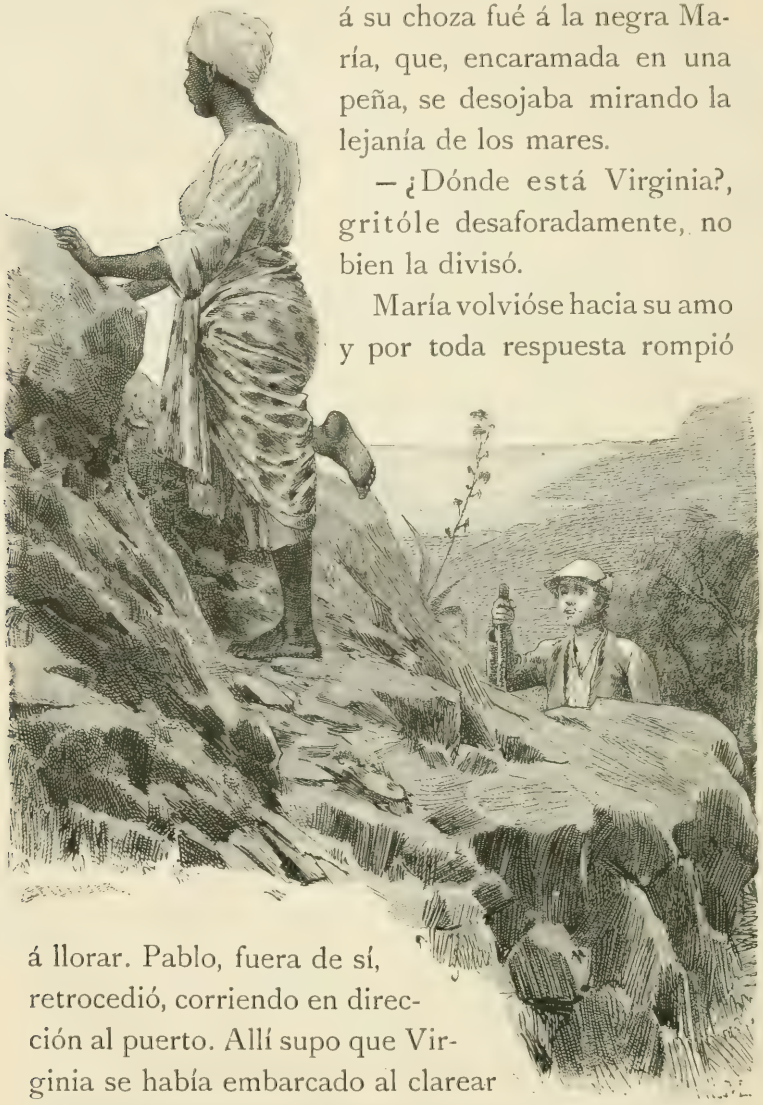
Pero ¿á qué proseguir el relato de esta historia? No hay en la vida humana más que una fase agradable, semejante al globo en que giramos; nuestra rápida revolución no dura más que un día, y si una parte de él está en luz, la otra se halla forzosamente en tinieblas.

– Buen anciano, le dije, os suplico que terminéis la conmovedora narración comenzada. Si las imágenes de la dicha nos complacen, las de la adversidad nos edifican. ¿Qué fué, decidme, del malaventurado joven?

— Lo primero con que se encontró Pablo al caminar á su choza fué á la negra María, que, encaramada en una peña, se desojaba mirando la lejanía de los mares.

— ¿Dónde está Virginia?, gritóle desaforadamente, no bien la divisó.

María volvióse hacia su amo y por toda respuesta rompió



á llorar. Pablo, fuera de sí, retrocedió, corriendo en dirección al puerto. Allí supo que Virginia se había embarcado al clarear del alba, haciéndose el buque, que ya no se distinguía

en el horizonte, inmediatamente á la vela: meditabundo dirigióse á su vivienda, la que atravesó sin hablar palabra.

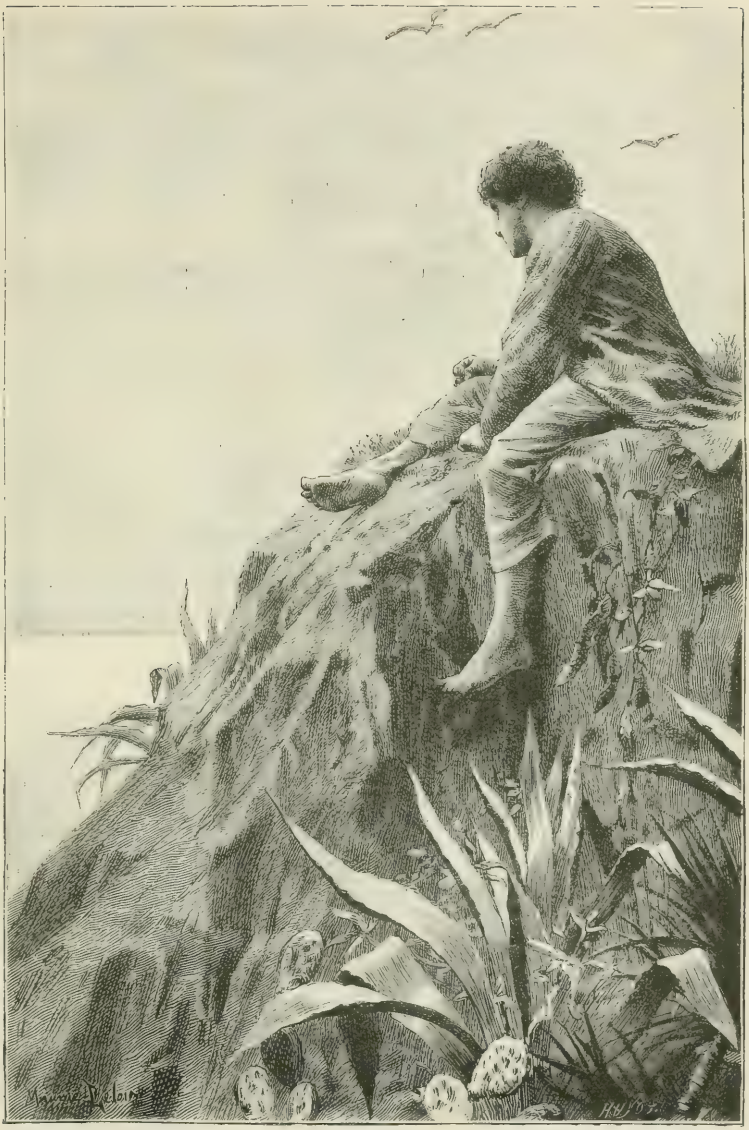
Aunque este grupo de peñascos parezcan del lado de allá como cortados á pico, las verdes mesetas que

á distintos niveles dividen su altura son otros tantos escalones por los que, á favor de fragosas sendas, se sube hasta el pie de uno acantilado é inaccesible, conocido vulgarmente por *El Pulgar*. Hay cerca de la base del mismo una explanada recubierta de corpudos árboles, que por la elevación en que se halla y los tajos que lo limitan diríase un bosque en los aires, circundado de horrendos precipicios. Las nubes que *El Pulgar* atrae constantemente junto á sí, alimentan va-

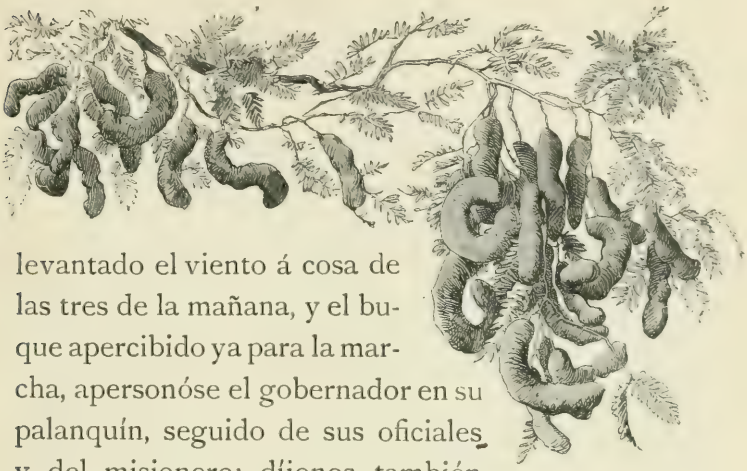
rios riachuelos, los cuales se precipitan á profundidad tan grande, en el valle que corre á la otra falda de la montaña, que desde esta altura no se percibe el golpe de su caída.

Divísase desde allí parte no escasa de la isla y de sus picudos montes, entre otros el Peter-Booth y las Tres-Ubres con sus valles tan cuajados de selvas, y en lontananza el mar espacioso y hasta la isla de Borbón, que está de aquí á unas cuarenta leguas, camino de Occidente.

Desde tan considerable eminencia consiguió Pablo otear el buque que llevaba á Virginia, el cual, ya á más de diez leguas mar adentro, parecía un punto negro en medio de las olas. Allí permaneció gran parte del día sin desviar de él la mirada, y aun después de haber desaparecido todavía imaginaba verlo. Cuando por fin convencióse de que las brumas del horizonte se lo robaban, sentóse en aquel selvático lugar, azotado siempre por los vientos que mantienen en balanceo perenne las cimas de las palmeras y tacomahacas, cuyo susurro sordo y mugidor semeja los sones de órganos lejanos, inspirando profunda melancolía; allí fué donde, después de haberle buscado en vano desde la salida del sol, le hallé, la frente apoyada contra la peña y los ojos fijos en el suelo. No me costó poco trabajo decidirle á bajar y volver al seno de su familia. Condújele hasta su choza, y al dar en ella con la señora de La Tour, comenzó á quejarse amargamente de que le hubiese engañado; mas ella refiriónos como, habiéndose



Allí permaneció gran parte del día sin desviar de él la mirada



levantado el viento á cosa de las tres de la mañana, y el buque apercibido ya para la marcha, apersonóse el gobernador en su palanquín, seguido de sus oficiales y del misionero; díjonos también que, á pesar de sus razones, sus lágrimas y las de Margarita, se habían llevado á su hija medio muerta, pretextando que lo hacían por su bien.

—¡Ah!, exclamó Pablo, si por lo menos hubiese podido decirle adiós, me sentiría más tranquilizado á la hora presente. «Virginia, le hubiera dicho, si durante el tiempo que hemos pasado juntos de vida, ha salido de mis labios una palabra ofensiva para ti, perdóname antes de que te pierda para siempre;» y también: «Pues el hado cruel nos separa eternamente, ¡adiós, Virginia, adiós, que seas, lejos de mí, feliz y afortunada!»

Y al ver á su madre y á la señora de La Tour sumidas en llanto, añadió:

—No me pidáis un consuelo que no puedo daros.

Después que hubo pronunciado tales palabras, gemebundo abandonó la choza, arrojándose á vagar por la heredad y recorriendo preferentemente de ella los

lugares que fueron gratos á Virginia. Así hablaba á los corderos y cabritillos que balando le seguían:

– ¿Qué me preguntáis? No, no volveréis á ver conmigo á aquella que en su mano os daba la comida.

Visitó luego el *Recreo de Virginia*, y al mirar las aves revoloteando en torno suyo, exclamó:

– ¡Pobres pajarillos! Ya no iréis más al encuentro de la que os cebaba con tanto cariño.

Luego encontró á Leal que olfateaba acá y allá y que, al verle, echó á andar delante de él rastreando, y le dijo:

– No la busques, ya no la encontrarás más.

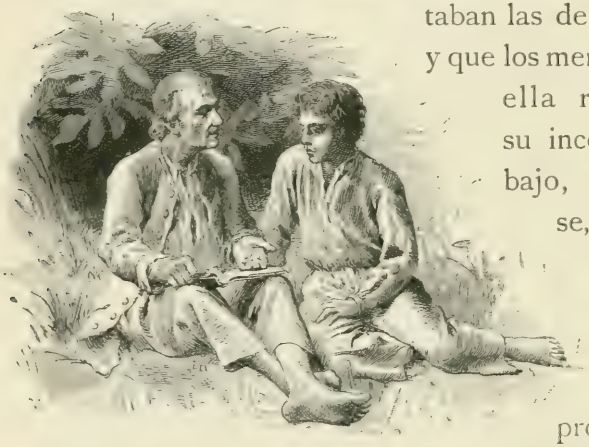
Finalmente fué á sentarse en la peña donde departió con ella la víspera, y á la vista del mar en que había desaparecido el buque que la conducía, lloró abundantemente su desgracia.

Temerosos nosotros de que la excitación de ánimo en que se hallaba le ocasionase algún percance, no le dejábamos nunca á solas. Su madre, juntamente con la señora de La Tour, suplicábanle, con cariñosas expresiones, que no acrecentara con su arrebato el dolor de entrambas; consiguiendo la última aquietarle no poco prodigándole dictados muy propios para reanimar sus esperanzas. Así le llamaba: «hijo del alma, yerno querido, único ser destinado á labrar la felicidad de mi hija;» por tal manera le indujo á entrar de nuevo en la choza y á que tomara algún sustento. Sentóse, pues, con nosotros á la mesa, junto al sitio que solía ocupar la amiga de su niñez, y como si realmen-

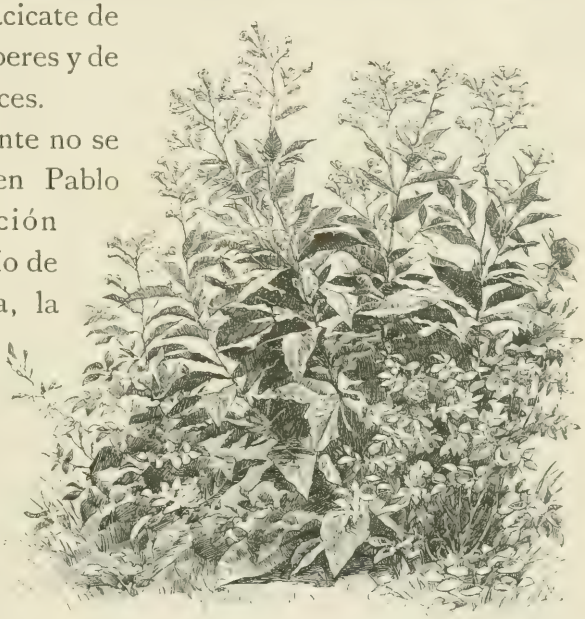
te estuviese presente, dirigíale la palabra y le ofrecía los manjares que bien sabía le eran más agradables; luego, advertido del error, volvía á su llanto.

En los siguientes días púsose á reunir cuantos objetos usó su amada; los últimos ramos de flores que adornaron su pecho, la taza de coco en que acostum-

braba beber; y como si tales reliquias de su compañera fuesen lo más exquisito del universo mundo, besábalas una y cien veces y las abrigaba en su seno; que no despide el ámbar perfume más suave que las cosas que ha tocado el sujeto de nuestro amor. Más tarde, convencido Pablo de que sus penas manifiestas aumentaban las de su familia y que los menesteres de ella reclamaban su incesante trabajo, determinóse, con ayuda de Domingo, á reparar el vergel. Muy pronto, nuestro joven, indiferente hasta entonces, como buen criollo, á lo que pasaba por el mundo, pidióme que le enseñase á leer y á escribir, ansioso de poder relacionarse con Virginia; empeñóse luego en aprender geografía, á fin de darse cuenta del país en que su amada iba á desembarcar, y también historia para conocer los hechos y costumbres de la sociedad en que había de vivir. Al sentimiento del amor debió sus adelantos agrícolas y su perfección en el arte de disponer con gusto el más abrupto terreno. ¿Quién duda que á los placeres con que hace soñar pasión tan ardiente é inquieta son debidas gran parte de las artes y de las



ciencias, y que su privación engendró la filosofía, que nos enseña la conformidad? Por eso naturaleza, al hacer del amor el vínculo supremo de todos los seres, lo ha convertido en el primer móvil de nuestras sociedades y en acicate de nuestros saberes y de nuestros goces.



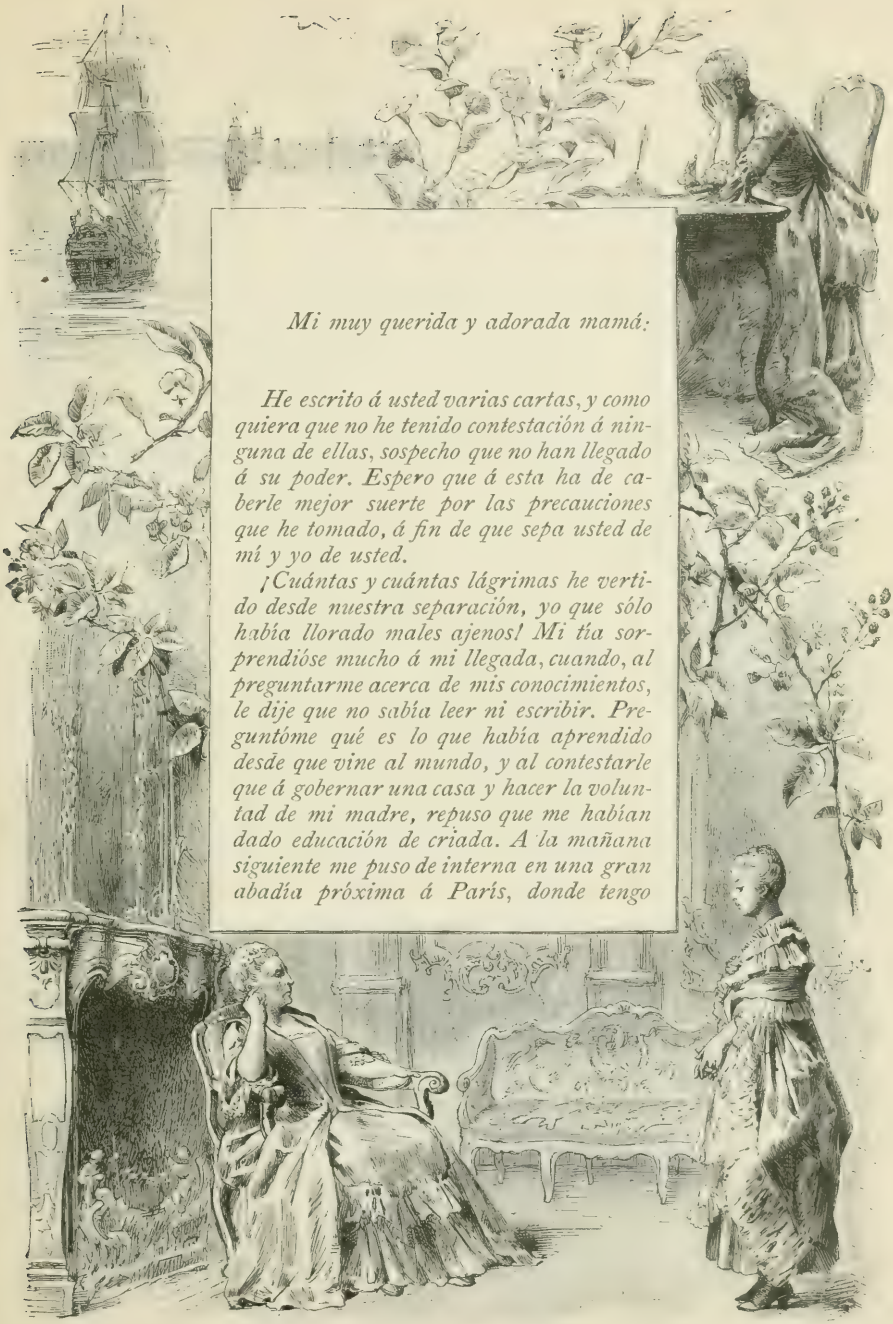
Ciertamente no se desarrolló en Pablo grande afición por el estudio de la geografía, la cual, en vez de describirnos la naturaleza de cada región, limítase á darnos cuenta de sus divisiones políticas. Poco interesóle la historia, singularmente la moderna, por no ver en sus páginas más que devastaciones generales y periódicas, cuyas causas no se le alcanzaban; guerras sin motivo ni finalidad, intrigas misteriosas, naciones sin idiosincrasia, príncipes sin corazón. Prefería á su lectura la de las novelas, las cuales, concediendo importancia mayor á los sentimientos y á los intereses humanos, presentábanle no pocas veces situaciones similares á la suya.

Entre ellas ninguna fué tan de su agrado como el *Telémaco*, por sus cuadros campestres y por el estudio de las pasiones inherentes al corazón humano de que hace gala. Leía á su madre y á la señora de La Tour los pasajes que más le afectaban, soliendo acontecer que al toque de conmovedores recuerdos su voz se ahogase y las lágrimas corrieran por su rostro, que imaginaba hallar en Virginia la dignidad y discreción de Antíope, aunadas á la ternura y desdicha de Eucaris.

Llenáronle, en cambio, de pesadumbre las novelas hoy en boga, con sus costumbres y sus máximas licenciosas, y al enterarse de que tales obras contenían una á su modo verdadera pintura de la sociedad europea, temió, no sin fundamento, que Virginia llegase á extraviarse en ella y hasta á olvidarle.

Á todo esto había transcurrido ya más de año y medio sin que llegase á la señora de La Tour noticia alguna de su tía ni de su hija, excepto la del feliz arribo de ésta á Francia, noticia que obtuvo por casual conducto.

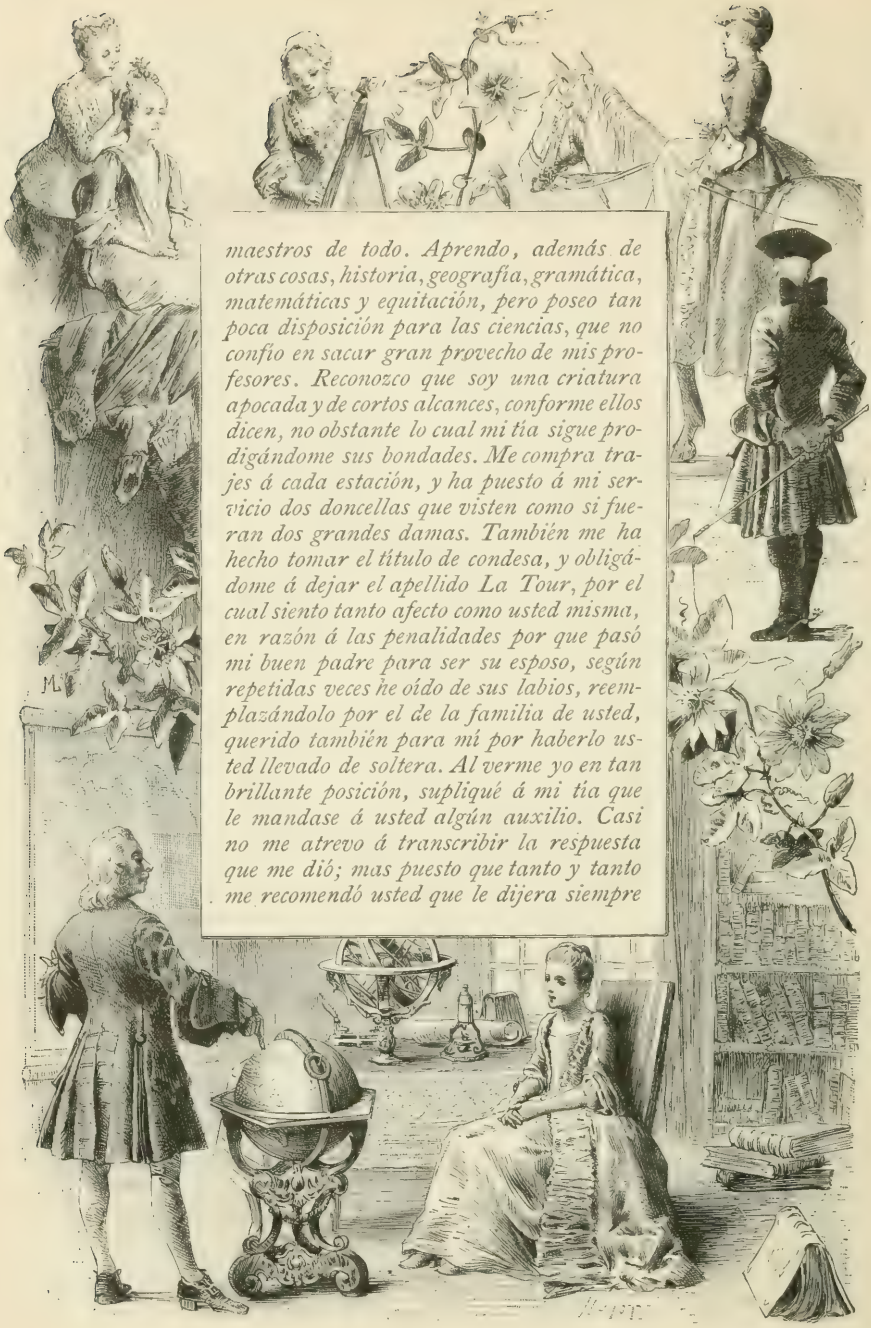
Al cabo recibió, por medio de un buque que hacía la derrota á las Indias, un paquete y una carta escrita de puño y letra de Virginia, en la cual, por grande que fuera la circunspección y benignidad de su hija, adivinó la madre que distaba mucho de ser dichosa. Pintábanse en dicha carta de tan clara manera su situación y su carácter, que no se ha borrado de mi memoria. Así decía:



Mi muy querida y adorada mamá:

He escrito á usted varias cartas, y como quiera que no he tenido contestación á ninguna de ellas, sospecho que no han llegado á su poder. Espero que á esta ha de caberle mejor suerte por las precauciones que he tomado, á fin de que sepa usted de mí y yo de usted.

¡Cuántas y cuántas lágrimas he vertido desde nuestra separación, yo que sólo había llorado males ajenos! Mi tía sorprendióse mucho á mi llegada, cuando, al preguntarme acerca de mis conocimientos, le dije que no sabía leer ni escribir. Preguntóme qué es lo que había aprendido desde que vine al mundo, y al contestarle que á gobernar una casa y hacer la voluntad de mi madre, repuso que me habían dado educación de criada. A la mañana siguiente me puso de interna en una gran abadía próxima á París, donde tengo



maestros de todo. Aprendo, además de otras cosas, historia, geografía, gramática, matemáticas y equitación, pero poseo tan poca disposición para las ciencias, que no confío en sacar gran provecho de mis profesores. Reconozco que soy una criatura apocada y de cortos alcances, conforme ellos dicen, no obstante lo cual mi tía sigue prodigándome sus bondades. Me compra trajes á cada estación, y ha puesto á mi servicio dos doncellas que visten como si fueran dos grandes damas. También me ha hecho tomar el título de condesa, y obligádome á dejar el apellido La Tour, por el cual siento tanto afecto como usted misma, en razón á las penalidades por que pasó mi buen padre para ser su esposo, según repetidas veces he oído de sus labios, reemplazándolo por el de la familia de usted, querido también para mí por haberlo usted llevado de soltera. Al verme yo en tan brillante posición, supliqué á mi tía que le mandase á usted algún auxilio. Casi no me atrevo á transcribir la respuesta que me dió; mas puesto que tanto y tanto me recomendó usted que le dijera siempre

la verdad, la copio á continuación. «Poco, me dijo, de nada le serviría á tu madre, y mucho, le sería un estorbo, dada la vida sencillísima que lleva.»

Al principio intenté dar á usted noticias mías por mano extraña, no pudiéndolo hacer por la mía propia; pero no habiendo encontrado á mi llegada persona alguna que me inspirase confianza, me apliqué día y noche á aprender á leer y escribir, y el cielo me ha concedido pronta satisfacción á mis anhelos.

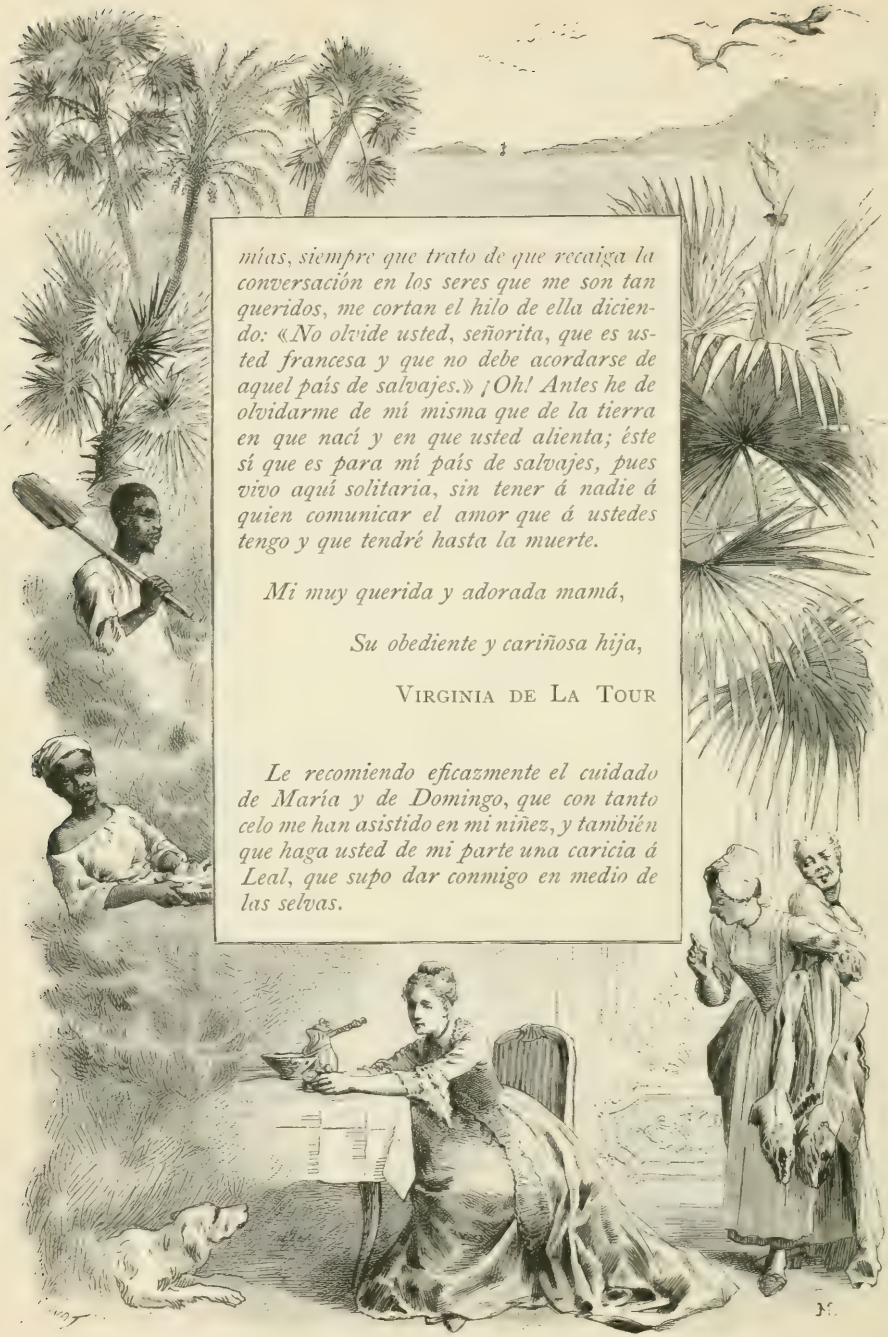
Como las primeras cartas que le escribí fueron indudablemente entregadas á mi tía por las camareras á quienes encargué las echaran al correo, esta vez me valgo de una amiga del colegio, cuyas señas remito separadamente para que usted pueda asimismo contestarme. Mi tía me ha prohibido toda correspondencia con los de fuera, lo cual, á su juicio, pudiera ser obstáculo á sus miras acerca de mi porvenir. Sólo ella y un caballero entrado en años, muy amigo suyo, me ven y hablan á través de la reja del locutorio. Según me ha indicado, dicho su amigo gusta mucho de

mí; pero, á decir verdad, no siento simpatía por él, ni me la inspiraría aunque me hallase en condiciones de sentirla por alguien.

Vivo en el esplendor de la riqueza, y sin embargo no puedo disponer de un centavo, pues están en la creencia de que si lo tuviera lo emplearía desacertadamente. Mis trajes mismos son de propiedad de mis dos sirvientas, que se los disputan aun antes de que yo los deseche. Nadando en la opulencia soy más pobre que cuando me hallaba con usted, pues nada puedo darle. Desde el punto en que veo que las grandes habilidades que me enseñan no me procuran la dicha de practicar el más pequeño bien, acudo á mi aguja, que usted por dicha me enseñó á manejar: por eso le mando unos pares de medias para usted y mamá Margarita, un gorro para Domingo y uno de mis pañuelos encarnados para María. En el mismo paquete hallarán huesos y pepitas de las frutas de mis meriendas, y semillas de diversas clases de árboles, recogidas durante el recreo en los parques de esta abadía; he puesto también simientes

de violeta, de margarita, de aciano, de amapola y de escabiosa, que he traído de mis excursiones campestres. Observo que este clima da flores más hermosas que el nuestro, pero que nadie hace caso de ellas. Bien segura estoy de que á usted y á mamá Margarita ha de satisfacerles más este saquito de semillas que el talego de oro, causa de nuestra separación y de nuestro llanto. ¡Cuán grande alegría para mí si un día logra usted ver los perales creciendo junto á los bananos, las hayas confundiendo su follaje con el de los cocoteros, figurándose así transportada á su querido país de Normandía!

Cumplo su recomendación de que la cuente mis penas y mis alegrías, diciéndole: ¿qué alegría puedo tener estando lejos de ustedes? Tocante á mis penas, procuro aminorarlas con pensar que me hallo en un país donde usted me ha mandado por voluntad del cielo. Mi mayor sentimiento es no tener aquí persona á quien hablar acerca de ustedes y que de ustedes me hable. Mis doncellas, mejor diré, las de mi tía, pues son más servidoras suyas que



mías, siempre que trato de que recaiga la conversación en los seres que me son tan queridos, me cortan el hilo de ella diciendo: «No olvide usted, señorita, que es usted francesa y que no debe acordarse de aquel país de salvajes.» ¡Oh! Antes he de olvidarme de mí misma que de la tierra en que nací y en que usted alienta; éste sí que es para mí país de salvajes, pues vivo aquí solitaria, sin tener á nadie á quien comunicar el amor que á ustedes tengo y que tendré hasta la muerte.

Mi muy querida y adorada mamá,

Su obediente y cariñosa hija,

VIRGINIA DE LA TOUR

Le recomiendo eficazmente el cuidado de María y de Domingo, que con tanto celo me han asistido en mi niñez, y también que haga usted de mi parte una caricia á Leal, que supo dar conmigo en medio de las selvas.

No poco asombróse Pablo con ver que Virginia, (que ni aun al perro había echado en olvido), no hiciera la más ligera mención de él en todo el contenido de la carta; ignoraba sin duda que, por muy extensa que ésta sea, toda mujer reserva para el final sus más entrañables pensamientos.

Así, en una posdata, le recomendaba muy singularmente dos especies de semillas; la de violeta y la de escabiosa, dándole instrucciones acerca de los caracteres de tales plantas y del terreno más apropiado á su desarrollo. «La violeta, decíale, da una florecilla de color morado, la cual, aunque suele esconderse bajo sus propias hojas, es fácilmente denunciada por su suavísimo aroma,» y le encargaba que la sembrase á orillas de la fuente, al pie de su cocotero. «La escabiosa, proseguía la joven, produce una galana flor azul pálido con centro negro moteado de blanco. Parece que esté de luto, y por ello se la denomina también *flor de viuda;* prevalece en los lugares abruptos y combatidos por los vientos;» aconsejábale que la plantara en la peña en que por vez postrera se hablaron, y que diese, en prenda de amor hacia ella, el nombre de *Roca del Adiós* á aquel risco.

Virginia había puesto dichas semillas en un pequeño bolso de muy sencillo tejido, pero que hubo de parecer á Pablo de inestimable valor al divisar en él una P y una V entrelazadas y hechas de cabello que por su hermosura bien conoció que era de Virginia.

Lágrimas sin cuento hizo verter á las dos familias

unidas la carta de aquella sensible cuanto virtuosa joven. Su madre le dió contestación en nombre de los circunstantes, diciéndole que dejaba á su arbitrio regresar ó permanecer en Francia y certificándole que había con su partida desaparecido la mejor parte de su dicha, dejándoles á todos, y singularmente á ella, inconsolables.

Pablo escribióle también una muy larga carta prometiéndole dejar el jardín de modo digno de ella, mezclando las plantas europeas con las africanas, conforme había entrelazado las iniciales de sus nombres en la bolsita remitida. Envióle además frutos de los cocoteros de la fuente en perfecta sazón, y cariñosamente añadía que no le enviaba ninguna simiente de la isla, al intento de que el ansia de ver de nuevo sus producciones la empeñase á regresar cuanto antes. Como final le encarecía que accediese á las súplicas de su familia y á las suyas propias, pues lejos de ella no había para él felicidad posible en la tierra.

Sembró luego con el mayor cuidado las semillas de las plantas venidas de Europa, especialmente las de violeta y escabiosa, en cuyas flores imaginaba analogías con el carácter y situación de Virginia, que con interés tanto se las había recomendado; pero sea que se hubiesen desvirtuado durante la travesía, ó más bien que el clima de esta región africana no les fuese idóneo, es lo cierto que pocas de entre ellas germinaron y ninguna llegó á adquirir pleno desarrollo.

Mientras, la envidia, gran carcoma de la felicidad

humana (sobre todo en las colonias francesas), hizo que cundieran por la isla rumores que llenaron de inquietud á Pablo. Los tripulantes del buque que trajera la misiva de Virginia daban por seguro que ésta iba á contraer matrimonio; algunos llegaban á mentar el nombre del elegido, no faltando quienes aseverasen que el enlace era ya un hecho y que de él habían sido testigos presenciales.

Si en los comienzos Pablo no prestó oídos á las noticias aportadas por el buque mercante, sabedor, por experiencia, de la escasa veracidad que suelen usar en los puertos en que hacen escala, como algunos colonos con mañosa conmiseración lamentaban el suceso, compadeciéndole, vino en dar fe á los propalados rumores. Por otra parte, recordando que en varias de las novelas por él leídas la traición era estimada como donaire, y como no ignorase que tales libros eran fiel retrato de las costumbres europeas, temió que la hija de la señora de La Tour se hubiese contaminado llegando hasta á olvidar antiguos juramentos. Tales sospechas le acibararon el alma, y lo que acabó de aumentarlas fué la circunstancia de

que ninguna de las embarcaciones llegadas durante los seis meses siguientes trajera nuevas de Virginia.

Aquel infortunado joven, presa de los tumultos de su corazón, acudía á visitarme con frecuencia para desterrar ó conformar sus inquietudes á tenor de mis consejos basados en la experiencia del mundo.

Como antes os he dicho, vivo á legua y media de aquí, orillas de un riachuelo que besa el pie de la Montaña Larga; allí discurre mi existencia, solo, sin mujer, sin hijos, sin esclavos.

Fuera de la dicha, bien rara por cierto, de hallar una compañera compasada á nuestro genio, vivir solo es la condición menos triste de la existencia. Quienquiera que tenga harto motivo para quejarse de los hombres busca la soledad, siendo además muy de notar que todos los pueblos desgraciados por causa de sus ideas, sus costumbres ó sus gobiernos, han producido no pocos ciudadanos consagrados al desierto, partidarios del celibato. Tales los egipcios de la decadencia, los griegos del Bajo Imperio, y tales, en nuestros días, los indios, los chinos, los griegos modernos, los italianos y la mayor parte de los pueblos del Oriente y del Sur de Europa.

La soledad reintegra en parte al hombre el bienestar natural, alejándole del infortunio común; que el alma hállase en constante agitación en el seno de nuestras sociedades, sobre malsanas, sujetas á prejuicios sin cuento, y va asimilándose las opiniones turbulentas y contradictorias con que los miembros de ellas

pretenden recíprocamente subyugarse. Es en la soledad donde depone los errores que la perturban, al tiempo que recobra el sentimiento de sí misma, de la naturaleza y de su Criador. No de otra manera las aguas de cenagoso torrente, que inundaron en mal hora las campiñas, al parar en alguna concavidad desviada de su curso, depositan las impurezas en el fondo; y, recobrada su prístina transparencia, reflejan las nuevas márgenes, el verdor de los prados y el azul de los cielos.

No únicamente las harmonías del alma se restablecen en la soledad; también las del cuerpo: claro testimonio, la longevidad que alcanzan los que á ella se entregan; digánlo, si no, los bracmines de la India; que es, en mi sentir, tan necesaria al logro de la dicha, aun en medio del mundo, que estimo imposible disfrutar en él de ventura durable, cualquiera que ésta sea, ni acomodar nuestra conducta á principios permanentes, si no conseguimos crearnos una á modo de soledad interior de la que rara vez salga nuestra opinión y en la que nunca penetre la ajena.

No quiero con ello significar que haya el hombre de vivir completamente aislado; necesidades sin cuento únenle al humano linaje, al cual debe su trabajo, como débese además á la restante naturaleza.

Pero de igual suerte que Dios nos ha dotado de órganos concordes con los elementos del globo en que vivimos, pulmones para el aire, pies para el suelo, ojos para la luz, sin que nos sea dado contrarrestar el uso de nuestros sentidos, se ha reservado para sí, como

Autor de la vida, el órgano más importante de ella, el corazón.

Paso, pues, mis días apartado de los hombres, á quienes he pretendido ser útil y quienes me han perseguido. Después que hube reco-

rrido gran parte de Europa y algunas regiones de América y Asia, instaléme en esta casi deshabitada isla, atraído por su belleza y por su soledad. Una cabaña construída por mí al pie de un árbol, un reducido campo que mis brazos roturaron y un riachuelo que corre por delante de mi puerta bastan á mis necesidades y forman mis humildes placeres. Uno á tales goces el

que me proporciona la lectura de algunos buenos libros; en ellos me enseño á ser mejor y por ellos comprendo la ventura que se encierra en estar separado del mundo, al presentarme cuadros de las pasiones que tanta desgracia causan en sus habitadores, al tiempo que yo, comparando con la suya mi suerte, saboreo una dicha negativa.

Como el náufrago salvado en una peña, contemplo desde mi soledad las tempestades que estremecen al restante mundo, y hasta mi reposo parece más tranquilo, si con el lejano ruido de la tormenta lo comparo.

Desde que no hallo hombres en mi camino y desde que no transito por el suyo, no los odio, los compadezco. Si doy con algún infeliz, procuro auxiliarle con mis consejos, como al borde de un torrente tiende el viandante la mano al mísero que en él se ahoga. Mas ¡ay!, tan sólo la inocencia muéstrase atenta á mi voz. En vano, en vano llama la naturaleza á su regazo al resto de los mortales. Ni uno solo deja de formarse de ella una imagen en concordancia con sus pasiones, y después de perseguir durante su entera vida tan vago fantasma, clama al cielo por el error que creó á su antojo.

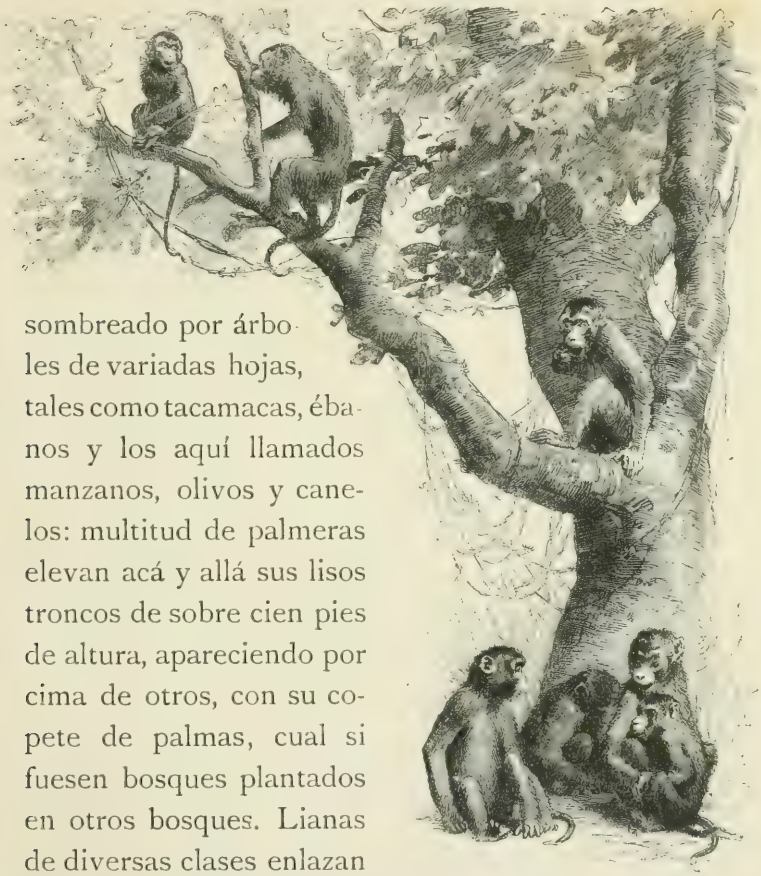
Entre la multitud de infelices que he intentado atraer á los deleites de la naturaleza, no he visto uno siquiera que no estuviese embriagado en sus propias miserias. Escuchábanme atentamente al principio, esperanzados de que iba á ayudarles en la conquista de la gloria ó

la fortuna; mas al ver que era mi designio enseñarles á prescindir de ellas, tomábanme por loco, ya que no corría tras su maltrecha felicidad; vituperaban mi solitaria conducta, dando por seguro que sólo ellos eran útiles á la humanidad, esforzándose en vano por arrastrarme en su torbellino.

Sin embargo, aunque con todos comunico, á nadie me entrego; y en no pocas ocasiones me basto para aleccionarme. En mi calma de hoy recuerdo las veleidades de otro tiempo, á las cuales dí sobrada importancia: la influencia, la fortuna, el renombre, la ambición, las opiniones que batallan en toda la redondez de la tierra. Comparo á los muchos á quienes he visto disputarse con furor tales quimeras, y que son ya idos de este mundo, con las ondas de mi riachuelo, que se quiebran espumajosas contra las rocas marginales, desapareciendo para nunca más volver.

En cuanto á mí, déjome arrastrar sosegadamente por el río de los tiempos hacia el océano sin orillas de lo venidero, y al contemplar las harmonías constantes de la naturaleza, me elevo hasta su Criador, esperando en otro mundo más venturosos destinos.

Aunque desde mi retiro, enclavado en el corazón de la selva, no se distingue la variedad de paisajes que nos ofrece el elevado sitio en que nos hallamos, hállanse mil placenteros sitios, sobre todo para quien, como yo, prefiere entrar en sí mismo á exteriorizarse. El río que besa mi puerta atraviesa en línea recta las frondas, de modo que me ofrece un extenso canal



sombreado por árboles de variadas hojas, tales como tacamacas, ébanos y los aquí llamados manzanos, olivos y canelos: multitud de palmeras elevan acá y allá sus lisos troncos de sobre cien pies de altura, apareciendo por cima de otros, con su copete de palmas, cual si fuesen bosques plantados en otros bosques. Lianas de diversas clases enlazan árbol con árbol formando arcadas de flores ó cayentes cortinas verdes: aromáticos olores despréndense de las hojas de modo tal que si un hombre ha atravesado la selva, trascienden sus vestidos horas después de haberla abandonado. En la estación de su florescencia diríase que están cubiertos de nieve. Guiados por incomprensible instinto, arriban, cuando los últimos ar-

dores del verano, aves diversas de incógnitas regiones allende los mares á recoger simiente de los vegetales de esta isla, contrastando el colorido de su plumaje con el verdor de las plantas tostadas del sol, entre ellos, pájaros azules llamados aquí de Holanda y papagayos de variado matiz.

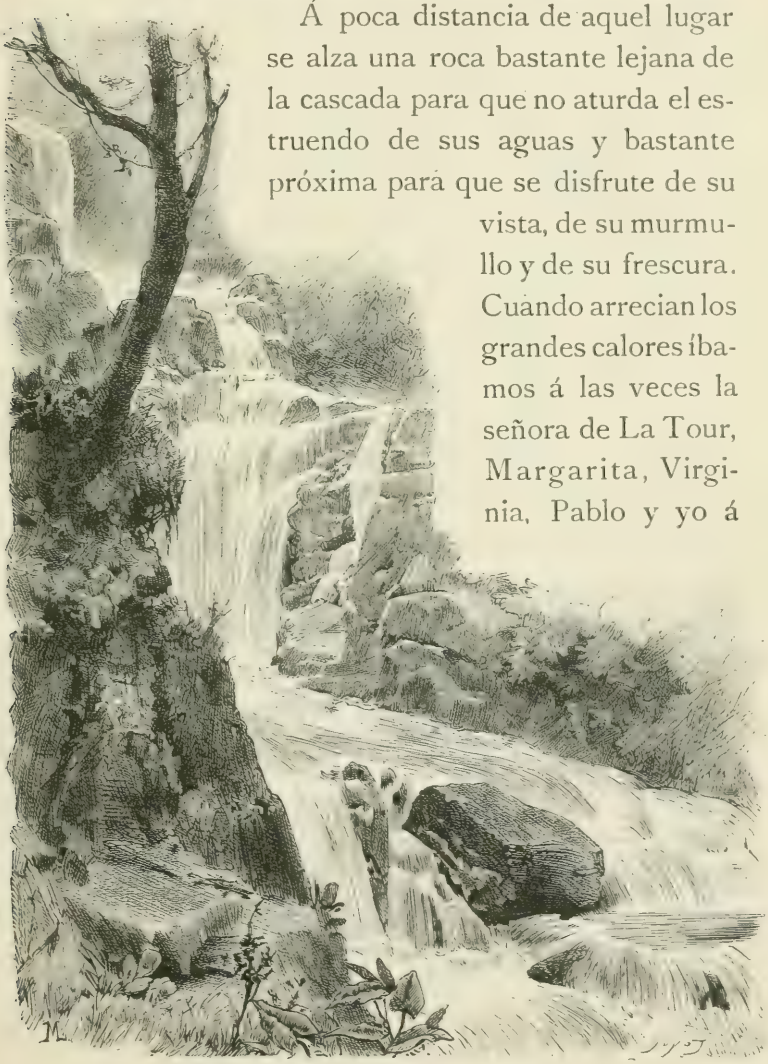
Los monos, eternos habitadores de estas selvas, retozan en la sombría enramada, de la cual se destacan por su pelaje gris verdoso y por su atezado rostro. Suspendidos por la cola colúmpianse unos, en tanto que otros saltan de rama en rama, llevando en brazos á sus pequeñuelos.

Jamás el fusil mortífero sembró el espanto en estos hijos de la naturaleza; sólo se escuchan gritos de alegría, gorjeos y trinos nunca oídos de aves de las regiones australes, gorjeos y trinos que los ecos de las selvas lejanas se complacen en repetir. El río, que corre borboteando sobre su lecho de rocas á través de la espesura, refleja acá y allá venerables masas de su verdor y de su umbría, á la par que los juegos de sus sencillos habitadores. No á mil pasos de distancia se precipita de peña en peña, formando á su caída una sábana de límpido cristal, que viene al fin á quebrarse en hervideros de blanquísima espuma.

De sus tumultuosas aguas salen mil ruidos confusos que, dispersados por los vientos, ora se acercan ensordecedores, ora se alejan como sones de campanas de augusta catedral.

El aire, renovado incesantemente por el vaivén de

las aguas, conserva en las márgenes, aun en lo más riguroso del estío, tal verdor y tal frescura que rara vez da de sí esta isla, ni aun en sus cumbres más elevadas.



Á poca distancia de aquel lugar se alza una roca bastante lejana de la cascada para que no aturda el estruendo de sus aguas y bastante próxima para que se disfrute de su vista, de su murmullo y de su frescura. Cuando arrecian los grandes calores íbamos á las veces la señora de La Tour, Margarita, Virginia, Pablo y yo á

comer á su sombra. Virginia, atenta siempre al bien del prójimo, nunca comía fruta en el campo sin plantar en la tierra los huesos ó las pepitas: «de ahí, decía, brotará un árbol que proporcione alimento á algún viajero ó cuando menos á un ave.»

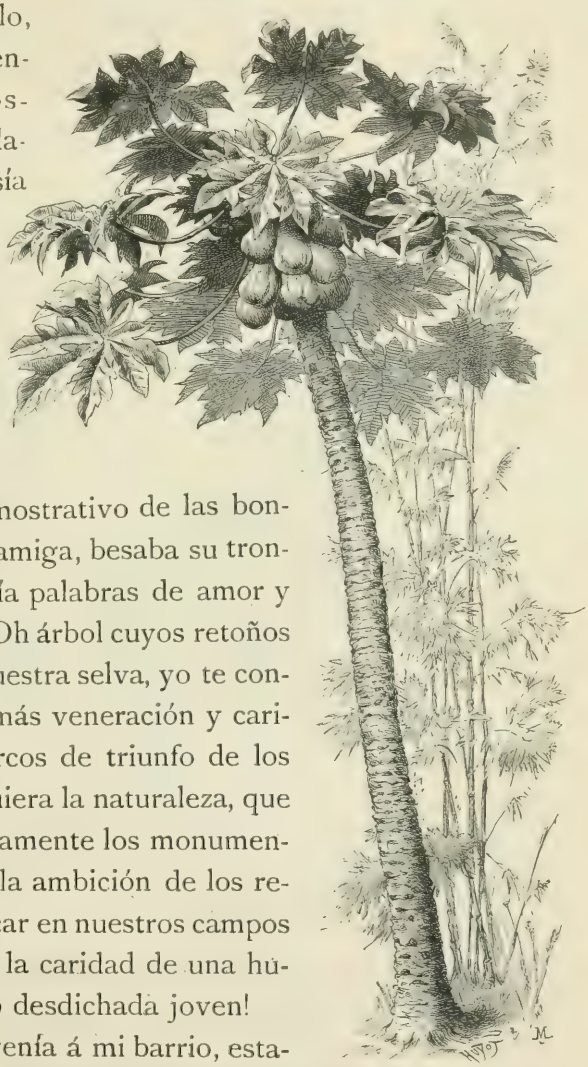
Un día en que la joven había comido una papaya al abrigo de dicha roca, enterró sus semillas, saliendo al poco tiempo varios papayos, uno de los cuales era hembra, es decir, portadora de fruto. Cuando se partió Virginia, no llegaba el árbol á sus rodillas; mas como es de crecimiento tan rápido, dos años después medía su tronco veinte pies de altura, viéndose además rodeado en su parte superior por racimos de sazonado fruto.

Pablo pasó al acaso por aquel lugar, regocijándose á la vista del corpudo árbol que en presencia suya plantara su buena amiga, pero entristeciéndose á la vez ante aquel mudo testimonio de su larga ausencia.

Los objetos que vemos á la continua no nos advierten de lo fugaz de nuestra existencia, puesto que van envejeciendo á la par que nosotros, con vejez insensible; pero los que reaparecen de improviso después de transcurrido algún tiempo nos advierten del rápido curso de nuestros días.

Tan sorprendido, tan turbado quedó Pablo al ver aquel papayo coronado de fruto, como el viajero que tras larga ausencia regresa á su país, busca en vano á los compañeros de su infancia, y ve en cambio á los hijos de éstos que dejó pendientes de los pechos mater-

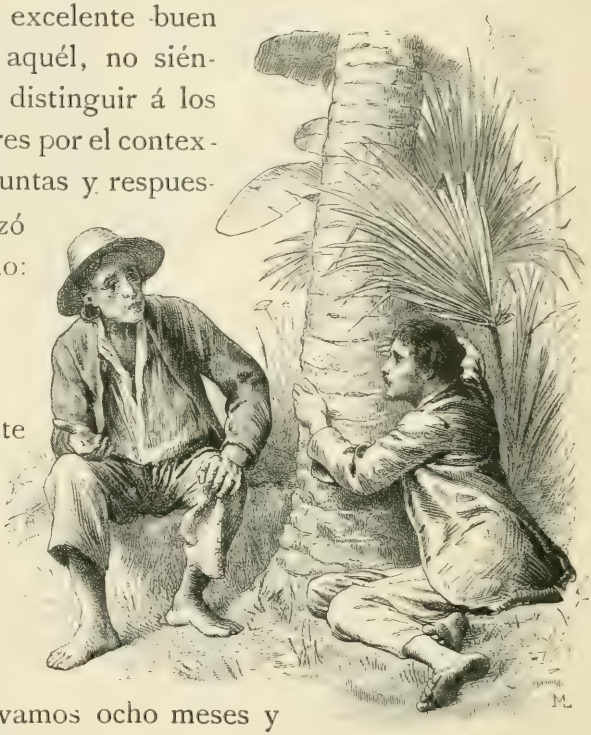
nales, convertidos en padres de copiosa prole. Ora quería derribarlo, pues su presencia le demostraba á las claras la demasía del tiempo transcurrido desde que partió Virginia; ora, por estimarlo monumento demostrativo de las bondades de su amiga, besaba su tronco y le dirigía palabras de amor y de ternura. ¡Oh árbol cuyos retoños pululan en nuestra selva, yo te contemplo con más veneración y cariño que los arcos de triunfo de los romanos! ¡Quiera la naturaleza, que destruye lentamente los monumentos hijos de la ambición de los reyes, multiplicar en nuestros campos los debidos á la caridad de una humilde cuanto desdichada joven!



Si Pablo venía á mi barrio, estaba yo seguro de encontrarle al pie de aquel papayo. Allí le hallé un día agobiado de pena, y con él tuve

una conversación que voy á transmitiros, si no os enfadan mis largas digresiones, disculpables, por otra parte, en razón de mi edad y de llevar en sí recuerdos de mis últimas amistades.

He de contarla en forma dialogada, que así podréis juzgar del excelente buen criterio de aquél, no siéndoos difícil distinguir á los interlocutores por el contexto de preguntas y respuestas. Comenzó de este modo:



PABLO

¡Cuán triste estoy! Van á cumplir dos años y dos meses que de aquí partió Virginia, y llevamos ocho meses y medio sin la menor noticia suya. Rica ella, yo pobre, debe de haberme olvidado. Siento ansia de embarcarme, llegar á Francia, servir al rey, hacer fortuna: la tía de la señorita de La Tour me concederá la mano de su sobrina, cuando me vea hecho un gran señor.

EL ANCIANO

¡Oh buen amigo!, ¿no me has dicho que eres de ignorada cuna?

PABLO

Así me dijo mi madre; mas á fe que no lo entiendo, ni hallo diferencia alguna en este punto entre los demás y yo.

EL ANCIANO

Esta falta, aunque tuya no sea, te inhabilita en Francia para el desempeño de los grandes empleos. Más aún: en ningún cuerpo distinguido se te admitirá.

PABLO

¡Cuántas veces os he oído decir que una de las causas del esplendor de Francia estribaba en que el más obscuro ciudadano podía escalar los puestos más encumbrados; citándome no pocos hombres de humilde cuna que lo han conseguido! ¿Os proponéis acaso desalentarme?

EL ANCIANO

No en verdad, hijo mío. Díjete lo que ocurría en tiempos pasados: hoy las cosas han cambiado mucho:

todo es venal en Francia, todo es en ella patrimonio de corto número de familias ó de institutos determinados. El rey es á modo de sol que los grandes y las corporaciones circuyen; ¿cómo es posible que uno de sus rayos llegue hasta ti? En otros tiempos, con una administración menos complicada, aquel fenómeno ha tenido lugar. Entonces el talento y el mérito se desarrollaban doquiera, cual tierras vírgenes que rotas por el arado producen frutos opimos; pero grandes monarcas que sepan conocer y elegir á sus ministros, en verdad, escasean; déjanse, de ordinario, arrastrar por los magnates y por las personalidades que les rodean y les adulan.

PABLO

¿Mas quién me dice que no he de encontrar uno de esos grandes que me proteja?

EL ANCIANO

Para alcanzar tal protección es fuerza convertirse en ciego instrumento de sus ambiciones ó de sus placeres, y tú no la lograrás nunca; que, sobre ser bastardo, eres probo.

PABLO

Sí, pero realizaré tan heroicas acciones, seré tan fiel á mi empeñada palabra, tan puntual en el cumplimien-

to de mis deberes, tan firme en mis amistades, que he de merecer el favor de su adopción, como ocurría en antiguos tiempos, según se relata en las historias que vos mismo me habéis dado á leer.

EL ANCIANO

¡Ay, amigo del alma! Entre los griegos y entre los romanos, aun en las épocas de su decadencia, los poderosos respetaban la virtud; pero ha habido en la actualidad buen número de hombres célebres salidos de las capas populares, y no sé de uno solo que haya sido adoptado por un magnate. Excepción hecha de nuestros monarcas, la virtud es en Francia patrimonio de la plebe. Algunas veces la honoran cuando se les presenta delante; mas las distinciones que antes se le tributaban suelen hoy concederse al dinero tan sólo.

PABLO

Á falta de un grande, procuraré abrirme paso, captarme las simpatías de una corporación; me identificaré con su espíritu, con sus ideas; haré cuanto sea necesario para que me quieran.

EL ANCIANO

¡Cómo!, ¿harás acaso como los demás?, ¿acallarás tu conciencia, ganoso de fortuna?

PABLO

No temáis: la verdad será siempre mi norma.

EL ANCIANO

¡Quién sabe si buscando el amor darás con el odio! Piensa que las asociaciones se preocupan poco del conocimiento de la verdad. Como consigan el poder, toda opinión les es indiferente.

PABLO

Soy ciertamente muy desgraciado; todo va en contra mía; me veo condenado á pasar mi vida en la obscuridad, lejos de Virginia. (Aquí suspiró profundamente.)

EL ANCIANO

Sea Dios tu única alma, y el género humano tu único cuerpo. Adhiérete fuertemente al uno y al otro. Familias, corporaciones, pueblos y reyes, todos tienen sus prejuicios, sus pasiones propias, y á veces hay que servirles mediante el vicio, cuando Dios y el género humano nos demandan virtudes tan sólo. ¿Á qué pretender distinguirse del resto viviente? Tal sentimiento no es natural, que si lo fuera nos hallaríamos en guerra continua con nuestros semejantes. Conténtate con

cumplir con tu deber en el puesto en que te ha colocado la Providencia: bendice tu suerte, que te permite tener conciencia libre, sin cifrar, como los grandes, tu dicha en la opinión de los pequeños, ni tener, como éstos, que arrastrarte hasta mendigar el favor de los primeros. Te hallas en un país y en situación tal en que para tu subsistencia no has de recurrir al engaño ni á la lisonja, ni envilecerte como gran parte de los que en Europa van en persecución de la fortuna. Así te es llano el ejercicio de las virtudes, y puedes abiertamente ser bueno, franco, sincero, instruído, paciente, sobrio, casto, indulgente y pío, sin que la burla venga á marchitar en flor tu sabia conducta. Libertad, salud, amigos excelentes y conciencia tranquila, dones son que el cielo te ha concedido; los reyes cuyos favores ambicionas tanto, no gozan ciertamente de tamaña dicha.

PABLO

Pero me falta Virginia; sin ella nada tengo, con ella todo. Es mi vida, mi gloria, mi opulencia, y puesto que su parienta quiere darle por esposo persona de alto timbre y que con el trato de los libros se alcanza sabiduría y renombre, voy á lanzarme á su estudio; adquiriré ciencia; seré, con mis propias luces, útil á la patria; sin menoscabo ni dependencia de nadie, llegaré con el tiempo á ser famoso, y mía será toda la gloria adquirida.

EL ANCIANO

La sabiduría es, hijo mío, aún más rara que la nobleza y el oro; aunque constituya el mayor bien, pues nadie puede desposeernos de ella y merece pública estimación, ¡cuán cara cuesta! Consíguese tan sólo merced á privaciones sin cuento, á una sensibilidad exquisita que causa nuestro quebranto, acrecido no poco por la persecución de nuestros émulos. El literato desdeña en Francia la gloria del soldado, el militar la del marino; mas unos y otros se interpondrán en tu camino, que todos se precian de talento. ¿Pretendes ser útil á los hombres? Pues bien: piensa que el que hace producir á un campo una gavilla más de trigo, trabaja más en su pro que el que produce un libro.

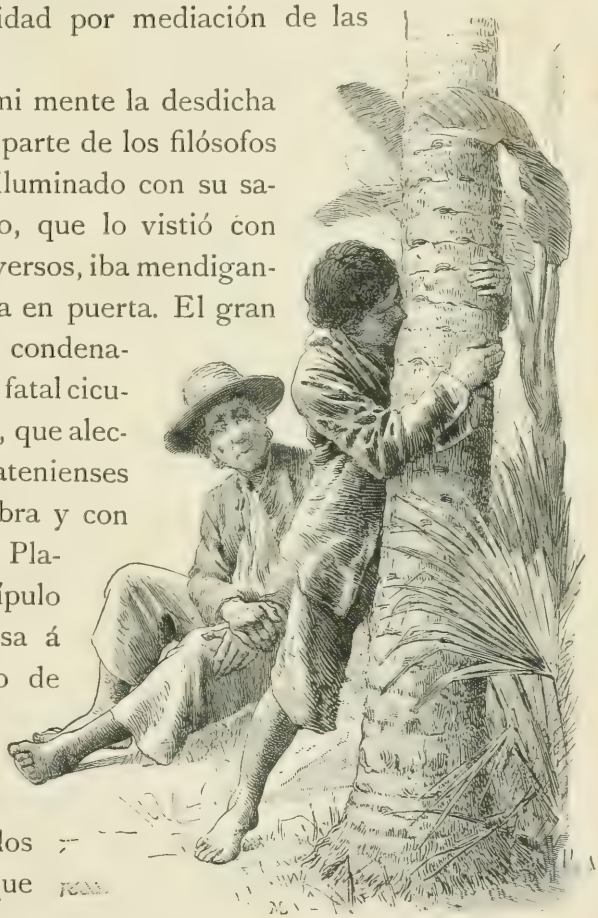
PABLO

¡Oh! Entonces la que sembró este papayo ha hecho á los habitantes de estas selvas mayor bien que si les hubiese donado una biblioteca. (Al decir lo cual abrazóse al árbol, besándolo con transporte.)

EL ANCIANO

El mejor de los libros, el que sólo predica la igualdad, el amor al prójimo, la amistad y la paz, el Evangelio, ha servido durante siglos de pretexto á los cruentos furores de Europa; ¡cuántas tiranías públicas y pri-

vadas se ejercen aún hoy en su nombre sobre la tierra! Sabido lo cual, ¿quién podrá vanagloriarse de ser útil á la humanidad por mediación de las letras?



Acude á mi mente la desdicha de la mayor parte de los filósofos que la han iluminado con su saber. Homero, que lo vistió con tan galanos versos, iba mendigando de puerta en puerta. El gran Sócrates es condenado á beber la fatal cicuta; ¡Sócrates, que aleccionó á los atenienses con su palabra y con su ejemplo! Platón, su discípulo sublime, pasa á ser esclavo de orden del príncipe su protector, y antes que ellos Pitágoras, que concedía condición humana hasta á los animales, es entregado á las llamas por los crotoniatas. ¿A qué proseguir? La mayor parte de tan ilustres personajes han llegado á nosotros desfigurados por rasgos satíricos que los carac-

terizan y por los cuales la ingratitud humana se complace en reconocerlos; y si entre tantos la gloria de unos pocos arribó limpia hasta nuestra era, débese á la distancia de tiempo que la separa de quienes los dieron á conocer, semejantes á las estatuas descubiertas en campos de Grecia y de Italia, que por el hecho de su enterramiento lograron escapar de las iras de la barbarie.

Considera, pues, cuánta virtud y cuánto sacrificio de la vida se requieren para adquirir la tempestuosa gloria de las letras. Por otra parte, ¿crees acaso que los ricos se interesan en Francia por dicha gloria? Poco se curan de los escritores á quienes su talento no proporcione ni dignidades, ni cargos, ni entrada en la corte. En siglo de tan grande indiferencia sólo la fortuna y los placeres son perseguidos, que á nada conducen la virtud y el saber donde todo es objeto de humano comercio. La Iglesia y la Magistratura ofreciéronles retribuídos puestos en otro tiempo, hoy únicamente se ocupan en

hacer libros. Frutos son estos, que aunque poco estimados de las gentes, son siempre dignos de su celeste origen; que á ellos está reservado el dar brillantez á la virtud obscura, el consuelo de los tristes, la instrucción de los pueblos y el derecho de decir la verdad á los mismos reyes: es la función más augusta con que el cielo honora á un ser sobre la tierra. ¿Qué mortal no se consuela de las injusticias y desdenes de los que nadan en la opulencia, con sólo pensar que su libro irá de siglo en siglo y de nación en nación siendo valladar del error, freno de los tiranos, y que del seno de la obscuridad en que ha vivido ha de surgir un destello luminoso que haga palidecer la gloria de no pocos reyes cuyos monumentos son llamados á perecer en el olvido, á pesar de los aduladores que los levantaron y ensalzaron?

PABLO

Mi ambición de gloria se limita á Virginia, á la que quisiera ver adorada por el universo entero: mas vos que tanto sabéis, decidme: ¿nos casaremos Virginia y yo algún día? Desearía ser sabio, siquiera para conocer este punto de lo porvenir.

EL ANCIANO

¿Quién, hijo mío, se conformaría con la vida si lo conociese? Si una desgracia dudosa nos causa tan vivas inquietudes, ¡cómo emponzoñaría nuestra existencia la

previsión de un mal irremediable! No debemos ahondar en lo que nos rodea; que sabio el cielo, si nos dió reflexión para anticiparnos á nuestras necesidades, diónos también necesidades que pusieran coto á nuestra reflexión.

PABLO

Puesto que afirmáis que dignidades y honores se alcanzan con dinero, iré á Bengala, allí me enriqueceré, pasando después á París para desposarme con Virginia.

EL ANCIANO

¡Abandonando así á tu madre y á la suya!

PABLO

Vuestro es el consejo de que me traslade á las Indias.

EL ANCIANO

Virginia hallábase entonces aquí; hoy eres el único sostén de ambas familias.

PABLO

Ella las socorrerá por mediación de su rica parienta.

El anciano

Los ricos protegen únicamente á los que pueden darles honor en la sociedad. Allegados más dignos de lástima aún que la señora de La Tour, al verse desatendidos por ellos, sacrifican su libertad y, por no carecer de un pedazo de pan, se encierran de por vida en un convento.

Pablo

¡Desgraciada Europa! Es forzoso que Virginia la abandone cuanto antes; ¿qué necesidad tiene de esa parienta rica? Contenta se hallaba aquí en su chocita; tan hermosa llevando por único adorno un pañuelo rojo en sus hombros y unas cuantas flores en su cabeza. ¡Vuelve, Virginia, vuelve; da un adiós á tus palacios y á tus magnificencias; torna á estas breñas, á la sombra de las selvas y de nuestros cocoteros! ¡Ay de mí!, quizá eres desgraciada... (Y se echaba á llorar). No me ocultéis nada, buen anciano; si no podéis asegurarme si me desposaré ó no con ella, decidme al

menos si me guarda amor en medio de esos grandes personajes que tratan al rey y que van á visitarla.

EL ANCIANO

Varias razones me inclinan á pensar que Virginia te es fiel; una sobre ellas, su virtud.

(A tales palabras abrazóse á mi cuello, ebrio de alegría.)

PABLO

¿Opináis acaso que la mujer europea es falsa, como figura en las comedias y libros que me habéis dado á leer?

EL ANCIANO

La mujer es falsa dondequiera que el hombre la tiraniza. La violencia engendra la astucia.

PABLO

¿Cómo puede tiranizarse á la mujer?

EL ANCIANO

Casando, sin consultarlas siquiera, á una joven con un viejo; á una toda sensibilidad, con un hombre indiferente.

PABLO

¿Por qué no enlazar á los de igual condición, jóvenes con jóvenes, amantes con amantes?

EL ANCIANO

Porque en Francia los jóvenes no tienen fortuna suficiente para contraer matrimonio, y cuando llegan á adquirirla son ya viejos. Jóvenes, ponen asechanzas á la mujer del prójimo; ancianos, no logran captarse el cariño de sus esposas. Engañaron en su edad juvenil y son á su vez engañados en la senectud: reacción evidente de la justicia universal que gobierna el mundo, donde un exceso es siempre causa de otro exceso: por tal sistema pasan los europeos la vida en doble desorden, el cual crece y crece á medida que la riqueza va acumulándose en pocas manos. Parécese el Estado á un jardín en que los árboles no logran prevalecer si los grandes les dan excesiva sombra, con la diferencia de que puede un jardín ser bello con reducido número de árboles corpulentos, mientras que la prosperidad de una nación depende de la igualdad y multitud de sus súbditos, no de un contado número de poderosos.

PABLO

Pero ¿es preciso ser rico para casarse?

EL ANCIANO

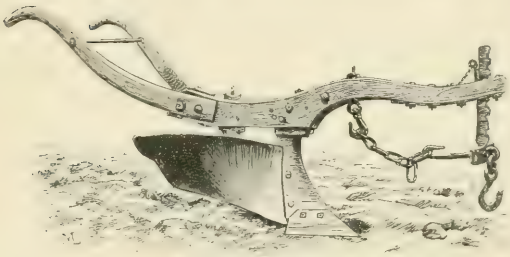
Si se quiere pasar la vida ociosa y regaladamente.

PABLO

¿Y por qué no trabajar? ¡Bien lo hago yo!

EL ANCIANO

El trabajo manual tiénese por deshonroso en Europa; llámasele trabajo mecánico, siendo el del campo el más menospreciado. Un artesano se halla en más estima social que el que labra la tierra.



PABLO

¡Cómo!, ¿la ocupación que produce el sustento del hombre, vilipendiada en Europa? No acierto á comprenderlo.

EL ANCIANO

Es punto menos que imposible que comprenda las depravaciones sociales el que ha sido criado á los pe-

chos de la madre naturaleza. Concíbese el orden, no el desorden; que la belleza, la virtud y la dicha tienen módulos de que carecen la fealdad, el vicio y el infortunio.

PABLO

¡Cuán felices deben de ser los ricos! Ningún obstáculo se les opone y pueden derramar á manos llenas la dicha sobre los seres queridos.

EL ANCIANO

Así sería si no estuvieran gastados por los mismos goces que á tan poca costa se proporcionan. ¿No has observado que el placer del sueño se compra con la fatiga, el de comer con el hambre, y con la sed el de la bebida? Así el de amar y ser amado sólo se consigue con sacrificios y privaciónes sin cuento. La riqueza, al satisfacer rápidamente las necesidades del poderoso, le priva de todo placer. Á ello añade el fastidio que sigue á la saciedad, el orgullo hijo de la opulencia, la molestia de la privación más insignificante, y comprenderás que no les llenen los más refinados placeres. El perfume de mil rosas sólo agrada un instante, y dura en cambio largo tiempo el dolor causado por la más leve de sus espinas.

Espina es entre flores cualquier contratiempo en medio de los halagos del poderoso, como flor entre espinas toda ventura entre los menesteres del pobre:

por ello la saborea con deleite infinito. Todo está compasado en la naturaleza, donde crecen los efectos por virtud del contraste. Ahora bien; si te diesen á elegir, ¿qué preferirías? ¿No esperar nada y temerlo todo, ó, sin temor alguno, estar lleno de esperanzas? Aquél es el estado de los ricos, éste el de los pobres; difíciles de soportar uno y otro, la verdadera felicidad consiste en su medio y se basa en la virtud.

PABLO

¿Qué entendéis, pues, por virtud?

EL ANCIANO

Quien como tú sostiene á su familia con el trabajo de sus manos, no tiene necesidad de definiciones. Virtud es toda mortificación propia hecha en provecho ajeno, con el solo fin de ser agradable á Dios.

PABLO

Siendo así, ¡oh!, ¡cuán virtuosa es Virginia! Su virtud la ha movido á ser rica para poder ser bienhechora; por verdadera virtud ha dejado esta isla; la misma virtud la volverá á ella.

La idea de su próximo regreso, al inflamar la imaginación del joven, disipaba todas sus inquietudes. Si

Virginia no había escrito, era que estaba á punto de llegar. ¡Se necesitaba tan poco tiempo para la travesía de Europa con vientos favorables! Y poníase á enumerar los buques que la habían realizado en menos de tres meses; de seguro que el buque en que navegó Virginia no empleó dos siquiera. Pues ahí es nada la pericia de los modernos constructores de buques y la destreza de los marinos. Hablaba luego de las mejoras que se proponía hacer para recibirla dignamente, de la edificación de una nueva choza para entrambos, de las sorpresas y juegos con que continuamente la divertiría cuando fuese su esposa... ¡Su esposa! Esta idea le arrebataba.

«Por de contado, solíame decir, vos ya no trabajaréis más que por puro entretenimiento; que con el caudal que traiga Virginia, negros han de sobrar que laboren vuestras tierras: no os separaréis nunca de nuestro lado, distraeros y regocijaros será nuestra única ocupación;» y corría á comunicar á los suyos su extremado gozo.

Mas ¡ay!, suceden en breve intervalo los temores á las esperanzas, y obra es de la pasión lanzar al alma á bien opuestos términos. Desde el siguiente día al en que sostuvimos el mentado diálogo, Pablo menudeaba sus visitas y solía decirme:

—Virginia no me escribe. Si hubiese salido de Europa, lo hubiera participado. ¡Ay!, cuanto de ella se ha dicho es tristemente cierto; su tía la ha dado en matrimonio á un gran señor. Como á tantas otras, el afán de

riqueza la ha perdido. En estos libros que tan buena pintan á la mujer, la virtud es pura imaginación. Á ser Virginia virtuosa, no habría abandonado á su madre ni á mí. Paso yo mis días pensando en ella y ella me olvida; yo me aflijo en tanto que allá se divierte. Tal pensamiento me desespera; el trabajo me molesta, la sociedad me enfada; ¡ojalá estallase la guerra en la India! Allí volaría á encontrar segura muerte.

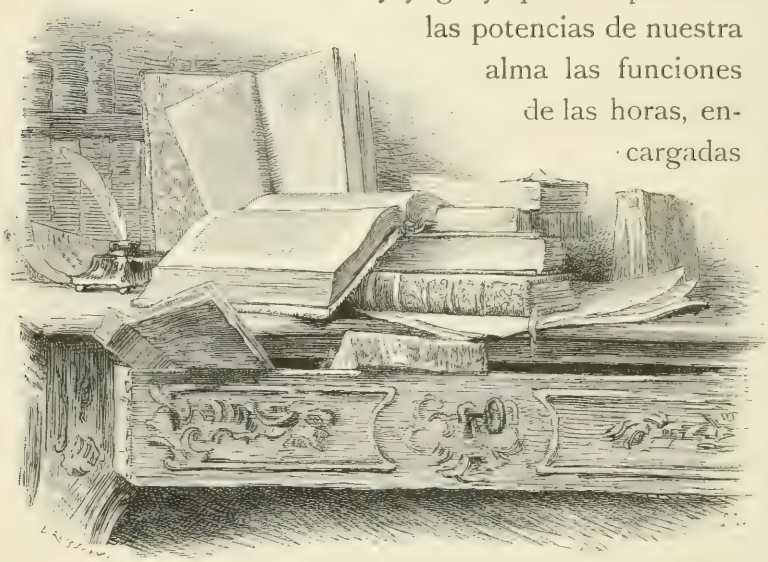
– Hijo mío, interrumpíle, el valor que nos lanza á morir es fugaz y no suele tener otro móvil que el vano aplauso de las gentes. Otro valor hay menos común y más necesario, que, sin testigos ni elogios, nos hace soportar á diario las múltiples contrariedades de la vida; la paciencia, basada, no en la opinión de los demás, ni en el ímpetu de la pasión, sino en la volun-

tad del Criador. La paciencia es el valor de la virtud.

– En verdad, en verdad, exclamó, carezco de tal virtud, pues todo me abruma, todo me desespera.

– La virtud inmutable, constante y siempre igual no es, añadí, patrimonio del hombre: obscurécese nuestra mente y se enturbia en razón á las pasiones que la combaten, y sólo cabe reanimarla acudiendo á esplendentes faros: las letras. Las letras son, hijo mío, bendición de lo alto, destello de la sabiduría que gobierna los mundos y que el hombre, por inspiración celeste, ha aprendido á fijar en la tierra. Semejantes á los rayos del sol, calientan, iluminan y regocijan. Fuego divino, utilizan, como el fuego, la naturaleza entera en provecho nuestro, reuniendo en apretado espacio lugares y tiempos, hombres y cosas. Constriñen nuestra conducta á las reglas de la humana existencia, calman nuestras pasiones, reprimen nuestros vicios y nos avivan la virtud con el ejemplo de augustos varones cuyas vidas é imágenes ensalzan, presentándolas nimbosas á nuestra emulación y acatamiento. Verdaderas hijas del cielo, descendidas á la tierra para endulzar los males del linaje humano, los grandes escritores á quienes inspiran, han siempre aparecido en tiempos difíciles para la sociedad, en épocas de depravación ó de barbarie. ¡A cuántos hombres más infortunados que tú han consolado! A Jenofonte en el ostracismo, después de haber reconducido á su patria diez mil griegos; á Escipión *el Africano*, harto ya de las calumnias de Roma; á Lúculo, de sus intrigas; á Cati-

nat de la ingratitud de la corte. El ingenio de los griegos había repartido á cada una de las musas protectoras de las letras una parte de nuestro entendimiento para que lo gobernaran; de igual suerte debemos darles á regir nuestras pasiones para que les impongan freno y yugo y que cumplan con las potencias de nuestra alma las funciones de las horas, encargadas



de enganchar y conducir los caballos del sol. Los sabios que nos legaron sus obras, viajeros son que nos han precedido en la senda del infortunio y que nos tienden la mano invitándonos á unirnos á ellos, cuando todo nos abandona. Un buen libro es un buen amigo.

—¡Ah!, exclamaba Pablo; ninguna necesidad sentía de lectura estando aquí Virginia. No sabía ella más que yo, pero á una mirada suya mis pesares huían.

—Grata es, en verdad, la compañía de la mujer

amada, que hay en toda mujer un encanto suave que disipa las tristezas del hombre, una gracia que desvanece los negros fantasmas de su mente, la confianza y el atractivo brillan en su rostro. ¿Qué gozo no se acrecienta con su gozo? ¿Qué cólera resiste á su llanto? Volverá Virginia con más buen sentido que el que muestras, y se sorprenderá al ver descuidado su jardín, ella que, á pesar de las persecuciones de que es objeto, lejos de su madre y de ti, no sueña más que en su embellecimiento.

De nuevo, el pensamiento del pronto regreso de Virginia le reanimaba, y Pablo volvía á sus ocupaciones campestres, feliz en medio de sus angustias, al encaminar su obra á fin tan harmónico con su pasión.

Cuando alboreaba la mañana del 24 de diciembre de 1744, divisó Pablo, al levantarse, enarbolada una blanca bandera en la mota de la Atalaya, señal de hallarse á la vista un buque en alta mar. Presuroso corrió al puerto para averiguar si traía nuevas de su amada, permaneciendo allí hasta la vuelta del práctico, quien regresó ya bien anochecido. Dijo éste al gobernador que el buque señalado era el «San Gerando,» de setecientas toneladas de porte, su capitán un tal Aubín, y que se hallaba á cuatro leguas de la costa, proponiéndose entrar en Puerto-Luis al mediodía siguiente, si el viento le era favorable, pues á la sazón reinaba profunda calma. Hizo además entrega al gobernador de las cartas que el buque traía de Francia, entre las cuales una, con letra de Virginia, para la señora de

La Tour. Arrebatóla Pablo, besóla con transporte, púsola en su seno y corrió desalado á su vivienda.

No bien divisó á su familia, que ya en la peña del Adiós le esperaba impaciente, sin poder articular palabra, alzó la carta en el aire, con lo cual todos se reunieron en torno de la señora de La Tour para escuchar su contenido. Refería en ella el mal trato de parte de la hermana de su abuela recibido; que pretendió casarla contra su voluntad; que la había desheredado en consecuencia, y que por fin la despidió, obligándola á embarcarse en época en que llegaría á Puerto-Luis cuando reinan los grandes huracanes. «En vano, añadía, he procurado enternecerla al recuerdo de lo mucho de que era deudora á mi madre y en atención á mis pocos años; tratóme de hija desnaturalizada y de cabeza echada á perder por la lectura de novelas.» Terminaba diciendo que su aspiración única era la de abrazar á su querida familia, y que hubiera satisfecho tan ardiente deseo aquel mismo día, á haberle permitido el capitán que se embarcara en la chalupa del práctico; mas se había opuesto á ello por lo lejos que de tierra se hallaban y reinar mar gruesa, á pesar de la calma de los vientos.

No bien fué leída la carta, locos de alegría, exclamaron todos:

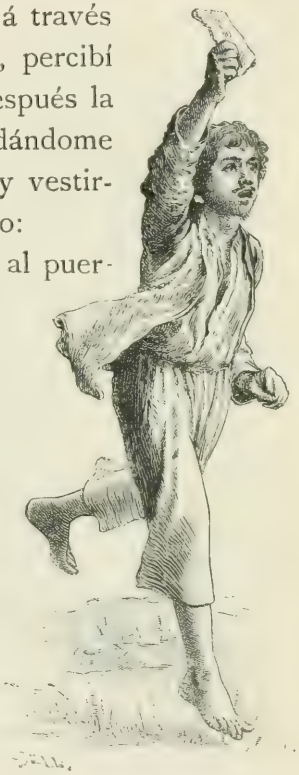
– ¡Virginia ha llegado! ¡Virginia ha llegado!, abrazándose indistintamente amos y criados.

– Pablo, dijo la señora de La Tour, es preciso avisar á nuestro vecino el arribo de mi hija.

Domingo apresuróse á encender una antorcha de tea, saliendo entrambos para mi vivienda.

Serían las diez de la noche: acababa yo de acostarme y de apagar mi luz, cuando, á través de la empalizada de mi cabaña, percibí otra en la selva, y bien poco después la voz de Pablo que me llamaba: dándome apenas tiempo para levantarme y vestirme, saltó á mi cuello, exclamando:

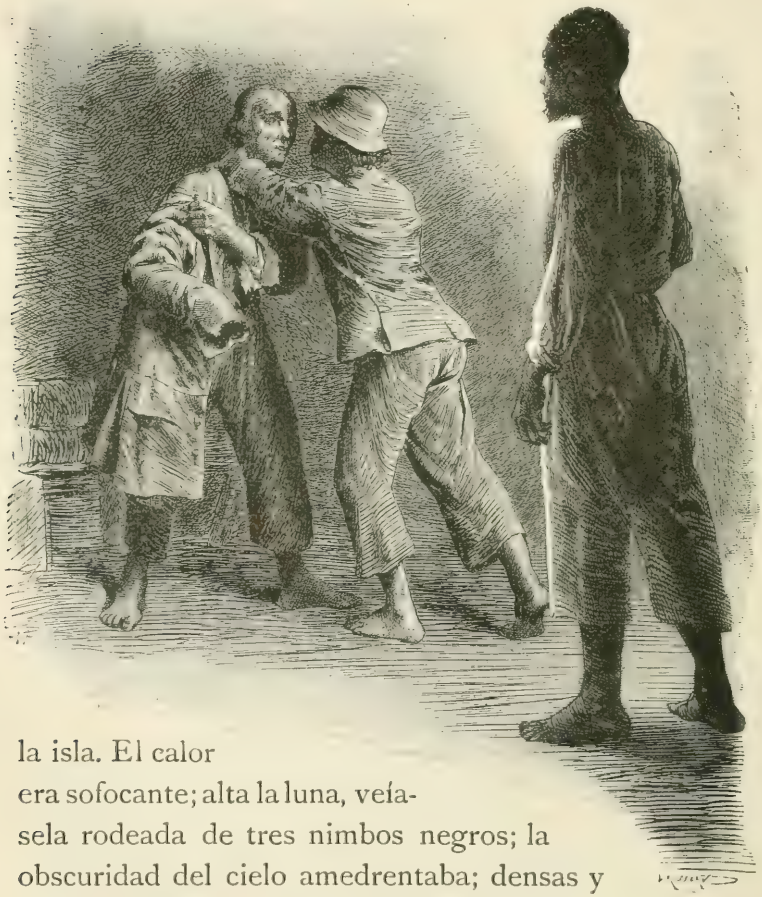
—¡Virginia ha llegado, vamos al puerto: el buque fondeará al amanecer!



Sin pérdida de momento emprendimos la marcha; y cuando nos internamos en el bosque de la Montaña Larga para tomar el camino que va de las Pamplemusas al puerto, oí detrás de mí un ruido: producíalo un negro caminando á grandes trancos. Al emparejar con nosotros, preguntéle de dónde venía y adónde con tanta precipitación se encaminaba. Contestóme que del barrio de la isla denominado «Polvos de Oro,» y que iba al puerto á notificar al gobernador que al redoso de la isla del Ambar, había un buque francés disparando cañonazos en demanda de auxilio, puesto que la mar estaba muy alterada; dicho lo cual, siguió con no menor priesa su camino.

—Vamos á Polvos de Oro al encuentro de Virginia, dije entonces á Pablo; sólo dista unas tres leguas.

Y nos encaminamos, en efecto, hacia el Norte de



la isla. El calor era sofocante; alta la luna, veíasela rodeada de tres nimbos negros; la obscuridad del cielo amedrentaba; densas y negruzcas nubes, en desordenadas huestes y como atizadas por los relámpagos, venían á condensarse rastreras en el centro de la isla con velocidad extraordina-

ria, aunque en tierra no se notase el menor hálito de aire. Á poco de andar, pareciónos oir el ruido del trueno; pero prestando más atento oído, comprendimos que eran estampidos de cañón repercutidos por el eco.

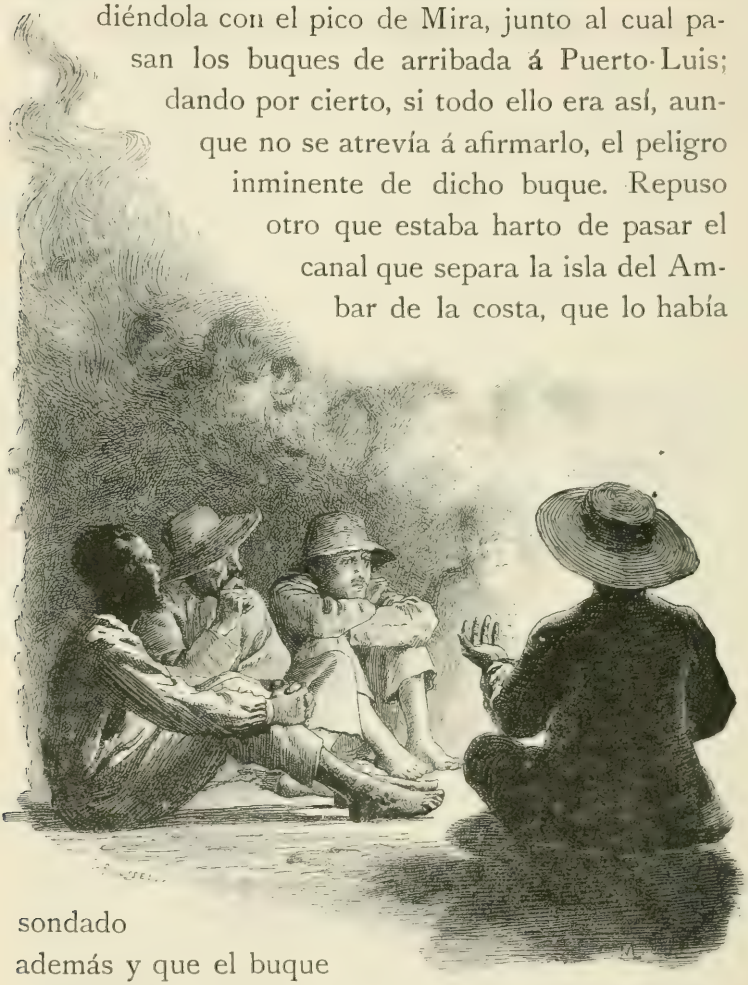
Confieso que aquellos golpes en lontananza, á una con el aspecto fúnebre del firmamento, me hicieron estremecer. Á la media hora cesó el cañoneo, quedando un silencio más temeroso aún que el ruido que lo precediera.

Sin pronunciar palabra ni osar comunicarnos nuestra zozobra, marchamos acelerando el paso de modo que á la media noche llegábamos á Polvos de Oro completamente bañados en sudor.

Vimos las olas estrellarse con estruendo inaudito, cubriendo rocas y playas de blanquísima y deslumbradora espuma; á su fosforescente luz distinguimos, á pesar de las tinieblas, las piraguas de los pescadores; bien internadas, por precaución, en la arena.

Á la entrada del bosque, no lejos de nosotros, había varios isleños en torno de una grande hoguera; allá nos dirigimos á descansar y á esperar el día. Al amor de la lumbre, uno de ellos refirió que por la tarde había visto un buque en alta mar arrastrado por las corrientes hacia la isla; que dos horas después de puesto el sol, en que ya no se le divisaba, disparó cañonazos de auxilio; pero que tal era la fuerza del oleaje, que había sido imposible botar al agua embarcación alguna en su socorro; que no creía equivocarse diciendo que había distinguido luego sus fanales encendidos,

y que en tal caso temía que se hubiese acercado á la playa y metido entre ella y la isla del Ambar, confundiéndola con el pico de Mira, junto al cual pasan los buques de arribada á Puerto-Luis; dando por cierto, si todo ello era así, aunque no se atrevía á afirmarlo, el peligro inminente de dicho buque. Repuso otro que estaba harto de pasar el canal que separa la isla del Ambar de la costa, que lo había



sondado además y que el buque se hallaba en completa seguridad como en el mejor puerto, pues su calado y abrigo no podían ser mejores.

— No tendría reparo alguno, añadió, en llevar á su

cubierta lo poco que tengo y echarme á dormir como si estuviera en tierra.

Un tercero expuso que creía imposible la entrada del buque en el canal, en el que las chalupas apenas podían navegar, asegurando haberlo visto anclar á espaldas de la isla del Ambar; de suerte que si el viento soplaba al amanecer, sería el capitán dueño de hacerse á la vela ó de ganar el puerto.

No fueron estas las únicas opiniones expresadas, y mientras las discutían, como suelen los criollos ociosos, guardábamos Pablo y yo el silencio más profundo.

Apareció por fin la mañana, pero con claridad escasa para que fuese dado distinguir objeto alguno sobre las aguas, cubiertas como se hallaban por sombríos crespones de nieblas: sólo á cosa de un cuarto de legua de la costa columbrábase una masa informe que nos dijeron ser la isleta del Ambar. Fuera de ella no se percibía más que el saliente de playa en que nos hallábamos, y acá y allá los picos de las montañas del interior de la isla asomando á intervalos sobre el manto de nubes que las circuían.

Las siete de la mañana serían cuando oímos del lado del bosque un ruido de atambores: era el gobernador, que llegaba á caballo, seguido de un piquete de tropa y no pocos colonos, entre ellos varios negros. El señor de La Bourdonnais dispuso que sus soldados disparasen en descarga cerrada desde la costa: inmediatamente distinguimos en el mar un vivo resplandor al que siguió un fuerte cañonazo, deduciendo que no se

hallaba lejos el buque, hacia el cual, una vez señalado, nos dirigimos apresuradamente.

Por entre la bruma se apareció bien pronto á nuestros ojos el casco y los palos de una hermosa embarcación, tan próxima que, no obstante el ruido de las olas,

distinguimos el silbato del contramaestre dirigiendo la maniobra y las voces de los marineros gritando tres veces «¡viva el rey!,» grito que lanzan los franceses, así en los grandes peligros como en las supremas alegrías, cual si llamasen al príncipe en su ayuda ó pretendiesen demostrarle que están prontos á morir por él.

El «San Gerando,» visto que estábamos en ánimos de acorrerlo, no cesó de disparar cañonazos de tres en tres minutos. El gobernador mandó encender grandes hogueras de trecho en trecho sobre la arena y envió á buscar á las casas vecinas víveres, tablas, cables y toneles vacíos, viéndose aparecer al poco tiempo gran golpe de paisanos con sus esclavos trayendo en hombros provisiones y jarcia. Procedían de los caseríos de Polvos de Oro, del arrabal de Flaque y del río del Baluarte.

Uno de ellos, acercándose al gobernador, le dijo en voz baja:

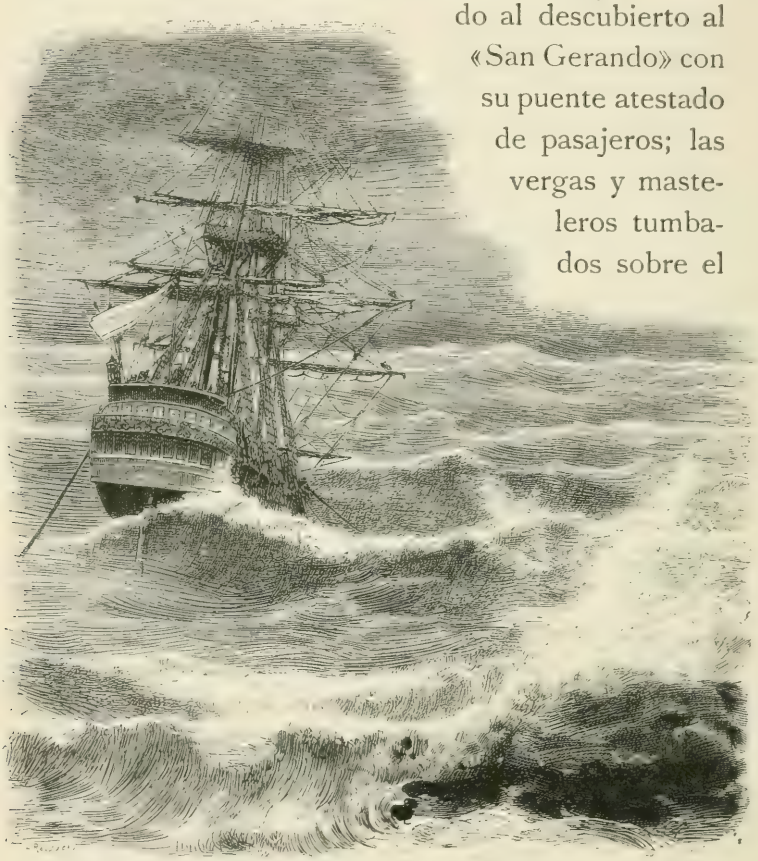
—Señor, en toda la noche no han cesado en la cordillera los ruidos sordos; las hojas se movían en la selva sin el impulso del viento; las aves marinas buscan la tierra, todo lo cual presagia un terrible huracán.

—No nos cogerá desprevenidos, repuso el señor de La Bourdonnais, y pienso que tampoco á los del buque.

Todo, en efecto, auguraba la proximidad de un ciclón; las nubes que se destacaban en el cenit tenían cobrizos los bordes y el centro de una negrura que ponía espanto: graznidos de cuervos, patos, fragatas, gaviotas y otras aves marinas, que acudían de diversos puntos del horizonte, á pesar de la obscuridad reinante, buscando refugio en la isla, ensordecían el aire.

Ya, alrededor de las nueve de la mañana, oyóse tan espantoso estrépito, que diríase que torrentes de agua revueltos con truenos se habían precipitado de las cum-

bres. A una voz exclamamos: «¡El huracán, el huracán!,» al tiempo que un torbellino poderoso arrebató la brumazón que cubría la isla del Ambar y el canal, poniendo al descubierto al «San Gerando» con su puente atestado de pasajeros; las vergas y masteleros tumbados sobre el



combés, su bandera á media asta, cuatro cables en la proa y otro de amarre en la popa.

Hallábase surto entre la isla del Ambar y la tierra, de parte acá de los arrecifes que rodean la Isla de

Francia, los cuales había logrado salvar hendiendo aguas jamás surcadas por buque alguno. Contrastaba su proa con las olas venidas de alta mar, y á cada golpe de mar que entraba por el canal alzábase por tal modo que descubría al aire la quilla, hundiéndose, en cambio, la parte de popa hasta desaparecer de la vista, como si se hubiese sumergido en el seno de los mares.

En tal situación, como el viento y el oleaje lo empujaban hacia la playa, le era tan imposible volver atrás su derrota como varar, picando cables, en la playa, de la que le separaban multitud de bajos coronados de arrecifes.

Olas tras olas venían á estrellarse en la costa, avanzando mugidoras hasta el fondo de las ensenadas y arrojando cantos á más de cincuenta pies tierra adentro, las cuales al retirarse luego, arrastraban consigo rotos guijarros, produciendo ronco y temeroso ruido.

El mar, azotado por el viento, embravecíase por instantes y todo el canal comprendido entre esta isla y la del Ambar no era más que una sábana blanca, surcada por profundas y negruzcas olas: arremolinábase la espuma en los senos de la costa, irguiéndose á algunos pies de altura; y el viento, barriendo su superficie, la arrastraba por cima de los repechos de la orilla, internándola más de media legua. Los albos vellones, corriéndose horizontalmente hasta el pie de las montañas, parecían copos de nieve vomitados por el Océano. Desprendíanse del horizonte, donde cielo y agua se confundían, nubarrones de horrible aspecto que atra-

vesaban el cenit con vuelo de pájaro, en tanto que otros permanecían inmóviles como ingentes rocas, signos, todo ello, de duradera tormenta. Tenue y amarillento resplandor iluminaba las cosas de la tierra, del mar y

del cielo, donde ni el más leve tachón azul se divisaba.

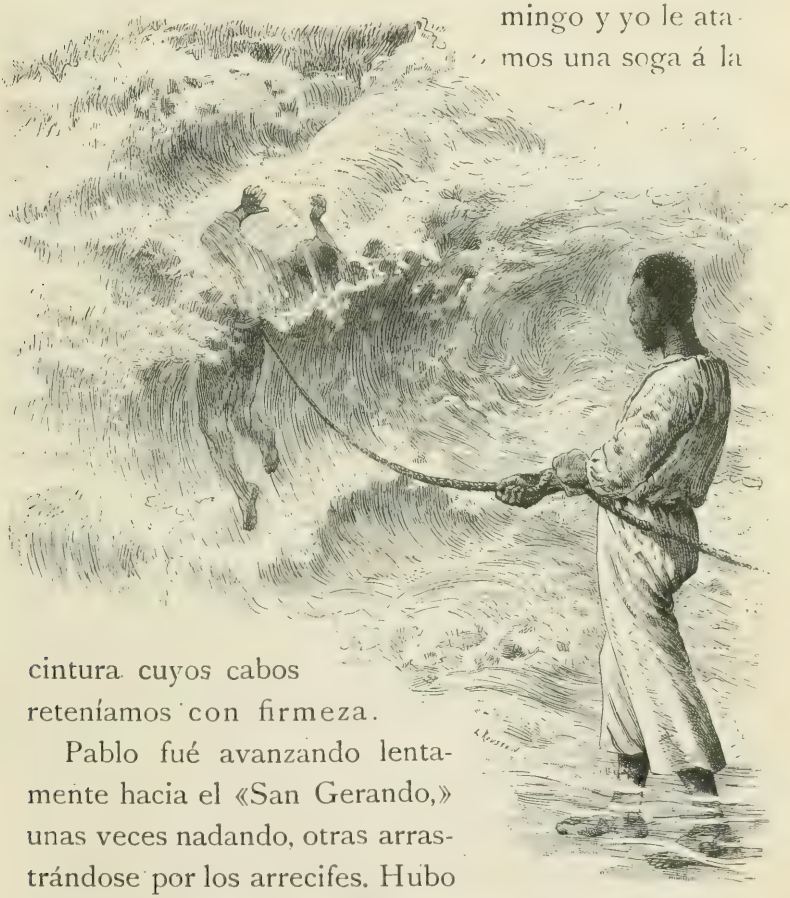
En uno de los cabeceos del buque ocurrió lo que era de temer: rompiéronse las amarras delanteras, y retenido tan sólo por la posterior, fué arrojado contra las peñas á medio cable de la orilla.

Un grito de dolor se escapó de todas las gargantas: Pablo hizo ademán de lanzarse á las olas.

– Vas á perecer, hijo mío, le dije deteniéndole.

– ¡Salvarla ó morir!, prorrumpió con desesperación.

Para evitar su muerte, al ver tan loco intento, Domingo y yo le atamos una soga á la



cintura cuyos cabos reteníamos con firmeza.

Pablo fué avanzando lentamente hacia el «San Gerando,» unas veces nadando, otras arrastrándose por los arrecifes. Hubo momentos en que le faltó poco para llegar al buque, pues el mar en sus descompasados movimientos lo dejaba tan en seco, que hubiera podido rodearlo casi á pie enjuto; mas á poco volvían las olas con renovada

furia, cubriéndolo con moles de agua que levantaban en alto la quilla y lanzando á Pablo á la playa, amortecido el pecho, sangrientas las piernas y poco menos que ahogado. Pero apenas recobraba el uso de sus sentidos, erguíase de nuevo, y con creciente audacia se lanzaba hacia aquel buque que ya las aguas comenzaban á entreabrir con sus violentas sacudidas. Los tripulantes, perdida la esperanza, precipitábanse atropelladamente al mar en vergas, tablas, jaulas y barricas.

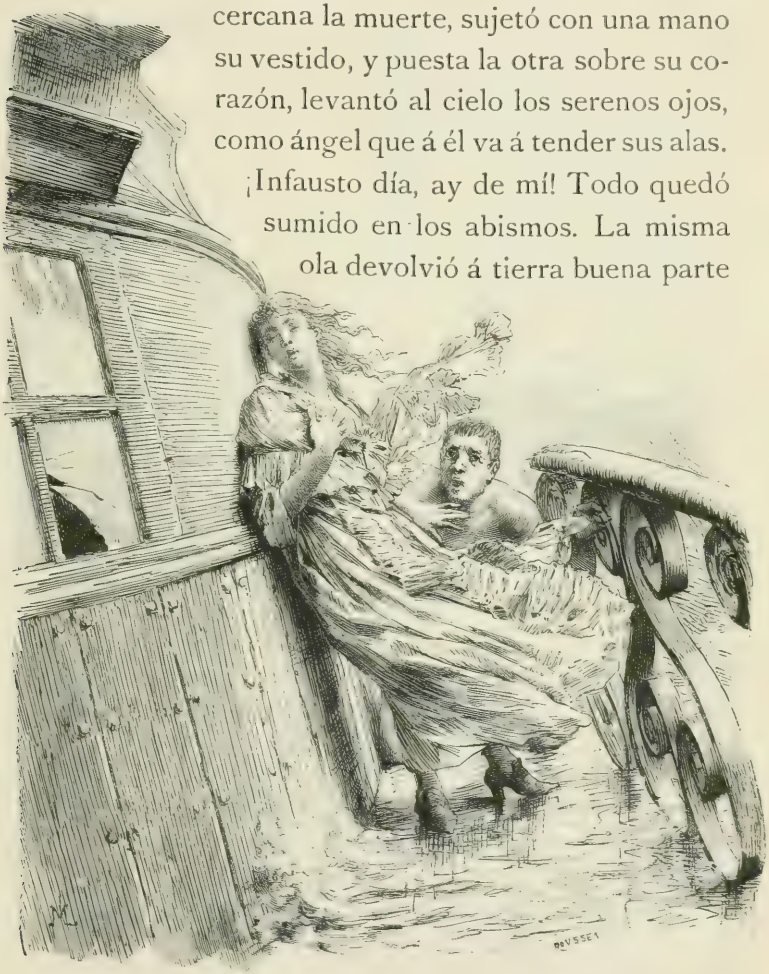
Entonces se produjo una escena digna de eterna recordación; en la obra muerta del «San Gerando» apareció una joven tendiendo los brazos hacia el que con tanto esfuerzo intentaba acercarse. Era Virginia, que había reconocido á su amante por su intrepidez. Á la vista de aquella encantadora criatura, tan en grave riesgo, el pesar y la zozobra se apoderaron de nuestro ánimo; con noble y sereno ademán movía la diestra mano, dándonos el eternal adiós.

Todos los marineros se habían ya echado al mar; uno solo quedaba sobre el puente: musculoso como un Hércules y completamente desnudo, acercóse respetuosamente á Virginia. Vímosle arrojarse á sus pies tratando de arrancarle los vestidos; mas ella, rechazándole dignamente, volvió á otro punto los ojos.

—¡Sálvala!, ¡sálvala!, ¡no la abandones!, gritamos á una todos los circunstantes.

Mas en aquel momento una espantosa mole de agua penetró entre la isla del Ambar y la costa; rugidora avanzó en dirección al buque, amenazándolo con sus

alas negras y espantosas crines. Ante tan fiero enemigo, el marinero echóse al mar, y Virginia, sintiendo cercana la muerte, sujetó con una mano su vestido, y puesta la otra sobre su corazón, levantó al cielo los serenos ojos, como ángel que á él va á tender sus alas. ¡Infausto día, ay de mí! Todo quedó sumido en los abismos. La misma ola devolvió á tierra buena parte



de los espectadores, que un arranque humanitario había hecho avanzar hacia Virginia, así como al marino que intentó salvarla á nado.

Escapado de casi segura muerte, exclamaba el infortunado, de hinojos en la arena:

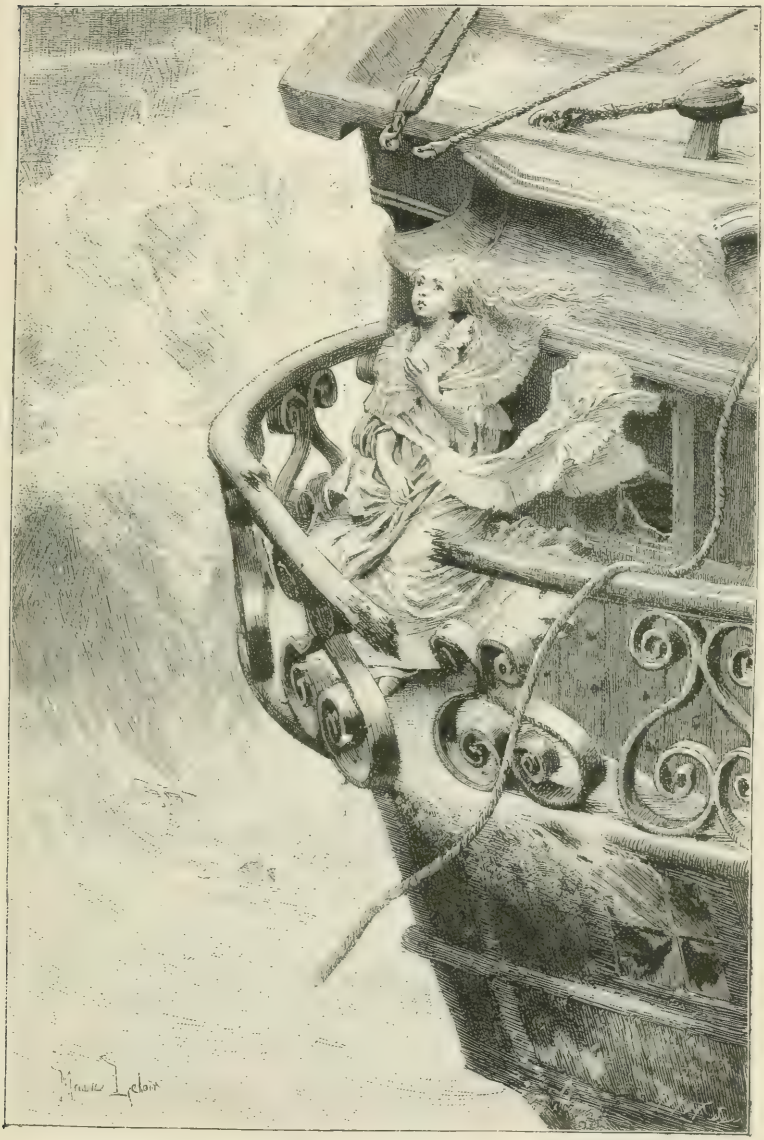
– Dios mío, me habéis salvado la vida, mas hubiérala dado gustoso por esa digna doncella que se ha resistido á desnudarse, como yo he hecho.

Domingo me ayudó á sacar de las olas al infortunado Pablo, sin conocimiento ya y sangrando por boca y oídos. Púsole su gobernador en manos de los médicos, en tanto que nosotros recorríamos la playa á lo largo, por si el mar era servido de entregarnos el cuerpo de Virginia; pero habiendo saltado de pronto el viento, como en los huracanes acontece, temimos no poder dar á la mísera joven el descanso de la sepultura.

Postrados por la angustia, abandonamos aquellos lugares, lamentando una sola pérdida entre tantas ocurridas y llegando muchos hasta á dudar del cielo; que males tan duros y tan poco merecidos llegan á conmover la fe, aun en la mente del justo.

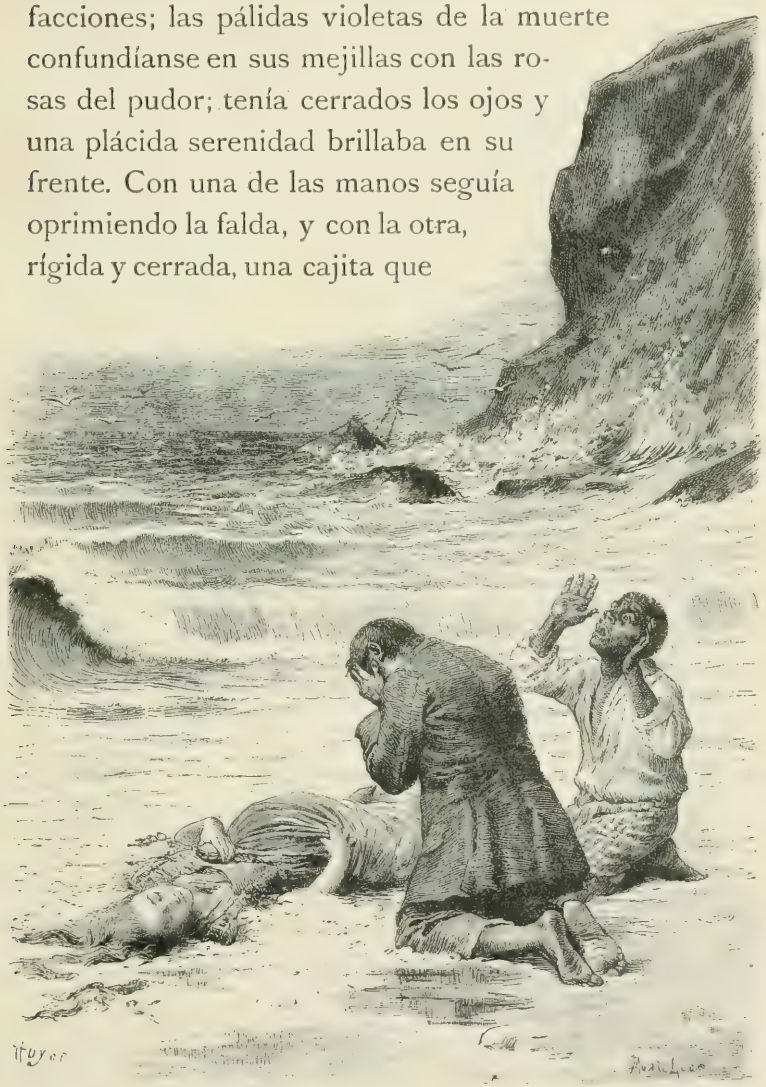
Pablo, que comenzaba á volver en su acuerdo, fué llevado á una casa cercana hasta que pudiera trasladársele á su vivienda; en cuanto á mí, regresé con Domingo á fin de disponer á la madre de Virginia y á su amiga para la nueva del desgraciado suceso.

Al llegar donde comienza el valle del río de los Lataneros, unos negros nos dijeron que el mar arrojaba gran cantidad de despojos en la bahía frontera; á ella nos dirigimos, siendo el cuerpo de Virginia lo primero que se ofreció á nuestros ojos. Medio sepulto en la



Virginia levantó al cielo los ojos como ángel que á él va á tender sus alas

arena, conservaba la actitud en que la habíamos visto desaparecer. No se habían alterado sensiblemente sus facciones; las pálidas violetas de la muerte confundíanse en sus mejillas con las rosas del pudor; tenía cerrados los ojos y una plácida serenidad brillaba en su frente. Con una de las manos seguía oprimiendo la falda, y con la otra, rígida y cerrada, una cajita que



costóme mucho trabajo desprender. ¡Cuál no fué mi sorpresa al ver que era el retrato de Pablo, aquel retrato de que había jurado no desprenderse ni viva ni muerta! Prueba tan clara del constante amor de aquella pobre criatura arrancóme lágrimas sin cuento.

Domingo, entretanto, dábase golpes de pecho y exhalaba alaridos que hendían los aires. Llevamos el cuerpo de Virginia á una cabaña de pescadores, encomendando su custodia á unas pobres mujeres malabares que se ofrecieron á amortajarlo.

Mientras se ocupaban en tan triste tarea, tomamos el camino de las chozas, en las que la señora de La Tour y Margarita esperaban, rezando, nuevas de la embarcación.

Al divisarme, exclamó aquélla:

—¿Dónde está mi hija, la hija de mis entrañas?

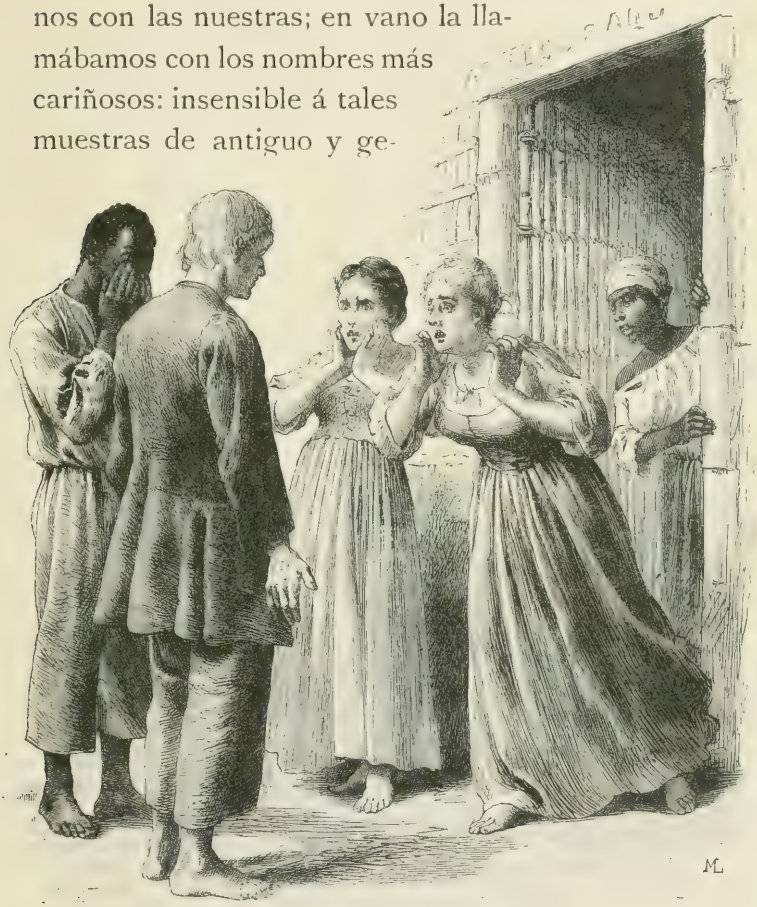
Y comprendiendo por mi silencio y mis lágrimas su desgracia, fué presa de ahogos y dolorosas ansias; sólo suspiros y sollozos salían de su boca. Margarita gritó á su vez:

—Y mi hijo, ¿dónde está mi hijo?, cayendo desvanecida.

Volamos á socorrerla, y vuelta en sí, le aseguré que Pablo vivía y que el gobernador le prodigaba sus cuidados. Desde aquel punto consagróse al de su amiga, víctima de largos y frecuentes desmayos. Sufriéndolos pasó la noche entera; su duración y fuerza me hicieron comprender que no hay dolor que con el de una madre ofrezca semejanza. Si volvía al conocimiento

de las cosas, alzaba al cielo sus tétricos y llorosos ojos.

En vano su compañera y yo estrechábamos sus manos con las nuestras; en vano la llamábamos con los nombres más cariñosos: insensible á tales muestras de antiguo y ge-



neroso afecto, sólo dejaba oir los sordos gemidos de su pecho.

Á poco de nacer el día, trajeron á Pablo en unas angarillas: recobrado había el uso de sus sentidos, pero

no podía articular palabra. Su entrevista, por mí tan temida, con su madre y con la señora de La Tour produjo, al contrario, más sano efecto que todos los buenos oficios prolongados hasta entonces. Un rayo de consuelo apareció en aquellos rostros maternales; se acercaron á él, y tomándole en brazos, le besaron al tiempo que sus lágrimas, hasta entonces remansadas por exceso de pena, comenzaban á manar juntamente con las de Pablo. La naturaleza de aquellos tres acongojados seres sintióse aliviada; largo sopor sucedió al estado de convulsión, facilitándoles un reposo letárgico que tomárase, en verdad, por la misma muerte.

El señor de La Bourdonnais hizo notificarme en secreto que el cuerpo de Virginia había sido, por su mandato, transportado á la ciudad y de allí lo sería á la iglesia de las Pamplemusas. No fuí tardo en descender á Puerto-Luis, donde iban juntándose habitantes de todos los barrios, para asistir á los funerales, como si la isla hubiese perdido su joya más preciada. Los buques del puerto tenían las vergas en cruz, las banderas á media asta y disparaban cañonazos á largos y acompasados intervalos.

Abrió la marcha un pelotón de granaderos con las armas á la funerala; negros crespones cubrían los atambores, que dejaban oir lúgubres y destemplados sonidos, y era de ver el abatimiento pintado en los rostros de aquellos guerreros que habían desafiado la muerte en cien combates.

Ocho doncellas de las más principales de la isla, con blanco traje y sendas palmas en la mano, conducían, cubierto de flores, el cuerpo de la que fué sú virtuosa compañera; seguíalas un coro de

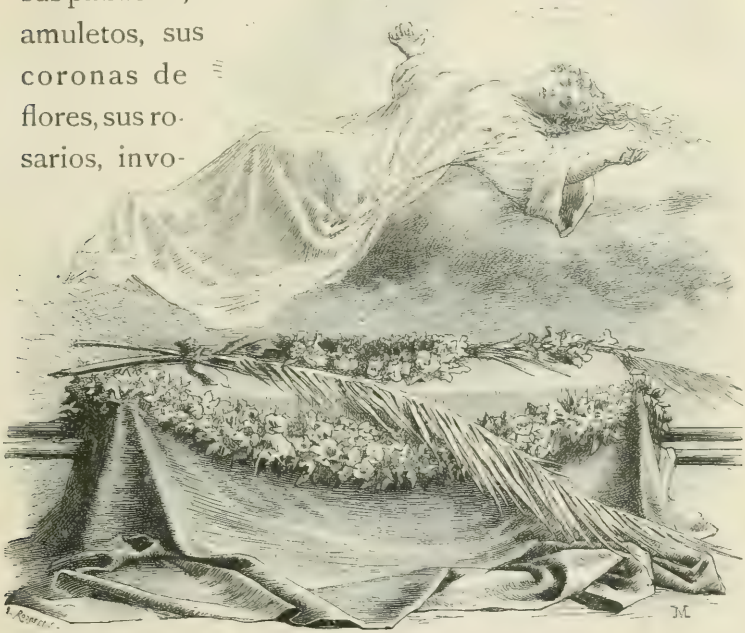
niños entonando himnos de alabanza; iba en pos lo más selecto de la isla, en lo oficial y en lo privado, y cerraba el lúgubre cortejo el gobernador á la cabeza

del pueblo entero. Tales fueron las disposiciones tomadas por las autoridades para así tributar honores á la virtud de Virginia: mas conforme su cadáver llegó

al pie de este monte y á la vista de las chozas donde había derramado el bien á manos llenas y que su muerte llenaba de duelo, quedaron en suspenso las

pompas funerales; cesó el canto y por la extensa llanura sólo se oyeron gemidos, ayes y sollozos.

Entonces vióse acudir de los caseríos vecinos enjambres de jóvenes ansiosas por tocar en el ataúd de Virginia sus pañuelos, sus amuletos, sus coronas de flores, sus rosarios, invo-



cándola como á una santa. Una hija como ella pedían desoladas las madres; los mozos, amantes de firmeza tanta; los pobres, una tan dulce bienhechora; los esclavos, un dueño de bondad semejante.

Llegado al lugar de la sepultura, negras de Madagascar y cafres de Mozambique pusieron en torno de

ella cestas llenas de frutas y colgaron de los árboles pedazos de telas, todo á usanza de su país; indios de Bengala y de la costa de Malabar arribaron con jaulas llenas de pájaros, á los que dieron libertad sobre el mismo cuerpo; que tanto afecta á los pueblos la pérdida de un objeto querido, y tal es el poder de la virtud desgraciada, que llega á reunir en torno de una tumba individuos de todas las creencias.

Preciso fué colocar centinelas junto á la fosa y alejar á no pocas hijas de familias pobres, que pretendían arrojarse en ella á todo trance, exclamando que, pues no podían esperar ya consuelo en la tierra, no les quedaba otro que el de morir con la que tantas venturas les había procurado.

Enterrósela cabe á la iglesia de las Pamplemusas, á poniente de ella y al pie de un grupo de bambúes, donde, al ir á misa con su madre, placíale descansar teniendo á su vera al que llamó siempre con nombre de hermano.

Terminada que fué tan angustiosa ceremonia, el señor de La Bourdonnais subió aquí, seguido de parte del innumerable cortejo, ofreciéndose incondicionalmente á la señora de La Tour y á su amiga y compañera, no sin expresar de paso su indignación contra la que había sido causa de tantas calamidades.

Acercóse luego á Pablo, é imaginando que podía serle de algún consuelo, así le dijo:

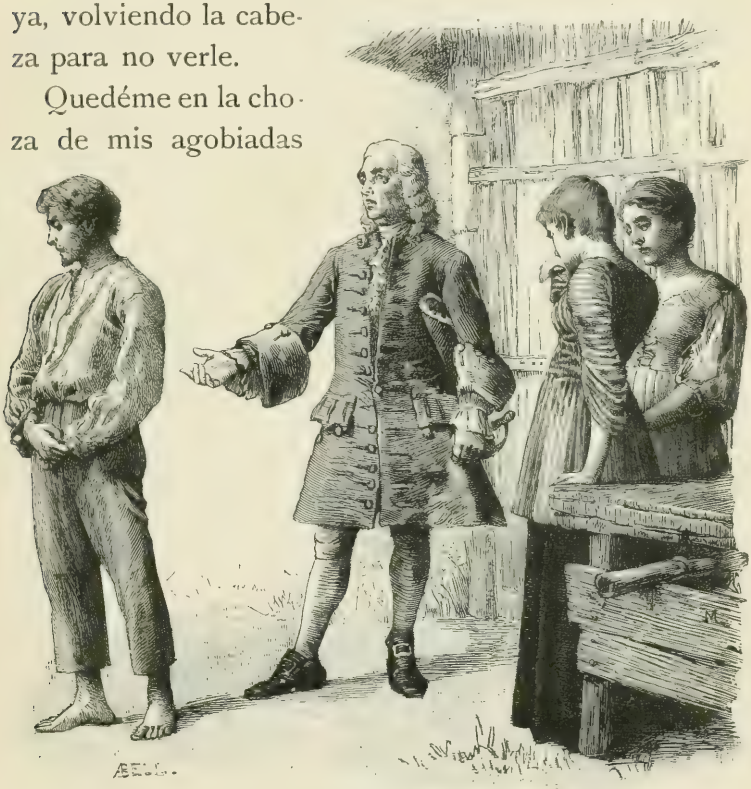
— Dios es testigo de que yo deseaba vuestra dicha y la de vuestra familia; es preciso que partáis para

... pusieron en torno de la sepultura cestas llenas de frutas

Francia, querido amigo; podéis contar allí con mis buenos oficios; en vuestra ausencia cuidaré de vuestra madre, cual si fuera la mía propia.

Tendióle luego la mano; pero Pablo encogió la suya, volviendo la cabeza para no verle.

Quedéme en la choza de mis agobiadas



amigas, deseoso de prestarles, no menos que á Pablo, los auxilios posibles. Tres semanas después, hallóse éste en estado de andar, pero su pena parecía crecer á la par que su fortaleza; insensible á todo y fría la mirada, no respondía siquiera á las preguntas que le dirigíamos.

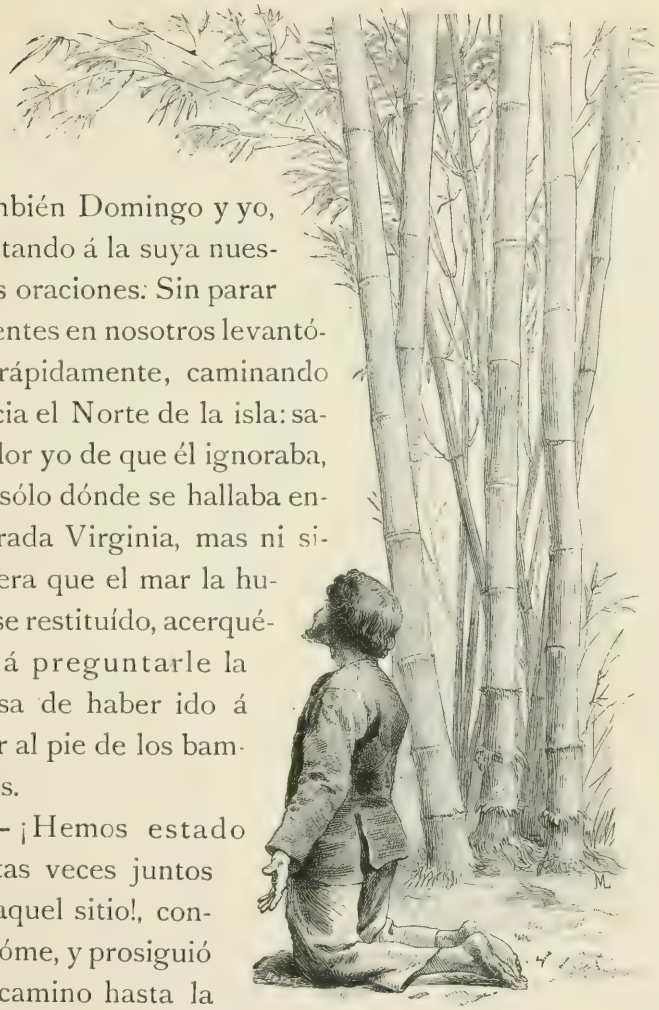
– Hijo mío, decíale á las veces la señora de La Tour, en tanto que yo te vea, creeré ver á mi Virginia.

Al oir este nombre se estremecía y alejábase de improviso, sin que fueran los ruegos de su madre bastantes á que volviese al lado de su amiga. Huyendo de las gentes, encaminábase al vergel sentándose, al pie del cocotero de Virginia, fijos los ojos en el agua del manantial.

El médico del gobernador, encargado de asistirle, así como las dos mujeres, díjonos que para sacarle de tan melancólico estado debía dejársele completamente á su antojo, sin en nada contrariarle, único medio, á su juicio, de vencer tan obstinado silencio. Procuré seguir su consejo.

Como Pablo recobrara algún tanto su energía, el primer empleo que de ella hizo fué abandonar su morada. Dispuesto á no perderle de vista, seguíle, encargando á Domingo que, bien provisto de víveres, nos acompañase. A medida que Pablo iba descendiendo esta montaña, el contento y la fuerza volvían á él.

Tomó primero el camino de las Pamplemusas, llegando al paseo de los bambúes, cercano á la iglesia, y como viera tierra removida recientemente, allí dirigió sus pasos y de hinojos alzó á los cielos larga plegaria. Juzgué el acto de buen augurio para el recobro de la razón, pues prueba tal de confianza en el Ser Supremo decía á las claras que su alma entraba de nuevo en sus naturales funciones. De hinojos nos pusimos



también Domingo y yo, juntando á la suya nuestras oraciones. Sin parar mientes en nosotros levantóse rápidamente, caminando hacia el Norte de la isla: sabedor yo de que él ignoraba, no sólo dónde se hallaba enterrada Virginia, mas ni siquiera que el mar la hubiese restituído, acerquéme á preguntarle la causa de haber ido á orar al pie de los bambúes.

—¡Hemos estado tantas veces juntos en aquel sitio!, contestóme, y prosiguió su camino hasta la entrada del bosque, donde nos sorprendió la noche

Allí invitéle á seguir mi ejemplo tomando algún alimento; luego nos dormimos sobre la verde hierba al amparo de un árbol. Al siguiente día parecióme que

abrigaba el intento de volver pie atrás, pues contempló por largo rato la llanada en que se levanta la iglesia de las Pamplemusas, con sus interminables avenidas de bambúes; mas girando bruscamente, internóse en la espesura, siempre en dirección al Norte. Comprendiendo su propósito, intenté en vano disuadirle; cruzamos, al promediar el día, el barrio de Polvos de Oro; con premura dirigióse al lugar de la playa frontero al cual había visto desaparecer el «San Gerando,» y al divisar la isleta del Ambar y su canal, luciente á la sazón como un espejo, exclamó:

—¡Virginia!, ¡mi adorada Virginia!, sobrecogiéndole nuevo desmayo.

Entre Domingo y yo le llevamos á lo escondido del bosque, donde á duras penas conseguimos retornarle. Vuelto en su acuerdo, quería ir de nuevo á la playa; pero á la súplica de que no renovase su dolor y el nuestro, tomó otra dirección.

En una palabra, durante ocho días fué recorriendo los lugares donde se había hallado con la compañera de su infancia: el sendero por el cual fué á pedir gracia para el esclavo de Río Negro; las márgenes del cauce de las Tres Ubres, donde se sentó fatigada á descansar, y la parte del bosque en que se extraviaron.

Ni uno solo de los sitios que le recordaban las inquietudes, los juegos, los banquetes ó la caridad de Virginia dejó de ser bañado con sus lágrimas: el río de la Montaña Larga, mi pobre choza, la cascada

vecina, el papayo plantado por ella, la floresta que gustaba recorrer, las encrucijadas de la selva donde se detenía á cantar: los ecos que un tiempo repitieron sus gritos de alegría, sólo dejaban oir estas dolorosas palabras: «¡Virginia, mi adorada Virginia!»

Aquella vida errabunda y salvaje ahuecó sus ojos, tiñó de amarillo su tez y fué devorando poco á poco su salud. Teniendo en cuenta que el recuerdo del placer es aumento á nuestro mal y que la pasión toma creces en medio de la soledad, decidí alejar á mi joven amigo de aquellos lugares que le recordaban su pérdida y trasladarle á punto de la isla de mayor bullicio.

Al efecto condújele á las alturas habitadas del distrito de Williams, para él desconocido. En auge las industrias comercial y agrícola, producían en aquellos parajes grande y divertida animación. Cuadrillas de carpinteros escuadraban troncos de árboles, que otros aserraban en tablones; carros diversos transitaban por sus

caminos, manadas de caballos y de bueyes se apacentaban en sus dilatadas praderas, y doquiera se construían habitaciones. Lo elevado del terreno favorece allí el cultivo de diversas clases de vegetales europeos, abundando las mieses en los llanos, los fresales en los claros de los bosques y setos de rosas al borde de los senderos. La frescura del ambiente, dando tensión á los nervios, es allí muy saludable á los blancos; desde tales alturas, sitas casi en el centro de la isla y circuidas de vasta fronda, no se divisa ni el mar, ni Puerto-Luis, ni la iglesia de las Pamplemusas, nada en fin que pu-

diese evocar en Pablo la memoria de Virginia. Aun las montañas que tienen ramificaciones varias del lado de la ciudad, sólo ofrecen hacia las llanuras de Williams un largo promontorio en línea recta, del cual surgen varias pirámides de riscos donde se concentran las nubes.

Á las citadas llanuras conduje á Pablo, procurando tenerle en constante movimiento, acompañándole de día y de noche, con sol ó con lluvia, extraviándonos de intento en las selvas, barbechos y campiñas á fin de divertir su ánimo con la fatiga del cuerpo, y mudar sus pensamientos por el desconocimiento del sitio en que nos hallábamos y el reencuentro de la senda perdida.

Pero un alma amante halla doquiera apariencias del objeto amado: ni la luz, ni la sombra, ni el bullicio, ni la quietud, ni aun el tiempo, que consigo arrastra tantos recuerdos, logran desviarlo de su mente: no de otra suerte la aguja imantada, por mucho que se la agite, vuelve, una vez recobrado el reposo, á dirigirse hacia el polo que la atrae.

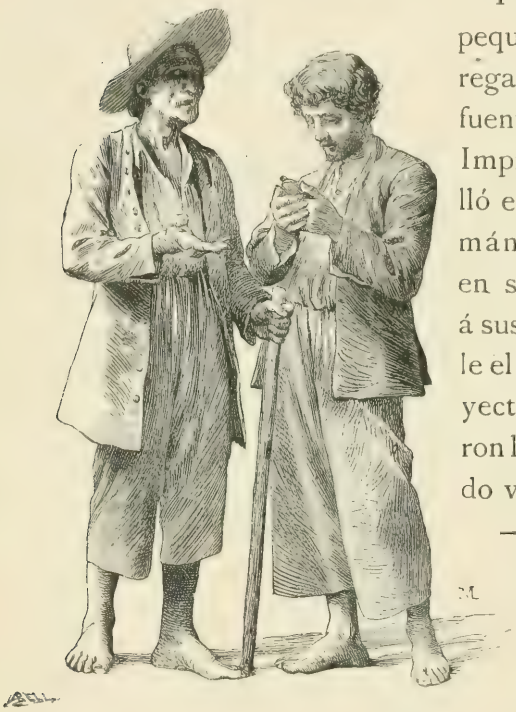
Si preguntaba á Pablo, extraviado en medio de las selvas:

– ¿Adónde vamos ahora?

– Allá á nuestras montañas, contestaba rápidamente, vuelto hacia el Norte.

Convencido de que cuantos medios ponía en juego para distraerle eran inútiles, resolvíme á atacar la pasión en sí misma, empleando á tal propósito los modestos recursos de mi inteligencia.

—Sí, añadía yo, allí están las montañas que habitó tu querida Virginia, y aquí tienes el retrato que le diste y que al morir hallóse sobre aquel puro y tierno corazón cuyos postreros latidos fueron todos para ti.



Y mostré á Pablo la pequeña efigie que le regaló al borde de la fuente de los cocoteros. Improvisa alegría brilló en su mirada, y tomándola ávidamente en sus manos, la llevó á sus labios; oprimióse le el pecho y en sus inyectados ojos asomaron lágrimas que no pudo verter.

—Hijo mío, continué, atiéndeme: soy tu amigo, lo fuí de Virginia, y en medio de tus esperanzas he procurado fortalecer tu razón contra los contrarios accidentes de la vida. Ahora bien: ¿qué deploras con tanta amargura? ¿Tu desgracia?, ¿la de Virginia acaso? ¡Tu desgracia! Grande es indudablemente; has perdido la más cariñosa de las doncellas, que hubiera sido á su vez la más digna de las esposas. Sacrificó al tuyo su provecho, y en justa recompensa de su virtud

te prefirió á la fortuna. ¿Mas quién puede predecir si la mujer en quien cifrabas tu dicha hubiera sido para ti manantial de desventuras? Desheredada y sin bienes de fortuna, sólo el fruto de tu trabajo podías ofrecerle. Más animosa por virtud de las desgracias sufridas y más exquisita por su educación, la hubieras visto sucumbir lentamente, queriendo ser partícipe de tus fatigas; y si el cielo os hubiese colmado de hijos, la dificultad de su sostén, á la vez que el de vuestras madres, fuera no poco aumento al caudal de sus penas. Objetarás que el gobernador habría sido vuestra ayuda; mas ¿quién puede asegurar que en colonia como ésta, donde la administración cambia de continuo, habrá muchos de La Bourdonnais? Quizá vengan en su reemplazo hombres de odiosas costumbres, reñidos con la moral, á quienes, por alcanzar un mísero socorro, veríase tu esposa obligada á hacer la corte. Si doblegadizos, hubierais inspirado compasión; honrados, no hubierais salido de pobres, pudiendo darte por muy satisfecho si su hermosura y su honestidad no convertían en enemigos tuyos á los obligados á ampararte. Dirásme que, independientemente de la riqueza, gozarías de la satisfacción de proteger á una mujer amada, la cual, como la hiedra, más se adhiere cuanto más débil se siente; de consolarla con la coparticipación de tus inquietudes; de alegrarla con tus tristezas, acrecentando el mutuo amor con mutuas penalidades. Propios son de la virtud y del afecto tan amargos placeres; pero Virginia no existe, quedando sin embargo en la tierra dos se-

res á los que consagró inmenso cariño y á quienes tu desconsuelo conducirá al sepulcro, su madre y la tuya. Cifra tu felicidad en hacerlas dichosas, como ella practicó en vida. Piensa que el hacer bien es la flor de la virtud; que no la hay más bella ni más aromosa, y que los placeres, la abundancia, el reposo y la gloria no se han hecho para el hombre, errabundo y mísero viajero de la tierra. Ya lo ves, un paso en demanda de fortuna nos ha hundido á todos de abismo en abismo. Te opusiste, es cierto; mas quién imaginara que el viaje de Virginia había de acabar con su dicha y la tuya. Las instancias de una parienta rica y anciana, el consejo de un prudente gobernante, el voto de toda una colonia y las exhortaciones y autoridad de un sacerdote decidieron el infortunio de Virginia. Así corremos á nuestra perdición, atentos á la prudencia de los que nos gobiernan. Mejor hubiera sido no creerles, no fiarse de las palabras ni de las esperanzas de un mundo engañador. Mas ¡ay!, de tantos hombres como vemos laborando en estas planicies, de tantos como van á las Indias en busca del oro, ó que, sin abandonar la Europa, gozan tranquilos el beneficio del trabajo que aquéllos realizaron, no hay uno siquiera que más temprano ó más tarde no esté destinado á perder lo que tiene en mayor estima, grandezas, patrimonio, esposa, hijos y amigos. Á pérdida tamaña tendrán no pocos que añadir el recuerdo de su propia imprudencia, en tanto que tú fuiste siempre fiel á tu fe, y si bien lo reflexionas, de nada tienes que arrepentirte. Mos-

traste en edad temprana la cordura del sabio, no desviándote del sentimiento de la naturaleza. Legítimas eran tus intenciones por lo que tenían de puras, sencillas y desinteresadas, aparte de tus sagrados dere-

chos sobre Virginia, que el vil metal no podía arrebatarte. Perdiste á Virginia, pero no por temeridad, no por codicia, no por reflexión malsana; Dios ha utilizado las pasiones ajenas para que no la poseyeras, aquel Dios á quien todo lo debes, que provee á tu conveniencia y cuya sabiduría no te deja lugar al arrepentimiento ni á la desesperación, compañeros inseparables de los males cuando de ellos somos

causa. Bien puedes decirte á ti mismo, en medio de tu aflicción: «No lo he merecido.» ¿Te apesadumbra acaso la adversa suerte de Virginia, su fin, su presente estado? Sufrir es el destino marcado á todo lo que nace, á la hermosura, á los imperios mismos. La vida humana es una menguada torre cuya coronación es la muerte. Pues nació, condenada estaba á fenecer. ¡Feliz cien veces por haber roto el hilo de la vida antes que su madre, antes que la tuya, antes que tú, es decir, por no haber sufrido repetidas muertes antes de la postrimera! La muerte es, hijo de mi alma, un bien para todos los humanos: es la noche de ese día inquieto que denominamos vida. En su sueño hallan reposo, para siempre jamás, los sufrimientos, las penas y los temores, que agitan de continuo á la mísera grey. Examina á los que tienes por más dichosos, verás á cuán alto precio han comprado su falso bienestar; la pública estimación, con sinsabores domésticos; la fortuna, con el desgaste de la salud; el goce (no común por cierto) de ser amado, con constantes sacrificios: soliendo acontecer que, á la postre de una vida consagrada al interés ajeno, no vean en torno suyo más que falsos amigos y deudos ingratos. Pero Virginia ha sido feliz hasta el último instante: entre nosotros, por los dones de la naturaleza; lejos de aquí, por méritos de su virtud; aun en el punto terrible en que la hemos visto perecer, dichosa fué también: sea que divisase una colonia entera sumida por su causa en inmenso duelo, sea que se fijase en ti corriendo con valor inusitado á su socorro,

debió de ver cuán entrañablemente era querida. Fortalecióla contra lo porvenir el recuerdo de su candorosa vida, y recibió por ello el premio que el cielo tiene reservado á los buenos, un valor superior al peligro. Así miró á la muerte con sereno rostro. Dios inflige á la virtud todas las penalidades inherentes al vivir, para patentizar que sólo á ella es dado soportarlas y convertirlas en felicidad y en gloria. Cuando la destina á dejar fama ilustre, la coloca en elevado escenario y la pone á merced de la muerte. Su heroísmo sirve entonces de enseñanza, y el recuerdo de sus desventuras recibe de la posteridad no interrumpido tributo de lágrimas. Monumento tan imperecedero está reservado á la virtud en la tierra donde la memoria de los más de los reyes queda presto sepulta en el olvido. Ten además en cuenta que Virginia existe aún, que todo se transmuda en la naturaleza, pero nada en ella desaparece. Ninguna humana industria es capaz de aniquilar el más leve átomo material; y la que fué prudente, sensible, amante, religiosa y pía, ¿habría de acabar, siendo indestructibles los elementos que la informaron? ¡Ah!, si Virginia fué feliz á nuestro lado, mucho más lo es á la hora presente. Que existe un Dios, hijo mío, no he menester probártelo cuando la naturaleza entera lo proclama. Sólo la perversión humana niega su justicia porque la teme. La idea del Ser Supremo está en nuestro corazón, como sus obras están ante nuestros ojos. Y siendo así, ¿imaginas que pueda dejar á Virginia sin recompensa?, ¿que él que en su omnipotencia

revistió su noble alma con formas tan hermosas que se sentía en ellas al divino Artífice, no hubiera podido arrancarla de las olas?, ¿que quien ha ordenado el bienestar de los hombres sobre la tierra por medio de reglas que desconocemos, no ha de disponer otro á Virginia en virtud de leyes que igualmente ignoramos? Si antes de nuestra

existencia hubiésemos sido capaces de discurrir, ¿habríamos acaso llegado á tener concepto claro de la misma? De igual suerte ahora que nos hallamos en la tenebrosa y fugitiva vida no podemos prever lo que existe más allá de la muerte, ni por qué camino hemos

de abandonarla. ¿Por ventura tiene Dios necesidad del pequeño globo que habitamos para teatro de su inteligencia y de sus bondades? ¿No cabe que haya propagado la vida más allá de los campos de la muerte? No hay en el vasto Océano una sola gota de agua que no esté cuajada de seres vivientes, sujetos á nuestro provecho, y ¿no ha de haber nada que nos favorezca entre tantos astros como giran sobre nuestras cabezas? ¡Cómo!, ¿no han de brillar la inteligencia suprema y la divina bondad más que en el planeta que nos sostiene, siendo espacios vanos y eterna noche todos esos deslumbradores é innúmeros globos envueltos en nimbos de luz que ni las tempestades ni las tinieblas logran obscurecer? Si nosotros, que nada podemos concedernos, osáramos señalar límites á la potencia á la cual somos deudores de todo, ¿podríamos imaginar que son estos los aledaños de su imperio, aquí donde la muerte contiende con la vida y la tiranía pone trabas á la inocencia? ¡Cuán cierto es que hay un lugar donde la virtud halla condigna recompensa! ¡Cuán cierto que Virginia es venturosa! ¡Ah!, si desde la mansión de los ángeles pudiera comunicar contigo, te diría á buen seguro: «Pablo, la vida es sólo una prueba; Dios me ha encontrado fiel á las leyes de la naturaleza, del deber y del amor. Atravesé los mares en obediencia á mi madre; renuncié á la riqueza, cumpliendo mis juramentos, y preferí el sacrificio de la vida al del pudor. El cielo, satisfecho de mi misión sobre la tierra, me ha libertado para siempre de la indi-

gencia, de la calumnia, de los sufrimientos propios y del espectáculo del dolor ajeno. Ninguno de los males que amedrentan el linaje humano puede ya alcanzarme, ¿y me compadeces aún? Soy pura é inalterable como partícula de luz, ¿y me invitas á la noche de la vida? Recuerda los bienhadados días en que ya desde el amanecer gozábamos de la voluptuosidad que ofrecen los cielos, elevándose el sol por cima de los picos de los montes y hundiendo sus rayos en el corazón de las selvas. Inexplicable arrobamiento inundaba nuestro ser: hubiéramos querido, en nuestras inocentes ansias, ser todo ojos para solazarnos en las cambiantes tintas de la aurora, todo oídos para percibir los concertados trinos de las aves, todo olfato para aspirar el aroma de las flores y todo corazón para agradecer tanta ventura. Ahora, cabe el manantial de perfección de donde emana cuanto es agradable sobre la haz de la tierra, mi espíritu ve, gusta, oye y toca, sin mediación, lo que sólo pudo sentir con imperfectos sentidos. ¡Oh!, ¿qué lengua es capaz de describir estas mansiones de eterna claridad en que para siempre habito? Todo cuanto el infinito poder y la célica bondad han creado para consuelo del desvalido; todo cuanto el amor de infinitos seres, aunados por idéntico gozo, puede producir en harmónico transporte, lo disfruto en su límpida pureza. Sufre, pues, la prueba á que el cielo te ha sometido y acrecerás la dicha de tu Virginia con un amor que no conocerá límites, con un himeneo cuyas antorchas no se apagarán nunca; entonces yo

calmaré tus penas, entonces enjugaré tu llanto. Pablo de mi alma, mi joven desposado, eleva tu alma á Dios para que consigas soportar tus penas de un momento.»

Mi propia emoción puso fin á la plática; en cuanto á Pablo, miróme con fijeza, y después de exclamar: «No existe, no existe,» cayó en nueva congoja: al recobrarse prorrumpió:

– Puesto que la muerte es un bien y Virginia goza de felicidad, quiero morir para unirme á ella.

Mis palabras de consuelo habían servido tan sólo para dar pasto á su desesperación: hallábame en el caso del que intenta salvar á un amigo que se sumerge en el fondo de un río y no quiere nadar. Allí le había hundido el dolor. ¡Ay de mí!, las desventuras de la edad primera preparan al hombre para el combate de la vida, y Pablo no las había experimentado.

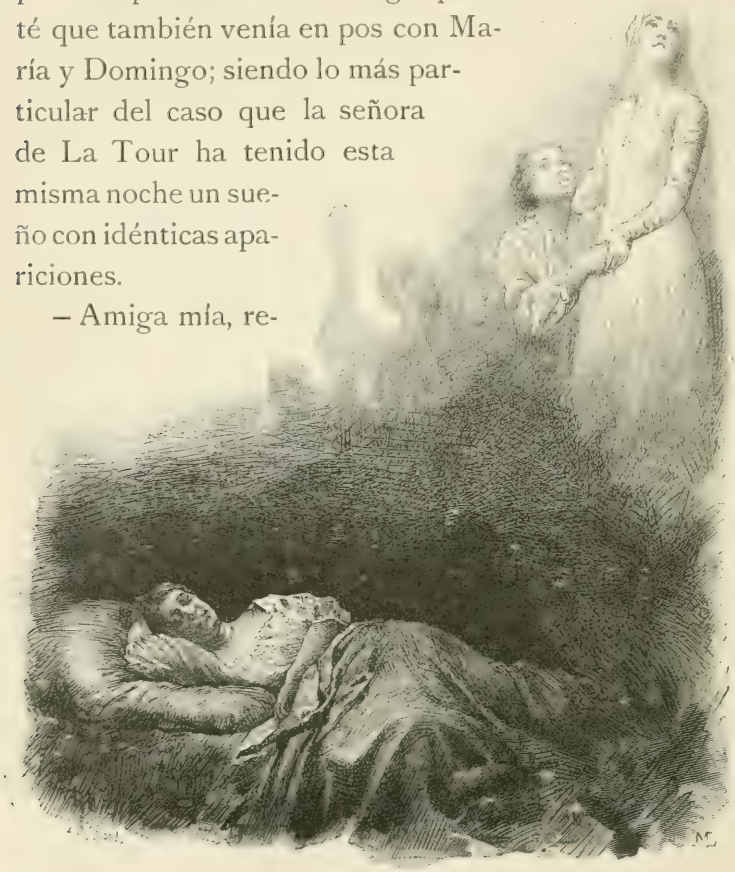
Condújele á su habitación, donde hallé á su madre y á la señora de La Tour en estado de aún mayor desfallecimiento; de ambas era Margarita la más postrada. ¡Cuánta verdad es que los caracteres vivos, los que pasan como rozando por las contrariedades leves, no logran resistir las penas profundas.

Hablóme de esta manera:

– ¡Oh, mi buen vecino!, habéis de saber que esta noche he visto en sueños á Virginia; iba vestida de blanco y hallábase en medio de un delicioso vergel; después de haberme dicho que gozaba de inmensa felicidad, se acercó á Pablo con risueño rostro y lo llevó consigo. A mis esfuerzos para retenerle, he sentido

que yo también abandonaba la tierra y les seguía con indecible deleite. Sin detenerme, volvíme entonces para despedirme de mi amiga, pero noté que también venía en pos con María y Domingo; siendo lo más particular del caso que la señora de La Tour ha tenido esta misma noche un sueño con idénticas apariciones.

– Amiga mía, re-



puse, nada acontece en el mundo sin la intervención de Dios: los sueños son á las veces precursores de la realidad.

La señora de La Tour relatóme seguidamente el

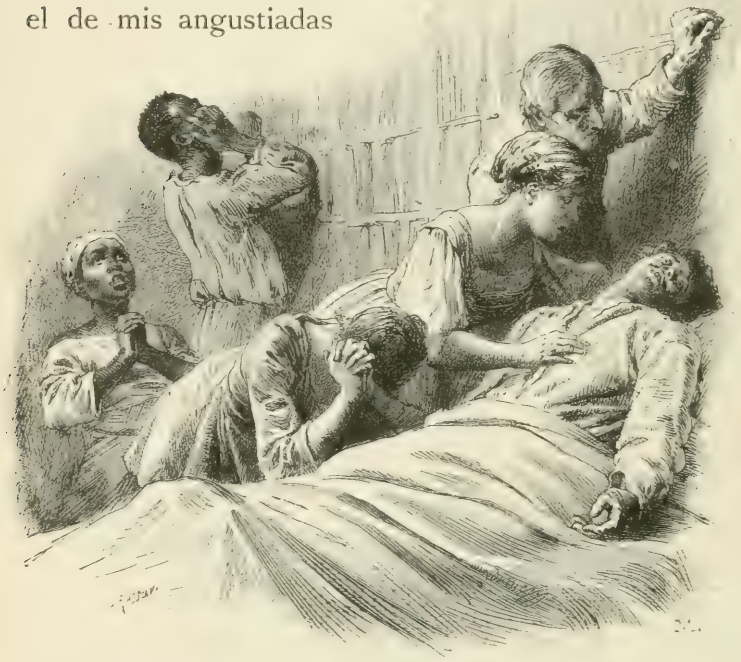
suyo, en todo semejante al de su amiga Margarita.

Como jamás hubiese observado en ellas indicio alguno de superstición, sorprendióme tanto la concordancia de tales sueños, que no dudé de su realización. La creencia de que la verdad suele aparecérsenos en sueños es común en todos los pueblos de la tierra. Así lo han admitido grandes hombres de la antigüedad, entre ellos Alejandro, César, los Escipiones, ambos Catones y Bruto, quienes no eran ciertamente débiles de espíritu. El Antiguo y el Nuevo Testamento nos suministran casos varios que han tenido efectividad. Bástame á este respecto mi propia experiencia; que son los sueños, según más de una vez he comprobado, avisos que nos da alguna mente que vela por nosotros. Imposible es de todo punto probar con razonamientos lo que está por cima de la razón humana. Pero si es ésta á imagen y semejanza de la del Altísimo y puede el hombre transmitir sus más recónditos pensamientos hasta los confines del orbe, ¿por qué la inteligencia que gobierna los mundos no ha de servirse de medios semejantes para análogo fin?

Consuela un amigo á otro su amigo, merced á una carta que atraviesa reinos y más reinos, circula por entre los odios de las gentes y llega á confortar el ánimo de persona determinada, inundándolo de alegrías y esperanzas. ¿Por qué el soberano Protector de la inocencia no puede venir por secreta vía en apoyo de una alma virtuosa que tan sólo en Él confía? ¿Necesita por ventura el uso de signos externos para el cumplimien-

to de su voluntad el que interviene siempre misteriosamente en todas sus obras? ¿A qué dudar de los sueños? ¿No es acaso un sueño la vida con sus proyectos vanos y sus vaporosas ilusiones?

Lo que puedo decir es que el de mis angustiadas



amigas se efectuó bien pronto. Pablo murió dos meses después que su amada Virginia, cuyo nombre no cesaban de pronunciar sus labios; Margarita entregó su alma á Dios ocho meses más tarde que su hijo, con alegría tal, que sólo á la virtud es concedido experimentar. Despidióse tiernamente de la señora de La Tour, «con la esperanza, le decía, de con ella reunirse

pacífica y eternamente en el cielo. Es la muerte el mayor de los bienes, proseguía, y es justo desearla. Si constituye un castigo la vida, se debe pedir su fin; si una prueba, que sea corta.»

El gobernador protegió á Domingo y á María, in-

hábiles ya para el trabajo; por otra parte, poco sobrevivieron á sus dueños. En cuanto al pobre Leal, murió de pena casi al mismo tiempo.

Llevé á mi casa á la señora de La Tour, la cual, pese á tantas desventuras, sosteníase con increíble grandeza de alma; había asistido á Pablo y á Margarita hasta el último instante, como si no tuviese dolor propio. Cuando ya no los tuvo á la vista, hablábame de ellos sin cesar, cual si se tratara de amigos que habi-

tasen en las cercanías. No les sobrevivió, sin embargo, largo tiempo.

En cuanto á su tía de París, lejos de vituperarla por los males acaecidos, rogaba al cielo que la perdonara y que acallase los horribles remordimientos que, según supimos, la aquejaban desde que con tanta crueldad se desprendió de Virginia. Criatura tan desnaturalizada no tardó en hallar castigo á la dureza de su corazón. Supe, por varios buques llegados, que sufría ataques tan tremendos, que le hacían la vida tan insoportable como la muerte: ora se acusaba del fin prematuro de su encantadora sobrina y de la consiguiente pérdida de la madre, ora se alababa de haber rechazado á dos infelices que, según decía, eran deshonra de la familia por lo bajo de sus inclinaciones. Despechada á las veces ante el espectáculo de los muchos pordioseros que pululan por París, prorrumpía: «¿Por qué no se manda á tanto ha-

ragán á morir en las colonias?,» añadiendo que las ideas de humanidad, virtud, religión, imbuídas en el alma de todos los pueblos, eran sólo invención de los políticos y de los príncipes gobernantes. Cayendo de improviso en el extremo opuesto, abandonábase á supersticiosas ideas que le producían mortal espanto: corría entonces desalada en busca de los frailes, sus directores, las manos llenas de oro, suplicándoles que apaciguasen la divina cólera con el sacrificio de su fortuna, cual si bienes que negó á los desgraciados pudiesen ser gratos al que es el Padre de todos ellos. En ocasiones su imaginación le representaba campos en ignición, montañas trepidantes ú hórridos espectros que á grandes gritos la llamaban; arrojábase entonces á los pies de sus confesores, castigándose con suplicios y tormentos creados por su propia mente; que el cielo, el justo cielo impone á las almas despiadadas castigos crueles.

Así pasó varios años de su vida, atea y supersticiosa, con horror igual á la vida que á la muerte. Mas lo que puso término á tan deplorable existencia fué precisamente lo mismo á que sacrificara sus sentimientos naturales. Vió con ira que sus bienes habían de pasar á manos de odiados parientes, y trató de hacer que desapareciera, temerosa de cercano fin, lo más saneado de su patrimonio; pero aquéllos, fundándose en los ataques de que era víctima, la hicieron declarar incapacitada para la administración de sus riquezas. Fueron éstas las que la precipitaron al sepulcro, y como

habían endurecido su corazón, desnaturalizaron asimismo el de los que las esperaban. Murió, sí, y para colmo de desventuras, con inteligencia suficiente para comprender que la habían despojado y menospreciado aquellos cuyos consejos tomó por norma de su conducta.

Junto á la tumba de Virginia y á la sombra de los mismos bambúes yace el malaventurado Pablo, y de ellos en torno sus bondadosas madres y sus fieles servidores.

No hay mármoles ni inscripciones alusivas á su virtud, pero su memoria permanece indeleble en el corazón de sus favorecidos.

Sus sombras venerandas no demandan ni necesitan de la pompa de que huyeron en vida; pero si les es dado interesarse en las cosas terrenales, á buen seguro que se aplacen errando bajo los techos de cañizo donde mora la virtud laboriosa, consolando la indigencia malcontenta de su suerte, alimentando en los enamorados inextinguible llama, la pasión por los bienes naturales, el amor al trabajo y el temor de las riquezas.

La voz del pueblo, que enmudece ante los monumentos erigidos en honor de los reyes, ha bautizado algunos sitios de esta isla con nombres que harán eterna la pérdida de Virginia. Cerca de la isla del Ambar, rodeado de escollos, hay un lugar denominado *El*

paso del San Gerando, por el buque que allí se abismó al retornarla de Europa. La punta de lengua de tierra que se divisa á unas tres leguas de aquí, medio envuelta en las olas y que el *San Gerando* no consiguió doblar para tomar puerto, conócese por el *Cabo Infortunado*, y podéis contemplar frente al punto en que nos hallamos *la Bahía de la Tumba*, donde fué hallada Virginia sepulta en arena, como si el mar hubiese querido restituir su cuerpo á su familia y rendir homenaje á su pudor en las mismas playas que había agraciado con su inocencia.

¡Jóvenes tan tiernamente unidos!, ¡madres desventuradas!, ¡familias queridas!, este follaje que os daba sombra, estas fuentes que para vosotros corrían, estos ribazos donde reposabais juntos, aún lloran vuestra ausencia. Nadie después que os partisteis ha osado cultivar los solitarios campos, ni reedificar las humildes cabañas. Vuestras cabras se han vuelto montaraces; vuestros vergeles están totalmente arrasados; huyeron vuestros pájaros y sólo se escuchan los chillidos de las aves de rapiña que revolotean en torno de este rocoso valle.

Yo, desde que mis ojos no os miran, soy un amigo

sin amigos, un padre sin hijos, un viejo errante sobre la tierra; he quedado en ella solo...

Al pronunciar estas palabras, aquel bondadoso anciano alejóse para ocultar sus lágrimas; las mías, ¡ah!, las mías habían brotado más de una vez durante su tristísimo relato.

ÍNDICE DE LOS GRABADOS

	Páginas
Bajo relieve con los retratos de los protagonistas del libro.	V
María y Domingo.	XXIV
Retrato de Bernardino de Saint-Pierre.	3
Virginia apacentando sus cabras.	5
El riachuelo de los Lataneros.	7
Hijo mío, estas viviendas y estas incultas tierras fueron habitadas hace unos veinte años por dos familias que en ellas hallaron la felicidad.	8
Resolvió cultivar con su esclava un pequeño rincón de tierra. . . .	10
La señora de La Tour, acompañada de su negra, halló aquí á Margarita, que á la sazón amamantaba á su hijo.	13
Corté rollizas estacas en los bosques y las traje en hombros. . . .	15
Construí estas cabañas donde hoy no se descubre ni puerta ni techumbre.	16
Con cuya esclava negra había casado al nacer Virginia.	17
Añadid un mastín, vigilante externo de las chozas.	19
Hilaban algodón desde que el sol amanecía hasta ponerse.	20
Deleitábanse en reunirlos en un mismo baño.	21
Sorprendidos con frecuencia en una misma cuna.	24
Ora cavaba la huerta con Domingo.	25
Si por acaso veía un nido de pájaros, por más que estuviese en la cima de un árbol, lo escalaba para ofrecerlo á su hermana.	26
... A quien cubría casi por completo con la saya.	27
Corría presurosa á buscar agua á la cercana fuente.	30

Páginas

Maíz, trigo y mijo. 31
M. de La Bourdonnais entrególe, en efecto, una misiva.. . . 33
Mas viéndola llorar, se abalanzó á su cuello. 35
Ofreciéndole el desayuno que acababa de preparar. 36
... y le suplicó, por el amor de Dios, que perdonase á la esclava. . . 39
A él acudieron, y después de saciarse en sus aguas cristalinas. . . . 42
Diligente recogió hierbas secas y ramojo, pegando fuego al palmito. . 44
... y pasó con carga tan suave por encima de las resbaladizas peñas. . 45
... y las ajustó, á modo de borceguíes, á sus pies y piernas. 49
¡Acudid, acudid en socorro de Virginia! 50
Divisaron á Dòmingo que apresuradamente iba hacia ellos. 51
El infame me la mostró atada á un poste. 52
Y después que hubieron colocado en ellas á Virginia y á Pablo, pusiéronlas sobre sus hombros. 54
Sus madres y María salían á su encuentro con teas encendidas.. . . 55
Palmera. 57
Guayabo.. 59
Cafeto 60
Mangos, cidras.. 61
Habían plantado allí un bambú en lo alto del cual colocaban un pañizuelo blanco, no bien me divisaban. 62
Y este otro sobre la puerta de la cabaña de la señora de La Tour... 64
Banano. 66
Cañamieles. 67
¡Cuántas veces á la sombra de los dos cocoteros fué á lavar la ropa!. . 68
Ananas, aguacates.. 69
Virginia era maestra en preparar sorbetes y cordiales 71
En ocasiones la señora de La Tour leía en alta voz algún pasaje del Antiguo ó del Nuevo Testamento. 72
A prevención llevaban consigo buen número de recetas. 73
Esperándoles yo para comer en la margen del riachuelo. 76
Al tenerlas cerca, retrocedía á la playa. 78
Nuestros jóvenes se entregaban al canto y á la danza.. 79
La llegada á las chozas de una madre con dos ó tres hijas encanijadas. 85
Con su blanco pañuelo le enjugaba la frente y las mejillas. 90
El baño de Virginia. 92
Ansiosa por contarle su pena, le estrecha las manos contra las suyas . 93
Pablo, intrépido como siempre, iba con Domingo de una á otra choza. 97
Virginia al recibir el medallón de manos de Pablo. 100
Un jinete, seguido de dos esclavos, se encaminaba á la choza. . . . 104
Llegó un hombre de elevada estatura, vestido de sotana azul. . . . 109
Mercaderes de diversa laya desplegaron delante de las chozas las más preciadas telas de la India. 111
Preciso fué formarle un equipo con parte de los regalos.. 113
No tardó Pablo en seguirla, sentándose junto á ella. 116
Apenas pronunciadas estas palabras, le cogí en mis brazos. 121

Páginas

«¿Dónde está Virginia?,» gritóle desaforadamente, no bien la divisó. . 124
El Peter-Booth. 125
Allí permaneció gran parte del día sin desviar de él la mirada. . . . 127
Tamarindo. 129
... y al mirar las aves revoloteando en torno suyo... 131
Pidióme que le enseñase á leer y á escribir. 132
Tabaco y rosal 133
Carta de Virginia: ¡Cuántas lágrimas he vertido desde nuestra separación!... Le dije que no sabía leer y escribir. 135
Aprendo, además de otras cosas, historia, geografía, gramática, matemáticas y equitación..., y ha puesto á mi servicio dos doncellas que visten como si fueran dos grandes damas. 136
Me apliqué día y noche á aprender á leer y escribir... Esta vez me valgo de una amiga del colegio. 137
Sólo ella y un caballero entrado en años me ven y hablan á través de la reja del locutorio... Mis trajes mismos son de propiedad de mis dos sirvientas, que se los disputan aun antes de que yo los deseche. 138
En el paquete hallarán huesos y pepitas de las frutas de mis meriendas, y semillas recogidas durante el recreo en los parques de esta abadía. 139
Mi mayor sentimiento es no tener aquí persona á quien hablar acerca de ustedes y que de ustedes me hable. 140
Algodonero. 143
Papagayos. 146
Monos. 149
Cascada. 151
Papayo. 153
Allí le hallé un día agobiado de pena. 154
Al decir lo cual abrazóse al árbol, besándolo con transporte. . . . 161
Homero iba mendigando de puerta en puerta. 162
Y se echaba á llorar. 165
El trabajo del campo es el más menospreciado en Europa. 168
Su tía la ha dado en matrimonio á un gran señor. 172
Un buen libro es un buen amigo. 174
No bien divisó á su familia, alzó la carta en el aire. 177
Dándome apenas tiempo para levantarme y vestirme, saltó á mi cuello. 178
A la entrada del bosque había varios isleños en torno de una hoguera. 180
El señor de La Bourdonnais dispuso que sus soldados disparasen en descarga cerrada desde la costa. 182
El «San Gerando». 184
En uno de los cabeceos del buque ocurrió lo que era de temer. . . . 186
Domingo y yo le atamos una soga á la cintura, cuyos cabos reteníamos. 187
Vímosle arrojarse á sus pies tratando de arrancarle los vestidos. . . 189
Levantó al cielo los ojos como ángel que á él va á tender sus alas. . 191
El cuerpo de Virginia fué lo primero que se ofreció á nuestros ojos. . 193
«¿Dónde está mi hija, la hija de mis entrañas?» 195
Abrió la marcha un pelotón de granaderos con las armas á la funerala. 197

Páginas

Ocho doncellas conducían, cubierto de flores, el cuerpo de Virginia. . 198
Enjambres de jóvenes invocábanla como á una santa. 199
... pusieron en torno de la sepultura cestas llenas de frutas. . . . 201
Tendióle luego la mano; pero Pablo encogió la suya. 203
Allí dirigió sus pasos y de hinojos alzó á los cielos larga plegaria . . 205
Latanero 207
Carros diversos transitaban por sus caminos.. 208
Y mostré á Pablo la pequeña efigie. 210
La gloria y la fortuna acompañadas por la desgracia. 213
¡Cuán cierto que Virginia es venturosa!. 216
Esta noche he visto en sueños á Virginia. 220
Pablo murió dos meses después que su amada Virginia. 222
Corría entonces desalada en busca de los frailes. 223
La hicieron declarar incapacitada para la administración de sus riquezas. 224
Y sólo se escuchan los chillidos de las aves de rapiña.. 227
Aquel bondadoso anciano alejóse para ocultar sus lágrimas.. 228
Iglesia de las Pamplemusas. 229

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

PQ
2065
P3S7
1902
c.1
ROBA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO EDITORIAL
BARCELONA